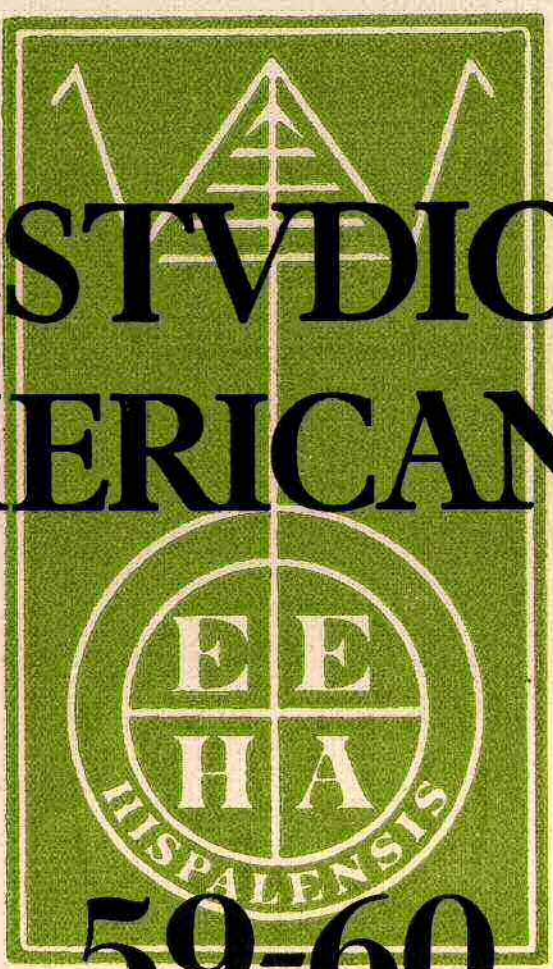
ESTVDIOS AMERICANOS



59-60

REVISTA DE LA ESCVELA
DE ESTVDIOS HISPANO
AMERICANOS ~ SEVILLA

SUMARIO:

Páginas

ARTICULOS

Rodolfo Barón Castro: *Lengua y Cultura en las Indias españolas* 105

Angel Benito Jaén: *El tema del hombre en la pintura americana* 131

NOTAS

Daniel Valcárcel: *Un limeño virreinal republicano* . . 147

José Luis Tafur: *«Una Fábula» de Faulkner* 153

COMENTARIOS

Realidad y símbolo. – El Congreso de las Academias. – La corporación venezolana de fomento. – Música y estadística. – Riva Agüero y la tradición. – Proyecto cinematográfico uruguayo. – Historia de la cultura en Venezuela. – Orígenes del problema indígena . . . 161

INFORMACION CULTURAL

Dr. Cornelis Ch. Goslinga: *La producción bibliográfica en las Antillas Neerlandesas (1950-1956).* 173

Vicente Romero Muñoz: *El café y sus problemas.* . . 179

CRONICA

Noticias. 187

Manuel Romero Gómez: *Carta de Yale: Estudiantes hispanoamericanos en los E.E. U.U.* 191

Ideas ajenas: 195

CORRESPONDENCIA:

Secretario de Redacción de «Estudios Americanos»

Escuela de Estudios Hispanoamericanos

Alfonso XII, 12. – SEVILLA

ESTVDIOS AMERICANOS

REVISTA DE SÍNTESIS
E INTERPRETACIÓN

VOL. XII
NÚMS. 59-60

AGOSTO-SEPT.
1 9 5 6

CONSEJO DE REDACCION

Presidente: Vicente Rodríguez Casado. *Vicepresidente:* Antonio Muro Orejón. *Secretario:* José Antonio Calderón Quijano.

Redactor-Jefe: Octavio Gil Munilla. *Secretario de Redacción:* Patricio Peñalver Simó.

Redactores: Mariano Aguilar Navarro, Jesús Arellano Catalán, Cristóbal Bermúdez Camacho, Guillermo Céspedes del Castillo, Manuel F. Clavero, Carlos Corona Baratech, Alfonso de Cossío Corral, Jorge Chmielewski, Raquel Gil Beviá, Ana M.ª Gómez Rubio, José Guerrero Lovillo, Carlos López Núñez, Manuel Luengo Muñoz, Miguel Maticorena Estrada, Francisco Morales Padrón, Francisco L. Otero Nieto, Mariano Peñalver Simó, Guillermo S. Pérez Delgado, Manuel Romero Gómez, M.ª Dolores Vicente Alarcón.

PUBLICACIONES

E. E. H. A.

SEVILLA

CIII

Las noticias, asertos y opiniones contenidas en estos trabajos son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

Lengua y cultura en las Indias españolas

I. Evangelización e idioma

La labor de difundir la cultura occidental en el Nuevo Mundo —representada en su más elevado aspecto por la de extender la Fe—, no puede ir de la mano con la de divulgar la lengua de Castilla, por mucho que esto se considere importante. A los indios hay que predicarles y enseñarles sin pérdida de tiempo, y esta prédica y esta enseñanza han de hacerse, como la necesidad lo exige, en la lengua nativa de aquéllos.

No se trata ya de utilizar intérpretes, como en los comienzos, sino de penetrar de modo eficaz en el espíritu y en la técnica de tales lenguas para poder adentrarse, igualmente, en las almas de quienes las hablan. Pronto pasó el tiempo de confiar a extraños misiones difíciles que precisan de ardoroso celo. Con todo, hay que reconocer que no faltaron indios neófitos capaces de suplir con su buena voluntad la ignorancia idiomática de algunos misioneros. Refiriéndose a un aborigen que traducía los sermones «en cierta lengua bárbara», que a Fr. Jerónimo de Mendieta, docto en el idioma náhuatl, le era desconocida, dice éste que lo hacía «con tanta autoridad, energía, exclamaciones y espíritu, que a mí me ponía harta envidia de la Gracia que Dios le había comunicado».

El aprendizaje de las lenguas indígenas, por lo tanto, si en el principio es empresa de perentoria necesidad, ajena si se quiere a los móviles meramente especulativos, no resulta por ello menos valiosa ni trascendente para lo futuro. Siempre se hacen las cosas para cumplir con algún fin determinado, y el que guiaba a los primeros lingüistas españoles en Indias no podía ser ni más noble ni más urgente.

De modo paralelo a las predicaciones, y para ayudar a los indios en su tarea de asimilar los principios religiosos, escribiéronse los primeros catecismos en lenguas indígenas. Siendo Presidente de la Audiencia de Méjico el obispo de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, en el año 1532, ocupóse de que tal

adelanto se llevara a buen término, enviando a España los originales de los dos catecismos que se habían traducido al náhuatl, para que fueran impresos, pidiendo se editaran de cada uno de ellos de dos a tres mil ejemplares, «para que los indios —como decía al monarca en su carta— sean mayor doctrinados y los que saben leer sepan enseñar a los otros...»

Y ya una vez establecida la imprenta en Méjico brotan los textos bilingües o escritos solamente en alguna de las lenguas nativas, con alentadora profusión. Robert Ricard, en *La conquête spirituelle du Méxique*, hace un inventario *mínimo* de los conocidos, el cual consta, solamente para la Nueva España y para el período comprendido hasta 1572, de 109 obras, repartidas según el respectivo grupo lingüístico, del siguiente modo: 66 en náhuatl o relativas a esta lengua; 13 en tarasco; 6 en otomí; 5 en pirinda; 5 en mixteca, 5 en zapoteca; 4 en huasteca; 2 en totonaca; 1 en zoque y otra en el dialecto de Chilapa, amén de un catecismo en caracteres figurativos. La participación de las órdenes religiosas en este auténtico *cuadro de honor* de la cultura, se distribuye así: 80, escritos por franciscanos; 16, por dominicos; 8, por agustinos y 5 anónimos.

El ejemplo más típico y ahora mejor conocido de estos primitivos manuales, es el de la *Dotrina christiana en lengua Española y Mexicana, hecha por los religiosos de la orden de Scto. Domingo*, salida de los tórculos de Juan Pablos, en Méjico, el año 1548, habiendo sido reimpresa en la misma ciudad, por dos veces, en febrero y en abril, el año 1550, lo cual acredita sobradamente la difusión que obtuvo, derivada de su extrema utilidad para la obra evangelizadora. Se tuvo por anónima —Harrisse, García Icazbalceta, Medina, Ricard, y Zulaica Gárate, pese a haberla estudiado con detenimiento, no atisbaron el nombre de su autor— hasta que en 1946 el P. José Salvador y Conde, O. P., en un acabado estudio propuso —y creemos que demostró suficientemente— la conclusión que sigue: «El autor principal es Fray Pedro de Córdoba, la traducen los religiosos de la Orden de Santo Domingo y la edita Zumárraga». En efecto, tal *doctrina* corresponde con mucha fidelidad a la de Córdoba, impresa en Méjico en 1544, con adiciones y correcciones de Fr. Juan de Zumárraga y Fr. Domimgo de Betanzos. Su autor había muerto en 1525 y nunca estuvo en la Nueva España, pero fué uno de los evangelizadores de la Isla Española, donde la escribió. Ya en el extenso colofón adelanta Zumárraga que «para los indios será de mucho fruto», añadiendo estas significativas palabras: «Y mucho

más si se traduce en lenguas de indios, pues hay tantos dellos que saben leer». Esto último implica que los manuales bilingües no se componían sólo con la mira de ponerlos en manos de los misioneros, sino también en las de los naturales del país, lo que justifica las tres ediciones realizadas en poco más de dos años.

El Instituto de Cultura Hispánica inauguró en 1944 su valiosa serie de *Incunables americanos* reproduciendo facsimilarmente este libro tan importante, conforme a la edición de 1548, precediéndola de un prólogo debido a la sabia pluma de don Ramón Menéndez Pidal.

La confección de manuales, *doctrinas*, sermonarios, etc., en las más diversas lenguas, proliferó en todos los ámbitos del Nuevo Mundo. Los ejemplares manuscritos circulaban de mano en mano, utilizándolos los misioneros y párrocos en las tareas de su ministerio. La paz de los conventos es por entonces una paz dinámica, urgida de impaciencia creadora. En ella se proyectan planes de evangelización —algunos tan audaces y preñados de peligros como los de Las Casas—; se ejercitan los más curiosos arbitrios del ingenio humano para penetrar en el secreto de las lenguas no conocidas o se trabaja con apostólico fervor en verter a las ya dominadas las enseñanzas de Cristo. A medida que la imprenta amplía su radio de acción, semejante impulso se vuelve más acelerado, estimulando la confección de tan esenciales elementos de la tarea evangelizadora. El III Concilio Limense, abierto por Santo Toribio de Mogrovejo el 15 de agosto de 1582, acordó la impresión de catecismos, confesionarios y sermones en las lenguas más usadas del país. Y así, el P. José de Acosta, S. I. —conforme queda de manifiesto en la obra que le consagró el P. Lopetegui, asimismo jesuita— se aplicó a preparar el texto castellano del catecismo, el cual fué vertido a los idiomas vernáculos por los PP. Blas de Valera y Bartolomé de Santiago, ambos mestizos y docto el primero en el quechua y el segundo en el aimará. De este modo apareció en 1584 la trilingüe *Doctrina christiana y catecismo para instrvcción de los Indios, y de las demás personas, que han de ser enseñadas en nuestra Sancta Fe*, impreso por Antonio Ricardo, en la casa de la Compañía, en Lima.

Pero si del resultado de tan ingente labor tenemos abundantes testimonios del lado español, escasísimos son los que se guardan de la parte indígena. ¿Cómo recibieron los indios neófitos, abiertas sus almas a la luz del Cristianismo, la aparición en sus lenguas respectivas, de tales vehículos evangelizadores? Veamos, por vía de

ejemplo, lo que a este propósito escribe el memorialista cakchiquel, en sus famosos *Anales*, conforme a la versión de Recinos (*).

«Nuestra instrucción comenzó por medio de los Padres de Santo Domingo. Luego salió la Doctrina en nuestra lengua. Nuestros Padres, Fray Pedro [Angulo] y Fray Juan [de Torres], fueron los primeros que nos predicaron la palabra de Dios. Hasta entonces no conocíamos la palabra ni los mandamientos de Dios; habíamos vivido en las tinieblas. Nadie nos había predicado la palabra de Dios».

«Estuvieron también los Padres de San Francisco, Padre Alamicer, el Padre clérigo y los Padres de Santo Domingo que nos predicaron. Ellos trasladaron la doctrina a nuestra lengua y así fuimos pronto instruídos por ellos».

Los párrafos transcritos se encuentran situados entre el día 12 Batz (Mono) y el 6 Ah (Caña) o sea entre el 10 de febrero y el 31 de agosto de 1542. El analista cakchiquel que escribe esta parte —Francisco Hernández Arana Xalilá— refleja al reiterar el hecho, la importancia que dieron sus compatriotas a tener la doctrina en su propio lenguaje, seguramente en un texto manuscrito.

Para los comienzos del siglo XVII, la floración de libros evangelizadores sorprende por su extensión y variedad. La gran mayoría de las lenguas aborígenes cuentan ya con catecismos, sermonarios y otros textos que han sido vertidos a ellas con devota paciencia y suficiente proligidad. Excesivo resultaría multiplicar los ejemplos, pero los repertorios clásicos acerca de la materia —Ludewig, Viñaza, Mitre, etc.— incrementados con nuevas aportaciones y depurados por el celo de los especialistas, demuestran hasta la saciedad cómo durante el tiempo del dominio español se cumplió con mayor fidelidad que en ningún otro lugar del planeta, el precepto de predicar en todas las lenguas.

* El manuscrito cakchiquel, según una transcripción del libro original hecha en el siglo XVII, lo encontró Gavarrete, en el archivo del Arzobispado de Guatemala, en 1844. En 1855 pasó a manos de Brasseur de Bourbourg, quien lo tradujo al francés, dejando su descubridor una copia, que éste publicó con el nombre de *"Memorial de Tecpán-Atitlán"*, en castellano, en el *Boletín de la Sociedad Económica de Guatemala*, en los años 1873-1874. El manuscrito, con su traducción francesa, fué a parar a manos de Brinton, quien lo dió a luz en Filadelfia el año 1885, en su idioma original y en inglés, con el título *Annals of the Cakchiquels*. Muerto su propietario, pasó a la Biblioteca de la Universidad de Pennsylvania, donde se conserva. Subsecuentemente se ha reproducido la versión de Gavarrete varias veces y se han hecho otras directas, destacando la que dejó preparada Raynaud y que traducida al castellano por Miguel Angel Asturias y J. M. González de Mendoza, apareció con el título *Anales de los Xahil de los indios cakchiqueles*. (París, 1928; Guatemala, 1937; Méjico, 1946) y la cuidadosa de Adrián Recinos, precedida de un importante estudio y avalorada con notable aparato crítico con este nombre: *Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles* (Méjico, 1950).

II. *Monumenta* idiomática indiana

Pero si el fervor misionero precedió de inmediato a la confección de manuales catequísticos, así como de sencillos vocabularios y gramáticas que auxilaran la obra evangelizadora, no tardó mucho en emprender la árdua tarea de preparar auténticos diccionarios bilingües, concebidos ya como instrumentos adecuados para penetrar en el alma aborigen, al par que como vehículo para que los indígenas cultos pudieran adentrarse en la lengua de sus dominadores.

Debe señalarse como un paso decisivo en este orden, la publicación en Méjico, el año 1571, del *Vocabulario de la lengua mexicana* de Fr. Alonso de Molina, obra monumental que aún en nuestros días sirve de base y fuente de consulta para todos los estudiosos consagrados a la extendida lengua náhoa. Debido a su manifiesta utilidad lo reprodujo Platzman facsimilarmente en Leipzig, el año 1880, pero esta edición se ha vuelto casi tan rara como la original. El Instituto de Cultura Hispánica la ha reimpreso, igualmente en facsimil, el año 1944, incorporándola a su ya citada «Colección de incunables americanos». Pero aquel varón benemérito no solamente dejó ésta, sino otras muchas obras —tanto inéditas como impresas—, todas ellas caracterizadas por su indiscutible valía. Baste recordar, amén de vocabularios y catecismos, una traducción azteca de las Epístolas y Evangelios de todo el año.

Una serie de figuras, del tipo de la de Molina, consolidan los estudios de la lingüística indiana a través de una labor árdua y sistemática, que no puede ser flor de un día. El clero secular y las órdenes religiosas rivalizan en esta creación extraordinaria, en la que no faltan algunos seglares notables, ni menos la eficiente colaboración de numerosos y cultos farautes aborígenes. En cualquiera de las obras de los especialistas puede hallarse la lista de los completísimos diccionarios, así como de las excelentes gramáticas que a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII fueron saliendo a la luz, amén de conocerse otros muchos trabajos que permanecieron inéditos por causas diversas, y quedar la mención de no pocos perdidos definitivamente.

Hubo un momento en el cual puede decirse que la preocupación lingüística se había hecho común. Si era normal el aprendizaje de una o varias lenguas indígenas por los misioneros, no resultaba insólito el que ciertos indios conocieran el castellano y hasta

el latín, y menos el que manejaran ambos con soltura y elegancia. El Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco —una de las más logradas realidades educacionales que han existido en el mundo— fué rico venero de indios latinistas, al extremo de que uno de ellos, Juan Badiano, natural de Xochimilco y maestro en el referido plantel, tradujo al idioma del Lacio la obra de su compatriota Martín de la Cruz acerca de las plantas medicinales indígenas, que éste había, además, ilustrado, y que constituye el famoso *Codex Barberini*, o Manuscrito Badiano, que se custodia en la Biblioteca Vaticana, y del cual se hizo en 1940, en Baltimore, una excelente versión inglesa.

«Todos o por lo menos, casi todos los conquistadores espirituales —escribe José Ignacio Dávila Garibi en su brillante discurso de ingreso en la Academia mejicana de la Lengua— conocían el latín teórica y prácticamente y procuraban enseñarlo a los demás». Y poco después añade: «los nativos habían mostrado tal capacidad para el aprendizaje de las lenguas que aun en las provincias había indios trilingües». Mas como todo tiene sus exageraciones, el mismo autor trae a cuenta lo escrito por Fr. Antonio de Tello en su *Crónica miscelánea*, referente a la provincia franciscana de Jalisco, perteneciente entonces al reino de la Nueva Galicia, donde refiere que uno de aquellos misioneros, vascongado de nación y consumado poligloto —Fr. Francisco de Zúñiga—, se las arregló de modo que en el curato de Colula algunos de los indiezuelos aprendieron a cantar ¡en vascuence!

Tal celo en el transvase idiomático, puesto al rojo vivo por aquella legión de *conquistadores espirituales*, no siempre tuvo buena acogida. Su violencia revolucionaria —pues auténticamente se estaba revolucionando la sociedad existente— chocaba con los pacatos puntos de vista de gentes que hubieran querido ver al indio desplazado de toda actividad intelectiva. Así las empresas de los frailes parecían empresas de locos. Esta gente de sayal y de sotana acabaría por enredarlo todo, —conforme al juicio de las gentes pragmáticas— pues ahí donde se instalaban pretendían acomodar lo existente a sus impracticables módulos teológicos.

El escribano Jerónimo López, uno de los impugnadores de la educación superior de los aborígenes, «nos dejó, sin pensarlo —escribe García Icazbalceta en su magnífico libro acerca de Zumárraga— un testimonio de sus progresos en la instrucción y del afán de los religiosos para propagarla». He aquí los propios conceptos

del curial de marras en la carta que dirigió al Emperador el 20 de octubre de 1541:

«[...] que no contentos [los frailes] con que los indios supiesen leer, escribir, puntar libros, tañer frautas, cherimías, trompetas e tecla, e ser músicos, pusiéronlos a aprender gramática. Diéronse tanto a ello e con tanta solicitud, que había muchacho, y hay cada día más, que hablan tan elegante latín como Tulio; y viendo que la cosa, cerca desto, iba en crecimiento, y que en los monesterios los frailes no se podían valer a mostrarles, hicieron colegios donde estuviesen e aprendiesen e se les leyesen ciencias e libros... Ha venido esto en tanto crecimiento, que es cosa para admirar ver lo que escriben en latín, cartas, coloquios, y lo que dicen [...]»

Importa mucho la fecha: 1541. Para entonces, por lo que puede colegirse a través de este interesado testimonio, la cultura superior de numerosos aborígenes había rebasado ampliamente el mero conocimiento de la lengua de sus dominadores. Estos ponían a su alcance los basamentos de su propia cultura, al facilitarles el instrumento idiomático con el cual podían adentrarse en el humanismo clásico. Si hubiera existido un criterio *colonialista* —según el mal estilo moderno— el razonamiento del escribano López habría tenido valor convincente. Si muchos como éste, más adelante, *torpedearon* iniciativas tan brillantes como la de Tlaltelolco o San Juan de Letrán, que apuntaban a objetivos de colaboración, realmente grandiosos para esa época —y para cualquiera, incluída la nuestra— no fué sin vencer denodadas resistencias, que si por momentos, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII parecieron flaquear, encontraron siempre quienes las mantuvieran con tesonero empeño. La *cortina de humo*, lanzada a partir del pasado siglo sobre estas realidades, amén de otras interesadas campañas, dejaron al descubierto sólo la bronca faz del mal trato al indígena —el cual existió, desde luego— pero cuyos colores se cargaron todavía más, para presentar a la posteridad sólo el cuadro de una acción abominable.

III. El *Popol-Vuh*, tesoro del pasado cultural aborigen

Pero, si muy importante es llevar a los indígenas, en su propia lengua, no sólo los principios fundamentales de la Religión, sino otros temas de valor general; si necesario es elaborar vocabularios bilingües que puedan servir a quienes hubieran de tener trato y relación con los indios o quisieran poseer los secretos de su habla;

tanto como ello significa el recoger sus monumentos culturales, bien en su propio idioma, bien vertidos al castellano o descritos en esta lengua, salvándolos así de injusto olvido y contribuyendo a esclarecer, con su presencia, los problemas que al hombre moderno presentan aquellas fenecidas civilizaciones.

Entre los tesoros de esta índole rescatados de la injuria del tiempo, figura en primer término el libro denominado *Popol-Vuh, Popol Buj* o *Manuscrito de Chichicastenango* que contiene la teogonía del pueblo quiché. Esta obra, muy probablemente, fué escrita en la tercera década del siglo XVI por un noble indígena, quien hubo de recoger en ella las tradiciones de su patria. A fines del siglo XVII la encontró en el pueblo de Chichicastenango el P. Fr. Francisco Ximénez, el cual hizo una versión castellana, editada por Karl Scherzer en Viena, el año 1857, a costa de la Academia Imperial de Ciencias. Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, cuatro años más tarde, dió a luz en París el texto quiché, con su traducción francesa. El mundo científico vióse profundamente sorprendido por estas inesperadas publicaciones, que le abrieron los ojos a civilizaciones y pueblos remotos, de los que apenas si tenía vagas y contradictorias noticias. Juan Gavarrete —que fué en Guatemala un valioso asesor de Scherzer y Brasseur acerca de las antigüedades del país—, dió a conocer en la revista *El Educacionista* una versión castellana, modificada con criterio propio, del texto publicado en París, la cual apareció en los números correspondientes a los años de 1894 a 1896. Mas la primera edición americana de la famosa teogenía aborigen se debe a Santiago I. Barberena —que en 1894 había dado a la estampa sus *Quicheismos*— quien la imprime en San Salvador el año 1905, en los talleres de Dutriz Hermanos con el siguiente título: *Popol Vuh. Libro sagrado de los antiguos votánides. Documento de capital importancia para el estudio de la historia de estos países.* La edición consta de tres tomos, en los que el sabio salvadoreño reproduce la traducción de Gavarrete, encabezándola con un valioso estudio. De entonces acá se han multiplicado las ediciones, traducciones y trabajos acerca de la que ha sido llamada *Biblia quiché*, que justamente ha inquietado el espíritu investigador de los americanistas.

El original del P. Ximénez pasó a manos de Brasseur —Batres Jaúregui, omitiendo eufemismos dice que lo «sustrajo»—, y después de muchas vicisitudes y de haberse tenido largos años por perdido, ha ido a enriquecer, con otros muchos papeles, la Biblioteca Newberry, de Chicago, donde se custodia actualmente, y fué des-

cubierto nuevamente por Walter Lehmann, en 1928. A base de una revisión del manuscrito bilingüe, existen dos ediciones modernas que satisfacen la gran mayoría de las exigencias críticas: la de Leonhard Schultze-Jena, aparecida en Stuttgart en 1944 —texto quiché, traducción alemana, laborioso aparato crítico—, y la de Adrián Recinos, publicada en Méjico en 1947, en la excelente *Biblioteca Americana*, del Fondo de Cultura Económica, precedida de una valiosa «Introducción», y acompañada de numerosas notas. Esta última puede tenerse, en nuestros días, como la mejor versión castellana del *Popol Vuh*. Por su valor literario merecerá siempre citarse la realizada por Miguel Angel Asturias y J. M. González de Mendoza (París, 1927, Méjico 1939 y 1950) de la francesa de Georges Raynaud (París, 1925), y por lo que representa de interesante intento lingüístico, la edición *fonetizada* (con texto quiché y castellano), llevada a cabo por J. Antonio Villacorta y Flavio Rodas N. aparecida en Guatemala en 1927, formando parte de la «Bibliotheca Goathemala», de la benemérita Sociedad de Geografía e Historia. Es curioso que ésta sea la primera edición guatemalteca del *Popol Vuh*. El ámbito de difusión del *Popol Vuh* sigue en aumento, y su texto ha dejado de ser material de especialistas para esparcirse entre las gentes cultas de muy diversos países. Incluso Arturo Capdevila emprendió la tarea, culminada con acierto, de hacer un *Popol Vuh para todos* (Guatemala, 1938). Las exégesis son cada vez más numerosas, y de las primitivas de Scherzer, Brasseur, Bancroft y Brinton, a las posteriores de Barberena, Lehmann, Seler, Schultze-Jena, Spence, etc., o a las más recientes —como la de Rafael Girard *El Popol Vuh, fuente histórica*, Guatemala, 1952—, se obtiene material suficiente para penetrar en infinitos de los aspectos de obra tan admirable, sin que falten quienes pretenden explicarla a través del esoterismo, como lo hacen el citado Girard, Rafael E. Monroy (*Nueva interpretación del Pop-O-Vuh*, Guatemala, 1952) y otros.

La figura del P. Ximénez, ilustre hijo de Ecija, se crece con el tiempo gracias a la extraordinaria visión que tuvo al copiar y traducir el manuscrito en cuestión, lo cual fué una —la más importante, desde luego—, entre las obras de lingüística que acometió durante su larga estancia en Guatemala (1688-1729), tiempo en el que supo emparejar con admirable equilibrio el ejercicio de su ministerio con el estudio de la civilización aborigen. Su traducción del *Popol-Vuh*, que un tiempo fué tenida por incorrecta, ha sido revalorizada últimamente por las autoridades en la materia, que le

hacen completa justicia. «A pesar de sus defectos —escribe Recinos— esta tradución es una obra de gran mérito y de inestimable valor». «El fraile lingüista —agrega— conocía mejor el quiché del siglo XVI que cualquiera de los modernos traductores y comentaristas, y conocía asimismo la mentalidad de los indios de aquella raza». «Por esta razón —continúa— el traductor español se mantiene casi siempre en el mismo nivel intelectual del narrador quiché, sin elevarse a otras esferas extrañas a la cultura americana precolombina, y sin dejarse arrastrar por la fantasía, como le ocurrió al primer traductor francés».

IV. Otros textos indígenas

Pero si la obra de Ximénez descuella en esta ingente tarea de salvar los principales monumentos culturales aborígenes y merece ser destacada por su inmenso valor indiciario, ello no disminuye en lo más mínimo la trascendencia de otros trabajos no menos meritorios, pero cuya acabada exposición excede de los límites del presente estudio. Injusto sería, sin embargo, omitir una sucinta reseña de ciertos de ellos, entre los que se cuentan algunos de tanta envergadura como la *Relación de las cosas de Yucatán*, de Fr. Diego de Landa, donde su autor acopia la más completa suma de datos que se haya reunido acerca del pueblo maya, reproduciendo su escritura, calendario, etc.

En efecto, la paciente labor del segundo Obispo de Yucatán, representa, según el juicio de los mejores especialistas, la más viva muestra de amor a aquella civilización fenecida, la cual de otro modo, no hubiera dejado otras huellas que las etnográficas, lingüísticas y arqueológicas. Para Sylvanus G. Morley —una de las grandes figuras contemporáneas en el campo del *mayismo*—, la obra de Landa «es indiscutiblemente nuestra autoridad principal en todo lo relativo a los antiguos mayas», según escribe en su admirable monografía *La civilización maya*.

Como en otros casos, fué Brasseur de Bourbourg quien dió a conocer tan excepcional obra, publicándola en París, el año 1864, bajo este título: *Relation des choses de Yucatan de Diego Landa*, con el texto español y la traducción francesa. Otra edición bilingüe, obra de Jean Genet la traducción, apareció en la citada ciudad, en dos volúmenes los años 1928 y 1929. Rada y Delgado la dió como apéndice a su traducción de la obra de León Rosny (*Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América Central*, Madrid, 1881)

siguiéndose la de *Colección de documentos inéditos de Indias*, segunda serie, t. XIII, Madrid, 1900; la muy cuidada de Héctor Pérez Martínez (Méjico, 1938) y otra aparecida en Mérida de Yucatán, ese mismo año con una nota de Alfredo Barrera Vázquez. Al inglés fué vertida por William Gates (Baltimore, 1937) y después por Alfred M. Tozzer (Cambridge, Massachussets, (1941) quien asevera —acaso con hipérbole— que el libro de Landa aporta el noventa y nueve por ciento de lo que conocemos sobre la civilización de los mayas.

Pero si del área mesoamericana pasamos a la del imperio incaico, encontramos asimismo pruebas eficientes de que el empeño de trasladar a las generaciones venideras los elementos básicos de las civilizaciones amerindias no fué fruto de aislados entusiasmos, sino que respondía a una corriente lo bastante generalizada como para argüir en contra de la pretendida destrucción total y sistemática del tesoro cultural aborigen.

En el caso del imperio incaico, la dificultad mayor estriba en que toda la tradición se mantenía por vía oral, ayudada por el curioso ingenio de los *quipus*. Estos, sin embargo, faltos de su respectivo intérprete, quedaban totalmente inexpresivos. La obra, pues, resultó árdua y compleja. Pero a ella se aplicaron tesoneramente gran número de hombres beneméritos, que, una vez bien aprendido el quechua o el aimará, escribieron crónicas e historias en las cuales, bien conservando el léxico original, bien resumiendo en castellano lo aprendido, elevaron a la cultura peruana prehispánica el monumento que hoy permite juzgarla con suficiente conocimiento de causa.

Aparte el insigne mestizo Garcilaso —cuya contribución a tan extraordinaria labor debe mencionarse a título muy especial— la lista mínima comprende los nombres de Pedro Sarmiento de Gamboa, Pedro Cavello de Balboa, Cristóbal de Molina, Fernando de Santillán, Juan Polo de Ondegardo, etc., sin olvidar al insigne P. José de Acosta, S. I., antes citado, todos los cuales, con otros muchos del mismo siglo XVI y algunos del siguiente, realizaron en este aspecto una labor a todas luces digna de encomio.

Baste a efectos comprobatorios citar, entre otros, el caso del P. Francisco de Avila, otro ilustre mestizo, natural del Cuzco, quien a principios del siglo XVII escribió su famoso tratado sobre el origen y costumbres de los indios *huaruchiri*, en el que recoge una serie de tradiciones peruanas, en su lengua original que manejaba con soltura y elegancia. El año 1882 lo publicó Clemente R. Markham

en Londres, denominándolo *Huarochiri Mythology*; en 1939 apareció en Leipzig en una excelente versión del profesor Hermann Trimborn —texto quechua y alemán anotado— con el siguiente título: *Dämonen und Zauber in Inkareich*; tres años más tarde, el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» dió a la estampa una nueva edición, reproduciendo fotográficamente el manuscrito original quechua que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, seguido de los textos impresos en este idioma, así como de su versión al latín, obra del sabio italiano Ippolito Galante, quien le dió el siguiente nombre: *De priscorum huaruchiriensum origine et institutis*. El P. Avila abre su valioso tratado con unas significativas palabras, que reflejan el interés que guiaba a los que, como él, se preocupaban por salvar del olvido el pasado aborigen. Dice así:

«Si los antepasados de los que decimos indios hubieran antiguamente sabido escribir, no se habría perdido en el olvido toda su vida y hazañas, sino que, al igual que las de los europeos, habrían llegado hasta nosotros. Mas no ha sucedido así, y puesto que hasta el momento presente no se ha escrito de ellos, vamos a exponer las costumbres de los antepasados de los Huaruchiris».

Mas, aparte de los testimonios meramente históricos, religiosos o etnográficos, la curiosidad de los lingüistas coloniales —bien se trate de aborígenes que escribieron en sus lenguas con caracteres latinos, bien de españoles o de mestizos—, ha salvado algunos tesoros del acervo literario, como el *Rabinal Achi*, drama indígena que con su música original, texto quiché y traducción francesa, publicó en París el infatigable Brasseur de Bourbourg el año 1862, juntamente con su *Gramática de la lengua quiché*, que le servía de introducción; o como el discutido *Ollantay*, pieza teatral de los antiguos peruanos, recogida en el siglo XVIII por el P. Antonio Valdés, cura de Sicuani, y dada a conocer en castellano por José Sebastián Barranca (Lima, 1868), con el siguiente título de corte bien de su siglo: *Ollanta, o sea la severidad de un padre y la clemencia de un rey*.

El texto hace fortuna, y Markham publica la versión inglesa (Londres, 1871), bajo un nombre más sobrio: *Ollanta, an ancient ynca Drama*. Una segunda edición castellana —la de José Fernández Nodal—, aparece en Ayacucho (Londres efectivamente) en 1878, titulándose *Los vínculos de Ollantay y Cusi-Kcuyllor*. Juan Jacobo von Tschudi, quien primeramente había escrito acerca del drama en *Die Kechua Sprache* (Viena, 1853) da a luz la versión alemana en 1875. Gabino Pacheco Zegarra lo traduce al francés acompañándolo de

una introducción, apéndice, vocabulario y comentarios, denominándolo de esta guisa: *Ollantai, drame en vers quechuas du temps des Incas* (París, 1878), y B. Pacheco lo da «traducido en romance», en Cuzco, año 1881. El drama indígena se ha abierto rápido camino y en catorce años se ha traducido tres veces al castellano, una al inglés, otra al alemán y otra al francés. Es decir, está en manos de un mundo curioso de estas novedades.

En el año últimamente referido —1881— recibe de parte del General Bartolomé Mitre la primera acusación: no hay tal obra prehispánica ni siquiera contemporánea de la conquista. El presunto recopilador —el P. Valdés— es su autor. La trama, la fraseología, la acción, la rima, en fin todo, acusa su claro origen europeo. Es una obra influída por el teatro español, escrita por un excelente quechuista. Estas son las conclusiones a que llega el autor argentino en el folleto de 44 páginas que, con el título de *Ollantay. Estudio sobre el Drama Quechua*, le dedica el año indicado, en Buenos Aires.

Pero esto no empece que otros autores opinen de manera diferente y continúen prestándole crédito. Pacheco Zegarra hace una edición madrileña en 1885, prologada por Pi Margall, en la cual se traslada al castellano el texto francés; Ernest W. Middendorf lanza otra alemana con notas (*Ollanta, ein Drama d. Keshuasprache*, Leipzig, 1890); el ex-franciscano italiano Miguel Angel (antes, Honorio) Mossi, admirado quechuísta, dejó preparada una versión castellana acompañada de un diccionario «hebreo-kjechua-castellano», la cual publicó la Universidad de Tucumán con una noticia biográfica de Maximina de Barrio y una introducción por Samuel A. Lafone Quevedo (Buenos Aires, 1916); en manos de C. Monsalve se vuelve «novela histórica de la época incásica» (Buenos Aires, 1928). Dos lustros más tarde, filólogo tan reputado como Ippolito Galante da a conocer en Lima su excelente edición, que aporta algunas novedades.

Beuchat, en su ya clásico *Manual de Arqueología Americana*, cree que, aún suponiéndole «compuesto bajo el influjo de ideas europeas», ciertas partes son con seguridad de inspiración puramente peruana y transcritas según cantos populares. Baudin, en *L'Empire Socialiste des Inka*, admite que la forma primitiva haya sido profundamente alterada, a fin de adaptarla al gusto de la época, pero estima que «el fondo se remonta sin duda a la época precolombina». En sus *Fuentes históricas peruanas*, lo enjuicia así Porras Barrenechea:

«Fundado en alguna antigua leyenda oral sobre la sublevación de la tribu de los Antis, es en la forma externa un auténtico drama español». Arturo Capdevila, se suma en *Los Incas*, a la opinión de Mitre, la cual tiene por decisiva, asegurando que la impostura se mantiene merced a «un mal entendido patriotismo peruano».

Este ruidoso pleito del *Ollantay* no hace sino confirmar una realidad culturológica evidente: la de que ya muy avanzado el período colonial, época en la cual se *escribe* el *Ollantay*, muchas de las tradiciones aborígenes —religiosas, históricas o literarias— habían perdido a tal extremo su pureza, que resulta difícil discriminar su fondo de autenticidad, mas ésto no desmerece en lo más mínimo la paciente labor de quienes se dedicaron, aunque sea tardíamente, a rescatarlas del olvido.

V. Sistematización de la lengüística aborigen

Todo el esfuerzo filológico reseñado, encaminado, de una parte, a llevar a los indios las verdades de la Fe en su propia lengua; de otra, a salvar lo esencial de su cultura del inevitable naufragio de ésta, no podría tenerse por completo de no emprenderse también, en forma sistemática y académica, el estudio de las principales lenguas aborígenes. La confección de *doctrinas*, sermonarios, vocabularios e incluso gramáticas, pudo ser en un principio labor de urgencia. El preservar de la incuria y salvar del olvido los monumentos culturales amerindios, fué obra inteligente de figuras señeras imbuídas de un alto sentido de su responsabilidad histórica (*). Pero lo uno y lo otro —la tarea presurosa de los comienzos y la persistente y dilatada que vino después—, habrían quedado truncadas de no complementarse con la docencia de la lingüística aborigen.

Esta, tampoco fué en las Indias españolas fruto tardío. Prescindiendo de casos aislados, en los cuales grandes individualidades indígenas, después de haber asimilado los conocimientos que les fueron transmitidos por sus maestros españoles, tuvieron a muchos de éstos por aventajados discípulos en sus lenguas respectivas, hemos de contar con el establecimiento permanente de tales ense-

* Del que han carecido los que dejaron perderse infinitos de aquéllos en épocas no muy lejanas, dándonos por satisfechos de que tantos se salvaran por el afán coleccionista de algunos viajeros o la curiosidad científica de otros, a los cuales —como en el caso de Brasseur— no podemos honestamente acusar de sus expolios, sin plantearnos el interrogante del destino que les hubiera aguardado de no caer en sus manos.

ñanzas, en algunos recintos conventuales, aun *ad usum privatum*, pero sobre cuya prioridad no cabe objeción.

Sabido es que el Colegio de Santiago Tlaltelolco, que en tantos aspectos fué una avanzada trinchera cultural, contó desde sus comienzos con cátedras de lengua mejicana y otras de la Nueva España, que explicaron ocasionalmente algunos de sus más destacados colegiales. Es indisputable que la metodología adquirida por aquellos indios latinistas, excelentes gramáticos, les ponía en condiciones de enseñar y fijar su propio idioma, utilizando el extraordinario instrumento del alfabeto. Alguno de ellos, como el famoso Don Antonio Valeriano —que fué maestro de figuras tan eminentes como Fr. Juan Bautista y Fr. Juan de Torquemada—, contribuyó eficazmente a la confección del diccionario de Fr. Alonso de Molina, antes citado, pues es fama que dominaba el latín y el castellano como su lengua vernácula.

En el Perú, el proceso fué muy semejante, si bien con las naturales diferencias de ambiente y lugar. La primera cátedra de quechua también tuvo cobijo en un recinto religioso, pero obedeció a una fundación particular. El 15 de septiembre de 1550 otorgó testamento en la Ciudad de los Reyes el Arcediano de su catedral, Rodrigo Pérez, instituyendo en ésta la referida cátedra para cuyo sostenimiento dejó la cantidad suficiente. Se proveyó en 1551 en Pedro Mejía, a quien sucedieron con el tiempo muy eminentes quechuistas. La provisión de las vacantes competía al arzobispo y el catedrático se obligaba a dar una hora diaria de clase, predicar los domingos a los indios en su idioma y examinar a los que pretendían curatos en los pueblos de aquéllos. Los jesuítas establecieron, más adelante, otra aula de quechua en el colegio de San Pablo en Lima, a la cual asistían —según la Carta Anva de 1574— diez o doce padres de la Compañía, entre ellos el mismo Rector y otros antiguos.

Pero pronto la enseñanza del idioma vernáculo alcanzaría en el Perú categoría universitaria. El virrey Toledo, en 1577, incluyó la de quechua entre las diecisiete cátedras que, dotadas por él, se crearon en la Universidad. Más adelante, una ordenanza del propio virrey, establecía que nadie podía ordenarse sacerdote, o graduarse de bachiller o licenciado, sin haber cursado la asignatura de lengua indígena, o demostrado conocer ésta. Más de dos siglos persistió tal enseñanza, aboliéndola el virrey Jáuregui en 1784, cuando la decadencia de tales estudios era manifiesta. En otros lugares del

Perú se enseñaba quechua y aimará en cátedras conventuales, y los jesuítas del Cuzco, por disposición del virrey Velasco del año 1599, tuvieron el encargo oficial de examinar en estas lenguas.

En otros lugares de las Indias proliferó este tipo de enseñanza *intra claustro*, con resultados más que halagüeños, produciendo esa brillante pléyade de especialistas en lenguas aborígenes cuya labor conocemos cada vez con más detalle. Pero su oficialización es ya un hecho. Felipe II sanciona en 1580 la creación de la cátedra de «lengua general de los Indios», en la Universidad de Lima, y dispone, además «que en todas las partes donde hay Audiencia y Cancillerías Reales en las Nuestras Indias, se instituya de nuevo». Y en la misma ordenanza, dirigida a la Audiencia de Charcas, se dan detalladas instrucciones sobre el particular. «Primeramente, —se lee en aquélla— os mando que en parte y lugar cómoda de esa ciudad elijáis el sitio y lugar más dispuesto para leer la dicha cátedra, y proveeréis en ella la persona más inteligente de la lengua general de los dichos indios, a la cual señalaréis competente salario». Numerosas disposiciones, de distintas épocas, puntualizan lo referente a tan importante materia.

En la Universidad de Méjico, sin embargo, no se estableció sino mucho más tarde, a consecuencia de una Real Cédula de Felipe IV, del año 1627, en la cual se dice: «Ordenamos que el Virrey funde e instituya en la Universidad de la dicha ciudad una Cátedra en que se lean y enseñen públicamente las lenguas de que los Indios usan más generalmente en aquella Provincia, haciendo elección de Catedrático en concurso de Opositores». Todo ello no se formalizó hasta 1640, año en el que se abrieron las clases de náhuatl y otomí, a cargo del agustino Fr. Diego Galdós Guzmán.

En Guatemala, la Universidad de San Carlos Borromeo, inauguró sus cursos en 1681, contando ya con una cátedra de quiché y cakchiquel, que sirvió interinamente Fr. Juan José Zenoyo, dominico. Una vez aprobadas las Constituciones de aquel centro (1686), quedó establecido que se enseñara cakchiquel y mejicano, dotada cada clase con doscientos pesos. El mismo catedrático interino, pasó, mediante oposición, a desempeñarlas en propiedad. Estas enseñanzas se prolongaron hasta un período cercano a la independencia.

Semejante fué el caso de la Nueva Granada, en cuyo centro universitario santafereño se enseñó el muisca. Las reducciones jesuíticas del Paraguay tuvieron permanentes cátedras de guaraní

y de otras lenguas aledañas, cuyos buenos frutos fueron constantes. Y, así a lo largo y lo ancho del ámbito indiano. Universidades, conventos, colegios e iglesias, bullen en los siglos XVI y XVII, como una inmensa aula de lingüística. Hasta los negros esclavos encontraron quienes aplicaran su celo apostólico a aprender sus lenguas respectivas, a fin de mejor poder doctrinarles. La *conquista espiritual* no hubiera sido un hecho de no fundarse en el trabajo ímprobo, paciente, cotidiano, de tantas y tantas almas fuertes y beneméritas, empeñadas en transformar un mundo.

VI. Las lenguas indígenas como vehículo de la cultura occidental.

Como es lógico suponer, el dilema lingüístico se planteó desde un principio con toda su crudeza: o aprender los españoles la lengua de los indios sin pretender enseñarles la propia, o ir derechamente a castellanizarlos, haciendo a un lado el estudio de sus múltiples idiomas y dialectos. Gran número de razones se pesaron en uno y otro sentido, y lo esencial de la gran polémica queda recogido por algunos autores entre los que figura Solórzano Pereira. Ya está visto que la labor perentoria de aprender el lenguaje aborigen se llevó a término con pasmosa celeridad, y que se optó en la prática, por el camino más lógico: aprender los extraños el idioma de los nativos y enseñar a éstos más tarde, el suyo propio. En suma, que se realizó una vez más el proceso clásico originado por el contacto de dos culturas diferentes, prevaleciendo el idioma de la dominante tras un período más o menos largo, según los sitios de bilingüismo.

Pero hubo muchos españoles que, convencidos de la persistencia de los principales lenguajes aborígenes, y conocedores de sus más recónditos secretos, estimaron que su labor no debía limitarse al aspecto instrumental —confección de diccionarios, gramáticas, doctrinas y sermonarios— o al de rescatar los monumentos históricos, literarios o religiosos del acervo cultural indígena, sino que debían emplearlos de modo natural, bien para escribir sus obras relacionadas con el Nuevo Mundo, bien para verter en ellos piezas literarias españolas o extranjeras, para deleite del indígena cultivado. Quienes de tal guisa pensaban, han de encontrarse, desde luego, entre los más fervientes admiradores de ciertas lenguas ame-

rindias, dado que sólo un amoroso conocimiento de ellas pudo convertir en realidad propósito tan extraordinario.

El más alto ejemplo en este sentido lo da Fr. Bernardino de Sahagún, quien levanta un monumento literario, etnográfico, histórico y sociológico a la Nueva España con su famosísima Historia General de las cosas de Nueva España, la cual escribió originariamente en náhuatl, y que es el mejor homenaje que un sabio —nunca mejor empleado el término—, podía rendir a la cultura y al idioma de un pueblo conquistado. El inmenso talento, la extraordinaria capacidad de trabajo, la inaudita paciencia de Sahagún, no bastan para justificar su logro —que se acrece al correr de las centurias— de no haberse ligado sus grandes cualidades con un tierno amor hacia aquel viril pueblo mejicano, cuyas virtudes había aprendido a conocer y para el cual —fuere el que fuere su futuro— dejaba esa piedra miliar de su pasado. El mismo trasladó al castellano su monumental manuscrito que no se vió publicado —en esta versión— hasta que lo hizo en Méjico Carlos María Bustamante, en tres volúmenes aparecidos los años 1829-1830. «Defectuosa tipográficamente y mutilada y adulterada por extravagancia del editor», es el juicio que de ella emite Pereyra. Lord Kinsbourough las incluyó en sus *Antiquities of Mexico* (1830-1838) e Ireneo Paz reprodujo más o menos la de Bustamante en 1890-1895. La mejor edición de que disponemos es la de Pedro Robredo, la cual califica Pereyra de «colosal empresa». Apareció en Méjico en 1938, en cinco volúmenes, contribuyendo a su realización Seler, Wigberto Jiménez Moreno y Joaquín Ramírez Cabañas. Existe una versión francesa de Jourdanet y Remi Simeón (París, 1880); inglesa, de Fanny R. Bandelier (Nashville, 1932). Sin embargo, los textos náhoas quedan por traducir (pues difieren de los castellanos) y ésta es obra que los especialistas y los Estados deben abordar cuanto antes.

Los españoles, que por necesidad o por afición cultivaron los idiomas aborígenes, fueron cada vez más numerosos, y hubo logrados esfuerzos de trasladar a éstos algunas piezas literarias, entre las que se cuentan ciertas comedias de Lope de Vega, traducidas al náhuatl en el siglo XVII.

En el Paraguay jesuítico es bien sabido que el guaraní fué la lengua corriente de relación, al extremo de que aun después de la independencia continuó siendo el lenguaje familiar. En el mismo parlamento de Asunción, en la época de Carlos Antonio López —conforme a diversos testimonios coetáneos— una vez terminados

los discursos protocolarios de la apertura, que se hacían en castellano, los diputados, hallaban más cómodo seguir sus debates en la lengua del país. El quechua y el aimará, aunque convirtiéndose cada vez más en lenguas del interior, tuvieron asímismo, a lo largo del período colonial, suficiente categoría como para ser la lengua escrita de una minoría que en ellas reflejaba su pensamiento.

En orden a la creación literaria, aun se ha rescatado alguna pieza del Perú dieciochesco, como el *Usca Paucar*, dado a conocer por Middendorf en su *Dramatische und Lyrische Dichtungen der Kechua-Sprache* (Leipzig, 1891) y uno de cuyos códices se conserva en la Biblioteca Nacional de Lima. Teodoro L. Meneses lo ha reproducido en una excelente edición crítica que incluye el texto original quechua, el mismo, modernizado y la correspondiente traducción castellana (*Documenta*, II, 1, Lima, 1950).

La obra lleva por título: «Auto sacramental. El Patrocinio de Nuestra Señora María Sanctisima de Copacavana», y su desarrollo es típicamente mestizo. «La peripecia humana —escribe Teodoro L. Meneses en el estudio preliminar de su edición— concebida a la manera religiosa católica alcanza en la obra una expresión de verdadero aliento dramático, lo cual es una ganancia positiva para el propio autor». «Además —añade— el valor de la obra radica en que el tema universal europeo ha sido engastado en el ambiente peruano o quechua. No están muy claros los problemas relativos a su datación y menos los correspondientes a su paternidad. También presenta otros muy sugestivos como los de su relación con el *Ollantay*.

Pero, a fines del período colonial, —postrimerías del XVIII y comienzos del XIX—, la occidentalización a través de los idiomas aborígenes decae irremisiblemente. Los grupos culturalmente más sólidos —náhuatl, maya-quiché, quechua, aimará y guaraní—, apenas si muy pálidamente cumplen la función que orgánicamente desempeñaron en las dos centurias anteriores. Los otros aún menos.

VII. Bilingüismo y dominio final del castellano

La estructura idiomática del Nuevo Mundo —como la étnica— se ha modificado substancialmente en los años postreros del régimen español. En vastos sectores del Continente el indio ha desaparecido totalmente —las Antillas, por ejemplo— y en otros el elemento mestizo ha proliferado en abundancia. Muchas regiones están cas-

tellanizadas culturalmente, y ni aun para el ministerio parroquial —salvo en unos cuantos puntos aislados— precisan los sacerdotes conocer las respectivas lenguas vernáculas. Tal acontece, *verbi gratia*, en la Intendencia de San Salvador, en el reino de Guatemala, donde, en el último tercio del siglo XVIII el castellano es la lengua común y no se requiere conocer las del país para la cura de almas, sino en muy escasos lugares.

Los idiomas indígenas languidecen, se corrompen y llenan de neologismos castellanos, adaptados a sus peculiaridades fonéticas. Faltos de unidad cultural, se desmigajan en un proceso de lenta descomposición. La pureza del idioma indígena es, en cada caso, problema de aislamiento o de contacto. Las influencias, desde luego, son mutuas, y el castellano se matiza en cada lugar con un vocabulario tomado de la respectiva lengua aborigen (nombres de animales, plantas, utensilios, lugares, etc.), dando así lugar a los respectivos dialectalismos (los futuros *americanismos*).

El proceso en marcha de la occidentalización de las masas aborígenes tiene ya un carácter biológico y no puede detenerse. La Independencia no significará sobre este punto sino un episodio. No puede haber retrogesión a las posiciones de partida. Aun en los medios indígenas más remotos —salvo casos muy excepcionales— la transformación es un hecho, aún sin que de ello tengan conciencia los propios interesados. Sobre este tema tan sugestivo el profesor Woodrow Borah, tras una experiencia personal en Méjico, ha publicado un estudio, si breve, extraordinariamente valioso y digno de meditación.

Mas lo curioso es que —pese a lo que se contiene en las Leyes de Indias, que acusan las vacilaciones que privaron en la controvertida materia idiomática—, la imposición del castellano estuvo más sujeta a preceptos de una sociología del lenguaje que a los de una presión estatal. Como se ha visto, la máxima liberalidad privó en la referente al estudio, conocimiento y difusión de las lenguas amerindias. No es éste el lugar de indicarlo, pero sí es cierto que algunas de ellas se propagaron con las armas españolas, yendo a la par de los conquistadores. «Una lengua en expansión puede progresar más rápidamente merced a una propaganda de la cual sea el instrumento», asevera Marcel Cohen y señala seguidamente que el latín penetró en las Galias y el árabe en el Próximo Oriente y Africa del Norte, el primero como instrumento del Cristianismo y el segundo del Islam, debido en gran parte a que los textos sagrados

respectivos nunca fueron traducidos a las lenguas de los países conquistados, imponiendo su conocimiento en la de los dominadores.

El fruto de actitud tan liberal en el aspecto lingüístico, como fué la observada por España en el Nuevo Mundo, no podía ser sino provechoso para su propio idioma, lanzado desde siglos atrás a un proceso expansivo que no habría de ver sus primeros retrocesos territoriales sino en los siglos XIX y XX, como consecuencia de las derrotas infligidas por los Estados Unidos a Méjico, primero, y a España, después. A pesar de tan doloroso impacto (el castellano ha sobrevivido lozanamente en Puerto Rico y aun persiste aunque minoritario en Nuevo Méjico y Filipinas), otros peligros le atenazan en el Nuevo Mundo, pero no por el lado de las lenguas aborígenes, sino por los que atentan contra su unidad. Aquéllas, inexorablemente sujetas a un lento pero seguro proceso de extinción, perdida su función principal de lazo cultural y de contacto entre los habitantes de cada país, y limitadas en muchos casos a mero lenguaje provincial, no tienen otra esperanza de perpetuación que la muy relativa de parla familiar, cada vez más influída por la lengua general, vínculo nacional y supranacional.

Pero en cada zona geográfica representan el *substratum* que ha de ser siempre tenido en cuenta en cuanto quiera profundizarse en el pasado histórico-cultural, o en el presente lingüístico. Tan competente mayista como Antonio Mediz Bolio, en su discurso de ingreso en la Academia Mejicana de la Lengua, ha llegado a afirmar con la autoridad que sus méritos le conceden, lo siguiente: «Tal vez por más fina, más suave, más en acuerdo con el paisaje y con el clima, proyección más fiel de la vida circundante y sin duda alguna más potente, la mentalidad maya predominó sobre la mentalidad española, la reajustó a sí misma y la convirtió insensiblemente en su instrumento propio». Y, más adelante: «...y así los yucatecos, vivimos, comemos, dormimos, pensamos y hablamos en maya dentro de nuestra corteza española y con nuestro ademán español».

En algunas regiones del Nuevo Mundo el idioma indígena es un recuerdo histórico, sin vigencia de ninguna clase en la realidad contemporánea, en tanto que en otras, como en el citado caso de Yucatán, informa todavía la mentalidad de sus clases cultas. Pero en ambas situaciones extremas, la raíz de su exacto conocimiento; la posibilidad de penetrar aún en su arcano, sigue estando en quienes —cuando aquéllas respondían a un pensamiento no contami-

nado aún de occidentalismo— las aprendieron, analizaron, cultivaron y fijaron en toda su pureza, es decir, en los lingüistas coloniales.

Ahora que el dominio del castellano está garantizado no sólo como una realidad, sino como una necesidad, tanto en la órbita de la comunidad hispánica como dentro de la de cada uno de los grandes países hispanoamericanos (con fondos lingüísticos disímiles), es cuando más y mejor atención debe prestarse al estudio de la lingüística amerindia. El movimiento, en tal sentido, es cada vez más creciente, restaurándose cátedras de lenguas indígenas y sacudiendo un marasmo que había hecho mirar con indiferencia este género de estudios, abandonado a muy reducidas minorías nacionales —no siempre con la necesaria formación filológica— y a la curiosidad de los eruditos extranjeros.

Ello ha traído de nuevo al primer plano la gigantesca labor de los lingüistas coloniales. Lengua y Cultura son términos inseparables. En tan beneméritos varones está la clave de la inmensidad de lenguas —y de Culturas— que cubrían la ancha faz del Orbe Nuevo. Si la perennidad de su obra está garantizada, es porque ésta se inspiró en grandes ideales y se forjó en el cotidiano amor a las cosas y a los decires de un Mundo que se abría a sus ojos como un esplendoroso amanecer.

RODOLFO BARÓN CASTRO

BIBLIOGRAFIA

Advertencias: 1) La ordenación correlativa de ediciones que se da para ciertas obras, figura a título meramente aproximativo. 2) Las principales abreviaturas empleadas son: a.—año, cast.—castellano, ed.—edición, ps.—páginas, repr.—reproducción, s. a.—sin año, t.—tomo, trad.—traducción, vols.—volúmenes.

Acosta, S. I., P. José de: *Doctrina christiana y catecismo para instrucción de los indios, y de las demás personas, que han de ser enseñadas en nuestra Sancta Fe.* Lima, 1584.

Anales de los Xahil de los indios cakchiqueles. (Ed. de Georges Raynaud, trad. de Miguel Angel Asturias y J. M. González de Mendoza). Guatemala, 1937; otra ed. Méjico, 1946.

Annals of the Cakchiquels. (Ed de Daniel Garrison Brinton). Filadelfia, 1885.

Armas Medina, Fernando de: *Cristianización del Perú (1532-1600).* Sevilla, 1953.

Avila, P. Francisco de: *Huarochiri Mythology.* (Ed. de Clemente R. Markham), Londres, 1882. (2.ª ed., con trad. alemana por Hermann Trimborn, *Daemonen und Zauber im Inkareich.* Leipzig, 1939; 3.ª ed., con trad. al latín por Ippolito Galante y al castellano, *De priscorum haruchiriensum origene et institutis.* Madrid, 1942).

Barberena, Santiago I.: *Quicheísmos. Contribución al estudio del folklore americano.* San Salvador, 1894.

Batres Jáuregui, Antonio: *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala.* Guatemala, 1897

(3.ª ed., 3 vols., Guatemala, 1951).
Idem: *La América Central ante la Historia* (2 vols.). Guatemala, 1915-1920.
Baudin, Louis: *L'Empire Socialiste des Inka.* París, 1928 (trad. cast. por J. L. Busaniche: *El imperio de los Incas y la conquista española.* Santa Fe, 1938; otra trad. por José A. Arce: *El imperio socialista de los Incas.* Santiago de Chile, 1945).
Bayle, Constantino: *La enseñanza de lenguas civilizadas a los bárbaros.* En "Razón y Fe", núm. 102, ps. 191-210. Madrid, 1933.
Idem: *España en Indias. Nuevos ataques y nuevas defensas.* Vitoria, 1934 (2.ª ed., Barcelona, 1939).
Bermejo, Ildefonso Antonio: *Un viaje al Paraguay.* Madrid, 1873.
Beuchat, Henri: *Manuel d'Archéologie Américaine.* París, 1912. (Trad. cast. por Domingo Vaca. Madrid, 1918).
Borah, Woodrow: *Race and class in Mexico.* En "The Pacific Historical Review", núm. 4, ps. 331-342. Berkeley, California, 1954.
Brasseur de Bourbourg, Charles Etienne: *Gramática de la lengua quiché. Grammaire de la Langue Quichée-espagnole-française* [...] *servant d'introduction au Rabinal Achi, drame indigène avec sa musique originale, texte quiché et traduction française en regard.* París, 1862.
Capdevila, Arturo: *Los Incas.* Barcelona, 1937.
Idem: *Popol Vuh para todos.* Guatemala, 1938.
Cohen, Marcel: *Pour une Sociologie du Langage.* París, 1956.
Dávila Garibi, José Ignacio: *Zumárraga, propulsor de la cultura en la Nueva España.* Méjico, 1948.
Idem: *Algunas analogías fonéticas entre el romanceamiento castellano de voces latinas y la castellanización de vocablos náhoas.* Méjico, 1954.
Dotrina christiana en lengua Española y Mexicana, hecha por los religiosos de la orden de Scto Domingo. Méjico, 1548. (2.ª y 3.ª ed., Méjico, 1550; 4.ª facsimilar de la de 1548. Madrid, 1944).
Eguía Ruiz, Constancio: *Algo sobre la Compañía y las lenguas indígenas.* En "Estudios", t. 61, ps. 245-264. Buenos Aires, 1939.
Idem: *España en América: Lenguas y lingüistas en el antiguo Paraguay español.* En "Revista de Indias", año VI, ps. 445-480. Madrid, 1945.
Ezquerra Abadía, Ramón: *La Cultura.* En "El legado de España a América", editado bajo la dirección de José Tudela, t. I, ps. 213-349, M. 1954.
Fuente, O. P., Fr. Julián: *Los heraldos de la civilización centroamericana.* Vergara, 1929.
Furlong, Guillermo: *Los jesuítas y la imprenta en la América Latina.* En "Estudios", núm. 63, ps. 237-260. Buenos Aires, 1940.
García Icazbalceta, Joaquín: *Bibliografía mexicana del siglo XVI* [...] *Catálogo razonado de libros impresos en México de* 1539 *a* 1600 [...]. Méjico, 1886.
Idem: *Biografía de Don Fray Juan de Zumárraga.* Méjico, 1881. (2.ª ed., Méjico, 1897; 3.ª Madrid, 1929).
Girard, Rafael: *El Popol Vuh, fuente histórica.* Guatemala, 1952.
Harrisse, Henri: *Introducción de la imprenta en América, con una bibliografía de las obras impresas* [...] *desde* 1540 *a* 1600. Madrid, 1872.
Hervás y Panduro, Lorenzo: *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* [...]. (6 vols.). Madrid, 1800-1805.
Izaguirre, Fr. Bernardino de: *Historia de las Misiones Franciscanas y Narración de los progresos de la Geografía en el Oriente del Perú. Relatos originales y producciones en lenguas indígenas de varios misioneros.* 1619-1921. (12 vols.). Lima, 1922-1925.
Landa, Fr. Diego de: *Relation des choses de Yucatan de ...* Ed. y trad. al francés de Charles Etienne Brasseur de Bourbourg. París, 1864. (2.ª ed. en Rosny, León: *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América Central,* trad. de Juan de Dios de la Rada y Delgado; 3.ª, en *Colección de Documentos inéditos de Indias,* 2.ª serie, t. XIII, Madrid, 1900; 4.ª, con trad. al francés de Jean Genet, 2 vols., París, 1928-1929; 5.ª, trad. al inglés por William Gates, Baltimore, 1937; 6.ª ed. de Alfredo Barrera Vázquez, Mérida, Yucatán, 1938; 7.ª ed. de Héctor Pérez Martínez, Méjico, 1938; 8.ª, trad. al inglés por Alfred M. Tozzer, Cambridge, Massachussets, 1941).
Levillier, Roberto: *Gobernantes del Perú.* 14 vols. Madrid, 1919-1926.
Lopetegui, S. León: *El Padre José de Acosta S. I. y las Misiones.* Madrid, 1942.
Mateos, Francisco: *Primeros pasos en la Evangelización de los indios* (1568-1576). En "Missionalia Hispánica", núm. 10, ps. 5-64. Madrid, 1947.
Medina, José Toribio: *La imprenta en México.* (Epítome 1539-1810). Sevilla, 1893.

Idem: *Biblioteca Hispano-Americana* (1493-1810) (7 vols.). Santiago de Chile, 1898.
Mediz Bolio, Antonio: *Interinfluencia del maya en el español de Yucatán*. Mérida, 1951.
Mendieta, Fr. Jerónimo de: *Historia eclesiástica indiana*, 2 vols. Méjico, 1870. (2.ª ed., 4 vols. Méjico, 1945).
Meneses, Teodoro L.: *El "Usca Paucar", drama religioso en quechua del siglo XVIII*. En "Documenta", año II, núm. 1, ps. 1-178, Lima, 1950.
Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles. (Ed. de Adrián Recinos). Méjico, 1950.
Memorial de Tecpán Atitlán. (Ed. de Juan Gavarrete). En "Boletín de la Sociedad Económica de Guatemala". Guatemala, 1873-1874.
Middendorf, Ernest W.: *Dramatische und Lyrische Dichtungen der Kechua-Sprache*. Leipzig, 1891.
Mitre, Bartolomé: *Ollantay. Estudio sobre el Drama Quechua*. Buenos Aires, 1881.
Molina, Alonso de: *Vocabulario de la lengua mexicana*. Méjico, 1571. (2.ª ed. facsimilar, Leipzig, 1880; 3.ª idem., Madrid, 1944).
Monroy, Rafael E.: *Nueva interpretación del Pop-O-Vuh*. Guatemala, 1952.
Morley, Sylvanus Griswold: *The ancient Maya*. Stanford, California, 1946. (Trad. al español por Adrián Recinos: *La civilización maya*. Méjico 1947).
Nicolau d'Olwer, Luis: *Fray Bernardino de Sahagún* (1499-1590). Méjico, 1952.
O'Gorman, Edmondo: *Enseñanza del castellano como factor político-colonial*. En "Boletín del Archivo General de la Nación", t. XVII, ps. 163-171. Méjico, 1946.
Ollanta o sea la severidad de un padre y la clemencia de un rey. (Trad. cast. por José Sebastián Barranca). Lima, 1868. (2.ª ed., trad. al inglés por Clemente R. Markham, *Ollanta, an ancient Ynca Drama*. Londres, 1871; 3.ª, trad. cast. por José Fernández Nodal, *Los vínculos de Ollantay y Cusi-Kcuyllor*, Ayacucho [Londres], 1873; 4.ª, trad. al alemán por Jacobo von Tschudi, 1875; 5.ª, trad. al francés por Gabino Pacheco Zegarra, *Ollantai, drame en vers quechuas du temps des Incas*. París, 1878; 6.ª, trad. cast. por B. Pacheco, Cuzco, 1881; 7.ª, trad. de la ed. francesa de Pacheco Zegarra, Madrid, 1885; 8.ª, trad. al alemán de Ernest W. Middendorf, *Ollanta, ein Drama d. Keshuasprache*, Leipzig, 1890; 9.ª, trad. cast. por Miguel Angel, antes Honorio, Mossi, Buenos Aires, 1916; 10.ª, arreglo de C. Monsalve, como novela histórica, Buenos Aires, 1928; 11.ª ed. de Ippolito Galante, Lima, 1938).
Pereyra, Carlos: *La obra de España en América*. M. 1930.
Pérez Bustamante, Ciriaco: *El problema lingüístico en la colonización de América*. Madrid, 1944.
Picón Salas, Mariano: *De la Conquista a la Independencia. (Tres siglos de historia cultural hispanoamericana)*. 1.ª ed. Méjico, 1944.
Popol Vuh. Las historias del origen de los indios de esta Provincia de Guatemala. (Trad. cast. por Fr. Francisco Ximénez, ed. de Karl Scherzer). Viena, 1857 (2.ª ed., texto quiché y trad. francesa, por Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, *Popol Vuh. Le livre sacré et les mythes de l'antiquité américaine, avec les livres heroiques des Quichés*, París, 1861; 3.ª ed. de Juan Gavarrete, en *El Educacionista*, Guatemala, 1894-1896; 4.ª ed. de Santiago I. Barberena, *Popol Vuh. Libro sagrado de los antiguos votánides*, 3 vols., San Salvador, 1905; 5.ª, trad. cast. de la versión francesa de Brasseur de Bourbourg, en "Revista del Archivo y Biblioteca Nacional de Honduras", Tegucigalpa, 1906-1907; 6.ª, trad. al alemán por Noah Elieser Pohoriller, *Das Popol Wuh. Die mythische Geschichte des Kice- Volkes von Guatemala nach dem Original Texte übersetzt und bearbeitet*, Leipzig, 1913; 7.ª ed. de Ricardo Mimenza Castillo, repr. de la de Barberena, Mérida, Yucatán, 1923; 8.ª, trad. al francés por Georges *Raynaud, Les dieux, les héros et les hommes de l'ancien Guatémala d'apres le Livre du Conseil (Popol Vuh)*, París, 1925; 9.ª, San Salvador, 1926; 10.ª, trad. cast. de la versión francesa de Raynaud por Miguel Asturias y J. M. González, *Los dioses, los héroes* [...], París, 1927; 11.ª, texto quiché fonetizado y trad. cast. por J. Antonio Villacorta C. y Flavio Rodas N., *Manuscrito de Chichicastenango. El Popol Buj* [...], Guatemala, 1927; 12.ª, repr. de la de Asturias y González de Mendoza, *El Libro del Consejo*, Méjico, 1939; 13.ª ed. de Luis M. Baudizzone, sobre la versión de Raynaud, Buenos Aires, 1944; 14.ª ed. de Emilio Abreu Gómez, Méjico, 1944; 15.ª, texto quiché y trad. alemana por Leonhard Schultze-Jena, Stuttgart, 1944; 16.ª, trad. cast. por Adrián Recinos, Méjico, 1947; 17.ª, Guatemala, 1950.
Porras Barrenechea, Raúl: *Fuentes históricas peruanas. (Apuntes de un curso universitario)*. Lima, 1955.
Ricard, Robert: *La conquete spirituelle du Méxique*. París, 1933.
Idem: *Reflexiones acerca de la evangelización de Méjico por los misioneros españoles en el siglo XVI*. Madrid, 1944.

Rubio, A.: *De la obra cultural de la antigua España. Trabajos filológicos en Indias durante los siglos XVI, XVII, XVIII.* Panamá, 1939.

Sáenz de Santa María, S. I., Carmelo: *Dos grandes filólogos hispanoamericanos: Fray Francisco Ximénez, O. P. y Fray Ildefonso Joseph de Flores, O. F. M.* En "Revista de Indias", núm. 5, ps. 117-132. Madrid, 1941.

Sahagún, Fr. Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España.* (Ed. de Carlos María Bustamante, 3 vols.). Méjico, 1829-1830. 2.ª ed., de Lord Kinsbourough, en *Antiquities of Mexico,* 1830-1838; 3.ª, trad. al francés por Jourdanet y Remi Simeón, París, 1880; 4.ª, de Ireneo Paz, Méjico, 1890-1895; 5.ª, trad. al inglés por Fanny R. Bandelier, Nashville, 1932; 6.ª ed. de Eduardo Seler, Wigberto Jiménez Moreno y Joaquín Ramírez Cabañas, 5 vols., Méjico, 1938).

Salvador y Conde, O. P., José: *La doctrina española-mexicana de 1548.* (Estudio bibliográfico y doctrinal). Madrid, 1946.

Solórzano Pereira, Juan de: *Disputationes de Indiarum iure* [...] (2 vols.). Madrid, 1629-1639. (Trad. cast. en compendio *Política Indiana,* Madrid, 1648; nueva ed. corregida e ilustrada por el Lic. Francisco Ramiro de Valenzuela, 5 vols. Madrid, s. a. /1930/.

Tello, Fr. Antonio: *Libro segundo de la Crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco, en el Nuevo Reino de Galicia y descubrimiento del Nuevo México.* Guadalajara, 1891.

Idem: *Libro tercero* [...], con introducción por José Cornejo Franco. Guadalajara, 1942.

The Badianus Manuscript. (Trad. al inglés de Emily Walcott Emmart). Baltimore, 1940.

Tschudi, Jacobo von: *Die Kechua Sprache.* Viena, 1853.

Viñaza, Conde de la: *Bibliografía española de lenguas indígenas de América.* Madrid, 1892.

Zavala, Silvio: *Sobre la política lingüística del imperio español en América.* En "Cuadernos Americanos", núm. 27, ps. 159-166. Méjico, 1946.

Zulaica Gárate, Román: *Los franciscanos y la imprenta en México en el siglo XVI. Estudio bio-bibliográfico.* Méjico, 1939.

El tema del hombre en la pintura americana

«Mi pintura está al margen de lo anecdótico y de la historia. Es pintura con pasión americana. Construída y levantada sobre el hombre ecuatoriano, que no aspira a estrechar su momento, su circunstancia, sino a interpretar y desnudar su alma».

Estas palabras de Osvaldo Guayasamín, muralista cien por cien, pintor netamente americano y gran premio de pintura de la tercera Bienal, nos van a servir de esquema para estructurar estas consideraciones. Analizaremos la pintura americana, al hilo del hombre, de la anécdota y de la historia, que es trascendencia cuando los hombres que la intuyen tienen fuerza para ver algo más de la triste realidad cotidiana de las cosas y que se para en anécdota al socaire de intereses que no son para los que las cosas nacieron, se desarollan y viven.

Con estas palabras, el pintor mestizo quiteño trazó en una sola frase toda la historia contemporánea de la pintura americana, que, como fenómeno vivo por excelencia, tiene algo de comedia y no poco de tragedia política y social. El hombre, la anécdota y la historia. Tres realidades firmemente trabadas, porque no se da ninguna sin las otras y que cuando coinciden en el campo del arte, la realidad del primero, la fugacidad de la segunda y la contínua vida de la historia, sirven bien para diversificar una temática por simple y abstracta que parezca.

La historia de la pintura americana, la de los últimos cincuenta años que iremos viendo siempre a través del prisma humano, es la historia misma, política, social y cultural de la vida de Hispanoamérica en esos años. Empleamos hispanoamericano como equivalente a iberoamericano incluyendo también al Brasil, ya que el vocablo *hispánico*, sin ninguna resonancia política ni hegemónica, no debe ser privativo ni de esta ni de la otra orilla del Atlántico, ni de ésta ni de la otra margen del Duero, el Tajo y el Guadiana. Es un concepto clásico. Aquel que acuñaron los romanos cuando contrataban a sus mercenarios, —ya fuesen onderos baleares, équites de la tarra-

conense o infantes de la apartada Lusitania—. A todos pagaban con la misma moneda, en la que una leyenda única «milites hispaniarum» viene a ser una prueba más de la comunidad peninsular.

Pues bien, la segunda mitad del siglo XIX asiste en América a un fenómeno general. Salidos de la guerra de emancipación que los alumbró a la independencia, la inestabilidad política inicial, más larga en unos países que en otros, no es momento propicio para un desarrollo sereno y rápido de las bellas artes. La vieja pintura de tema religioso, que tanto predicamento gozó en la época virreinal —basta pensar nada más en el maravilloso barroco americano— decae, y, poco a poco, en el correr de los años, cuando empiezan a regularizarse las escuelas nacionales de Bellas Artes y los ecos de Europa llegan a ser algo más que ecos, se irá tornando en una pintura de tema histórico, que no huye de la anécdota ni de la escena de género y por la que van a ir pasando los políticos y generales más destacados, las grandes damas de la sociedad caraqueña, limeña o bogotana. Junto a ella, una pintura minimizada, cursi, de flores, perros y pájaros. Es el arte de tono menor que se da en todas las latitudes.

Pero esa pintura histórica tendrá un gran fallo: está falta de vida. El retrato será retrato del cuerpo, de la apariencia externa. El interés por el retratado se para en la simple contemplación formal y no trasciende a una interpretación anímica por la que el espectador puede darse cuenta de qué es aquello que piensa, insinúa o desea el modelo del pintor. Hay hombre y anécdota en cada lienzo, pero la trascendencia histórica por la que cada hombre y cada arte es espejo de un país y un ambiente, se ha quedado debajo, soterrada por el cuidado y el detalle, por la mera consideración marginal de lo que debía haber sido la primera intención.

Nace la pintura moderna

Con este brevísimo precedente de pintura histórica, ya podemos señalar uno de los más tremendos contrastes de la historia del arte de los últimos tiempos. Casi a los cincuenta años, el panorama dió una vuelta completa, hasta marcar la contradicción en más de un caso concreto. ¿Qué ha pasado, para que un arte decorativo, frío, banal, intrascendente, se haya situado en las avanzadas de la pintura contemporánea, dando un giro total? Por la pintura moderna americana, los hombres viven, luchan, hacen política y patria,

y lo que es mejor todavía, hacen arte: porque pese a todo tipo de malversaciones, hay un poso que queda y que tarde o temprano va dando su fruto.

La gran pintura mejicana, de Rivera, Orozco, Siqueiros y Tamayo, la pintura del ecuatoriano Guayasamín, del brasileño Portinari, es una plástica genuinamente contemporánea, fruto de inquietudes nuevas, sean del tipo que fueren, ya veremos cuáles, y tendente cada vez más a una caracterización nacional por el procedimiento de subrayar con el propio acento de cuna las mil y una influencias que llegan del Norte y del Sur, del Este y el Oeste. Cuando estos intentos son emprendidos por artistas medios, sin gran personalidad artística, el resultado no sirve se producen remedos del arte europeo, que sólo en las grandes figuras es asimilado de modo inteligente y original.

Para una contemplación total de cómo se ha ido desarrollando esta pintura en torno al hombre, hace falta un estudio del medio cultural y sus focos de influencia, de las escuelas más notables —la mejicana sobre todo— del complejo ambiente político y del medio: la *geografía*, ese gran escenario de catástrofe del hombre americano, caja de resonancia donde late una vida múltiple y abigarrada, abierta a todas las sugestiones, cerrada a piedra y lodo a otras, y marco donde las turbulencias de la raza tienen campo ancho para sus andanzas.

El arte es siempre como un enorme espejo donde la historia, la sociedad toda, se está siempre reflejando. De aquí que lo qué sea y cómo sea el ambiente social de cada momento y lugar, así será su arte. Y esto no es cortar alas a la inspiración, pero según sea el hombre, el artista, así será su obra; y el artista, el hombre, es fruto indefectible de su época. El último extremo «la congruencia entre la obra realizada y el pensamiento generador —como hubiera dicho Camón Aznar— es la que puede determinar la calidad de frustrada y egregia de una creación», [1] y no otra cosa.

Este hombre, protagonista del arte americano, su autor y su modelo, es producto de una sociedad compleja, que hace muy poco que ha comenzado a industrializarse, porque hasta muy recientemente vivía dormida en un letargo secular. Nos referimos exclusivamente a la sociedad americana del último cuarto del

---

1 José Camón Aznar: *El arte ante la crítica*. Col. "O Crece o Muere". Editora Nacional. Madrid, 1955, pág. 17.

siglo XIX y de la primera mitad del XX, que es la que ha conformado al artista americano de estos años.

En el último medio siglo, América se ha ido haciendo a la moderna. Un suelo rico la ha dotado gratuitamente de una incalculable capacidad de desarrollo material. Con anterioridad, en el mundo exclusivo de la cultura, se había dado una reacción. El resquemor de la independencia —las guerras, aunque sean entre hermanos, siempre hieren— provocó la natural reacción contraria. Tres siglos de presencia española, y, frente a ellos, nuevos horizontes culturales que se van abriendo para los americanos. Cuando ya Londres, y sobre todo París —recuérdese todo el amplio capítulo del «Art Nouveau» importado a América—, ascusan su influencia, en la literatura, en la Filosofía y en el Arte, los hombres de América hacen un nuevo descubrimiento: el indio. Los ingredientes en danza serán ahora tres: lo indio, lo español y lo europeo.

Mucho se ha escrito sobre ello. De toda la polémica, una cosa queda clara: que América no es un hito estraño, algo surgido por generación espontánea de una civilización indígena. «América, el mal llamado Nuevo Mundo, —lo diremos por una voz americana, la del filósofo peruano Alberto Wagner de Reyna— es espiritualmente el mismo Viejo Mundo, pero remozado: es nuevo no porque sea distinto del otro, sino porque en él se continúa, prolonga y florece la ancianidad vigorosa de la misma cultura». (2) He aquí por qué el arte americano, y concretamente la pintura, participa también de esa compleja situación que va aclarándose, personalizándose más cada día. En líneas generales, puede afirmarse que la pintura americana contemporánea ha heredado el realismo, sanguíneo y vital, formal y estilístico constante en el arte español. Tiene en la contemplación de las razas aborígenes americanas, cantera riquísima para una temática tan viva y colorista como ninguna otra; y tiene, por último, en las concomitancias europeas, unas lecciones de técnica y ambiente artístico que convierte a esta pintura en un capítulo más del arte moderno universal.

A estas horas ya se puede señalar la triple problemática a que da lugar la pintura hispanoamericana. De un lado está el arte de tono menor, colorista, que toma de lo indio, de su paisaje y de sus cosas, el matíz anecdótico, narrativo apenas, de unos hombres y unos géneros de vida. En un desarrollo cronológico, este arte,

2 Alberto Wegner Reyna: *Destino y vocación de Iberoamérica*. Col. "Santo y Seña". Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1954, pág. 70.

paralelo a la ya citada pintura de historia, es anterior, constituye un estadio previo a la gran pintura. La muestra más característica de este período es el arte costumbrista mejicano de los primeros años de este siglo, inmediatamente precedentes a la revolución del año 10. «La muerte de Atala» de Ocaranza y «El joven pescador» de Gutiérrez, son dos cuadros de género, paradigmas de toda una corriente que tuvo continuación en la obra de dos artistas de relativo nombre: Alfredo Ramos y Adolfo Best. Paralelo a este costumbrismo mejicano, en la América del Sur, una lista interminable de artistas cultivadores de esta pintura casera y anecdótica, que se sigue cultivando aún hoy, como música de fondo sobre la que se destacan los grandes maestros de nuestros días.

El segundo momento del moderno desarrollo de esta pintura debe localizarse enteramente en Méjico. No se trata de un capítulo enteramente artístico, porque en los años que median entre 1910 y 1950 Méjico ha vivido las jornadas más intensas, también las más dramáticas, de su historia nacional.

En 1911 tiene lugar en Méjico la primera huelga de los artistas. Se trata de sacudir el tedio académico, que las primeras noticias del neoimpresionismo europeo habían hecho irrespirable. Ramos Martínez establece la primera escuela de pintura al aire libre en Santa Anita, que coincide con momentos violentos de revolución política. El arte moderno nace así en un ambiente enrarecido por la lucha, y los artistas, hombres como los demás, inmersos en su siglo, fomentan también el fervor nacionalista, adjetivo de la Revolución. La arqueología, las bellas artes, los usos y costumbres de la raza, cobran un valor plástico que antes no tenían. En el horizonte político y cultural de los hombres de la recién ganada independencia soberana, en sus aspiraciones nacionalistas, se dibuja ya como piedra de toque lo indio que va a ser tomado como bandera y símbolo de toda una época. Una decena más —1921— y se publica en Barcelona, en las columnas de la revista «Vida americana», el discutidísimo «Manifiesto a los plásticos americanos», en el que se dieron la mano dos artistas mejicanos ya de renombre europeo: Diego Rivera, estudioso en París del arte de entonces, y David Alfaro Siqueiros, desgarrado ya, revolucionario como el que más, y al parecer sucesor actual de la capitanía artística comunista americana, hasta hace unos meses detentada por Rivera. (3)

3 "Estudios Americanos", núm. 20, págs. 479-497, mayo 1953, públicó un detenido estudio de José Guerrero Lovillo, sobre este período de la historia del arte mejicano.

El manifiesto es un slogan más político que artístico, en pro de las artes prehispánicas: una reacción nacionalista más. Posteriormente, la obra de Vasconcelos, ministro de Educación, la fundación de sindicatos de artistas y escritores, revistas y periódicos, consagró el movimiento como el renovador del arte, no sólo mejicano, sino de toda Hispanoamérica, de la que se convirtió en el paradigma.

Tres nombres campean en este arte revolucionario mejicano: Rivera, Orozco y Siqueiros. Ya hemos apuntado que no se trata de un movimiento exclusivamente artístico. Metidos de raíz en la revolución, el arte que sale de sus manos es un arte de protesta, de repulsa de todo lo anterior y búsqueda de una personalidad nacional. La manera cómo cada uno de estos tres hombres se enfrente a los problemas plásticos y los vaya resolviendo, podrá sea diferente, pero tiene de común una preocupación política, social, nacionalista, que en multitud de ocasiones puede desvirtuar la creación artística, pero que en definitiva, es la que ha dado su originalidad a este amplio capítulo del arte hispanoamericano contemporáneo.

Al hablar del hombre en la pintura americana, nos referimos tanto al artista como a su obra. El hombre para Rivera, Orozco y Siqueiros es cada uno de ellos reflejado en el lienzo. Nunca como en esta ocasión la personalidad del pintor se ha impreso más hondamente en la obra. A Rivera se le ha tildado de poeta plástico de Méjico, de su historia —prehistoria— pasada, y de su momento presente. El hombre en sus cuadros es el mejicano de la calle, sea blanco, indio o mestizo, que vive y se rebulle en un ambiente complejo que pugna por cuajar en algo estable. Cuando Rivera se asoma a la vida de Méjico, la encuentra rica, abigarrada, extraordinariamente expresiva, y, casi siempre, desesperanzada. En su vida, el pintor ha sido siempre igual. Día tras día ha estado buscando una seguridad, aunque a veces, el gesto lo haya exagerado en aras de la política, en la que el comunismo no ha estado ausente en sus últimos años.

Vuelto de Europa —1921— el quería «construir un arte monumental y heróico, un arte humano, un arte público con el ejemplo directo y vivo de nuestras grandes y extraordinarias culturas prehispánicas de América». Pero, la huella de París le convierte en un extremo más del arte universal, lo que ha permitido afirmar a la crítica: «Como Rubén Darío en la poesía y con un americanismo que el nigaragüense no poseyó, Rivera incorpora a Méjico y a Hispanoamérica la historia occidental del arte que cultiva».

Pero Rivera no llega solo al universo artístico. Cuando nace el muralismo, la máxima aportación plástica mejicana, José Clemente de Orozco y algo más tarde David Alfaro Siqueiros, el más joven de los tres, vienen a corear la voz del maestro. Orozco, por contraste con Rivera, trae al arte una convulsión de tragedia. Se ha hablado de Orozco o la locura, y así fué en su vida y en su obra. Continua reacción contra todo, que le lleva a la sátira de la caricatura y a la pintura sórdida, llena de diatribas sociales, de rebelión permanente. Para Orozco es necesaria «La destrucción del viejo orden» que es el título de un mural en la Escuela Nacional Preparatoria, donde dos típicos mejicanos vuelven la cara curiosos contemplando un mundo caduco que se rompe, cruje y se hunde para siempre. Este aire de protesta, de abrir brecha con nueva actitud, es lo que define toda su pintura humanista como luego veremos.

El tercero en la lista es Siqueiros, el único que quizás viva hoy, si es cierto que Rivera ha muerto por lo menos para el arte. David Alfaro Siqueiros es ya la apoteosis de toda una corriente. Si Orozco rompió el equilibrio inicial aunque siempre fuerte de Rivera, Siqueiros conmueve incluso los mismos cimientos clásicos del arte de Orozco: ha llegado la hora de la revolución más violenta donde todos los extremos son posibles. Si al equilibrio sucedió la locura, a la locura ha seguido la obsesión, que es una constante en la obra del revolucionario de Jalisco.

La trilogía de la revolución

¿Cómo ven, y lo reflejan luego en sus lienzos, estos artistas al hombre mejicano? La primera característica es el matiz epopéyico que hay en toda esta interpretación plástica del hombre y su medio. Pintan con la conciencia plena de que su obra no se limita a la pura creación estética, hay siempre debajo, sustentando ideológicamente a la obra, todo un cúmulo de preocupación extraartística que en algunos casos desvirtúa el fruto plástico, pero que, en líneas generales, ha servido para personalizar —ya lo hemos dicho— aún más este arte.

Para Rivera el hombre es protagonista de una historia de siglos que hay que revitalizar. Basta ver los murales de la Secretaría de Educación Pública y del Palacio Nacional de Méjico, así como los 27 que forman «El retrato de Detroit», para comprender todo un idealismo revolucionario. Es un idealismo que aún necesita del suceso menudo, de la anécdota para cobrar relevancia de símbolo.

El trabajo, industrial y agrícola, la contemplación de la naturaleza, la efervescencia política que son otros tantos temas abarcados por el pintor, conservan aun el regusto de cosa minimizada, detallista, que se sirve todavía de la pequeña pincelada para dar sabor a la obra.

Los coloridos brillantes, la técnica completísima y bien dominada siempre, su dibujo preciso y rotundo, no le liberan de una cierta tendencia a la valoración excesiva de miles de detalles. El historiador del arte mejicano Justino Fernández ha dicho, en alguna ocasión, que no conviene poner tan alto a Rivera que se le pierda de vista, y esta afirmación es válida. La falta de monumentalidad, por exceso de figuras, por la complicación de los temas, en los que tienen cabida indios, blancos, hombres, mujeres, frailes, soldados, máquinas y animales, hace que el espectador se pierda en la anécdota. Esto es tan notable en los murales del Palacio Nacional —en uno de cuyos fragmentos un enorme buitre está materialmente aplastado por un cortejo de lo más heterogéneo de gente de todas las épocas, a pesar de ser el centro de atención—, como en los graciosos frescos del hotel del Prado, en los que se llega a la grandiosidad por la acumulación abigarrada de figuras sin que ninguna destaque sobre las demás, cual si se tratase de un rebuscado panteismo de la forma y el color.

Es que el hombre, para Diego Rivera, siempre es masa. De aquí su fácil desviación ideológica hasta el comunismo y de aquí también que cuando desciende al retrato, no pase por lo general de la sátira. Siendo un gran pintor, conocedor de lo clásico, trabajador como el que más, innovador y capitán indiscutible del arte americano durante un largo período, nunca ha llegado a la consideración clásica del hombre como medida de las cosas. No individualiza. Dijérase que no es un pintor de hábitos, sino de instintos, porque los hábitos individualizan al hombre y el instinto los asemeja en la especie. No le interesa el gesto aislado que puede recoger de una sola pincelada toda una actitud vital. Le interesa la pureza del coro, donde ninguna voz suena más alta que otra porque es toda una raza la que tiene detrás y de la que se siente intérprete. Se echó sobre los hombros la dura tarea de ganar, de recrear a todo un pueblo y ésto sólo supo hacerlo con su muralismo maravilloso y alucinante, aunque fuerza es confesarlo, desvinculado de la realidad.

Sin duda, José Clemente de Orozco supone un paso más en

el camino. Existe en él la misma actitud ante las cosas y los hombres de su país, idéntica pasión por los que ve sufrir a su alrededor, una parecida repulsa por todo lo que fuera opresión, crimen social. Pero, cuando Orozco acomete los más diversos temas en los que el hombre es el principal protagonista, no hay la menor concesión directa a la galería política. El hombre, en su pintura, es éste, ése, aquel individuo, aunque no sea uno determinado ni tenga un nombre. Ya en sus primeros años de carrera, hacia 1922 cuando realiza los frescos de la Escuela Preparatoria, aunque todavía la naturaleza le ofrezca mil sugestiones, su empuje expresivo puede más y hace toda una historia plástica del hombre, maravillosamente lograda en el mural «Maternidad», que constituye una auténtica abstracción de la humanidad, en una de las más sorprendentes trilogías pictóricas de este siglo.

«El tema central de esta pintura es, como se ha dicho, el hombre. Pero el hombre en toda su potencia expresiva, en toda su riqueza de contenido; unas veces en la clara y admirable sencillez de lo selvático, y otras en la oscura complejidad del tráfago moderno y siempre como un desesperado fantasma de sí mismo. Y esta sublime inquietud es la que comunica a toda la obra un hálito de poesía que exalta hasta un grado supremo el sentido filosófico de que está informada toda la obra. Su creación es un mundo de turbios sueños, de brumas insondables, de terror, de sombras, de interrogaciones sustantivas, insoslayables, que conducen inexorablemente a una metafísica integral». (4)

Con todos estos elementos y entre los años 1922 y 1930, se está formando el artista filósofo, anárquico también, y continuamente en trance de renovación. Es el momento en que un esqueleto en un escabel de libros simboliza a la ciencia —como símbolo también de quien sólo confiaba en su prodigiosa intuición—, en el mural «Prometeo» del Colegio de Pomona en California; y los tres grupos de frescos de Guadalajara, en los que parece que empieza a periclitar la estrella revolucionaria del gran pintor. Hay aún mucha tragedia en su pintura, miserias y complejidad de problemas insinuados, pero hay también una sensación de cansancio: los hombres que pinta entonces Orozco son incapaces de arrastrar, de ser tomados por portavoces de una raza y un país.

4 José Guerrero Lovillo: *El tema del hombre en la pintura de José Clemente de Orozco.* "Estudios Americanos", núm. 3, mayo 1949, pág. 485.

En los últimos trabajos, la obra se complica todavía más, y aunque la huella exterior en su pintura es escasa, ya que estudió fuera de Méjico, cuando ya había formado su propio estilo, en los frescos de la Escuela de Investigación Social de Nueva York, en los del Palacio de la Suprema Corte de Justicia y en las decoraciones del Hospital de Jesús, se notan algunas concesiones a otros pintores y escuelas. Si su obra puede calificarse de un modo general, de post impresionista, con toda la originalidad que se quiera y que tuvo realmente, los últimos años le acercan un tanto a los estilos geométricos, a ciertas formas de surrealismo e incluso a una incipiente y muy rudimentaria abstracción. Llega a desembocar en unas visiones de corte apocalíptico, alucinaciones fulgurantes de cosas y hombres rotos a pedazos y desperdigados en el lienzo. «Ya no hay hombres, no más que trozos de humanidad, pegados de cualquier modo. Así somos hoy, un rompecabezas», decía al fin de sus días —septiembre de 1949—, y la obra era ya fiel reflejo de sus palabras. Al decir locura no es preciso quitar ni una sola sílaba.

Digno sucesor de Rivera y Orozco es Siqueiros. Ya hemos indicado cómo viene a ser la cumbre de toda una evolución. Pero a su postura y a su arte le falta la actitud un tanto reglada de Rivera y la potencia arrolladora y encauzada de Orozco. Siqueiros incorpora a la pintura la total anarquía. Incómodo en el mundo en el que le ha tocado vivir, trata de forjar un Universo a su medida, para ofrecer a todos la posibilidad de una evasión vital del presente. Los hombres que pinta Siqueiros son irreales, no por estar vueltos de espaldas a la realidad que les circunda, sino porque nunca han formado parte de ella, más que en la imaginación enrarecida del pintor. Su famoso cuadro «Eco de un grito», en el que una humanidad doliente y misérrima aparece cerrada a toda esperanza, fué ya un anuncio primerizo de lo que había de venir después. Toda su vida ha sido un continuo itinerario trágico y aventurero: la cárcel, el exilio, la guerra, los viajes por Europa y una extrema rebelión contra todo lo que de alguna manera entrañara una regla o un método. Artísticamente encontró en lo indio la cantera más viva para su antieuropeismo. Hasta él, el indigenismo pictórico, latente siempre en Orozco, marcadísimo en Rivera, no había llegado a una expresión política tan descarada. Había que olvidarse de todo y volver a la pureza del arte primitivo, que tiene en las culturas precortesianas un caudal inagotable de sugerencias.

Entre manifiesto y manifiesto, algaradas callejeras y soflamas,

David Alfaro Siqueiros fué elaborando una doctrina, la del comunismo artístico, y, sobre todo, una técnica de maestro. El ha descubierto multitud de procedimientos para pintar y se ha enfrentado con soluciones plásticas hasta él totalmente vírgenes. Al lado de estas técnicas, una visión nueva de los hombres y las cosas. En sus murales de dentro y fuera de su país —la famosísima decoración de la escalera del Colegio Chico de Méjico y las de Chillán en Chile— junto a sus numerosísimas obras en Estados Unidos, late un deseo inmenso de libertad sin trabas que le ha venido creando conflictos y que, al mismo tiempo, le ha obligado a fabricarse una sociedad a su gusto, paraíso plástico y escape vital para el pintor. En esta actitud ante la vida, Siqueiros es un producto típico de su época y del París convulso de filosofías «vitales», que él ha frecuentado con una nostalgia constante de enfermo ideológico.

Si Rivera se enfrentó a sus temas con un deseo radical de revisión, y Orozco con su cantinela eterna de protesta, Siqueiros lo hará por esta puerta fácil de la evasión: él no trata de reformar un mundo que no le gusta, sino de levantar otro con sus propias fuerzas sobre el esquema ideológico del comunismo internacional. La sociedad, burguesa y capitalista, ha de ser sustituída por la sociedad de la comunidad universal, cuyo primer paso se quiere dar en las obras de Siqueiros: el paso tremendo de la sed de acción, que pone al servicio de una construcción mítica, una de las más portentosas intuiciones artísticas de nuestros tiempos.

Aparición de una pintura trascendente

Siqueiros ha venido a cerrar un capítulo de la historia de la pintura americana. Con él se acaba una magnífica trilogía de artistas que ya dijeron todo lo que tenían que decir. Siguiendo sus pasos, pero con una actitud radicalmente opuesta a la de los tres maravillosos muralistas, otros tres hombres, mejicano uno, ecuatoriano otro, brasileño el tercero, centralizan hoy los aplausos de la crítica. Porque Rivera tiene su contrapunto en el brasileño Cándido Portinari, muralista como él, pero remansado en su propia serenidad; Orozco tiene su réplica, a su manera, con otros vuelos, en Osvaldo Guayasamín, mestizo de Quito, equilibrado en su mismo desequilibrio, y Siqueiros, en su paisano Rufino Tamayo, apolítico por definición pero abierto también a una inquietud social.

Estos tres pintores suponen un paso más en el desarrollo con-

temporáneo del arte americano. La lucha política, el riesgo continuo de la revolución, ha sido sustituído en ellos, por un arte más puro, sin estridencias ni malabarismos espectaculares. Tamayo el mejicano se desvinculó desde el primer momento del movimiento politico de su país y su obra, repudiada por Siqueiros como fruto de un traidor, ha llegado a penetrar el alma de lo mejicano por una elaboración más serena, más reflexiva de lo que ve a su alrededor, de lo que estudió en los libros y de lo que ha sido cantor. Portinari, aun con menos prejuicios, nacido en una naturaleza lujuriante y solo deudor de ella, es autor de un arte eminentemente naturalista, sin complicaciones ideológicas ni políticas, aunque bien atento siempre a los problemas cotidianos.

Guayasamín, por el contrario, representa la síntesis. Mestizo auténtico, tiene tanto de clásico como de moderno, y cuando se pone en contacto con el arte europeo, su raigambre india, quechua, hace el debido contrapeso para que su producción no pierda nunca el equilibrio de lo mestizo bien entendido.

A los tres se les puede calificar de pintores indigenistas, pero su obra, serena, espiritualista, abierta a la trascendencia, cuenta siempre con la ponderación suficiente para no hacer de la política o de la preocupación social el fin exclusivo del arte.

Rufino Tamayo, ahora que Siqueiros se ha convertido en el sucesor de Rivera, encierra para el arte mejicano, junto a otros artistas como Leal o Raúl Anguiano, las esencias más puras de la tradición pictórica nacional. Centrado bien en su universo vital y artístico, atento tanto a lo que pasó ayer y se proyecta hasta él, como al mundo que bulle en su torno, la humanidad que abraza en sus lienzos, ya sea blanca o india, es una humanidad caliente, que ríe, sufre, que vive y se muere. A la galería estereotipada de tipos de Rivera, Tamayo le ha puesto su alma de artista y el resultado es una sorprendente explosión cromática, abstracta algunas veces, pero expresiva de unos valores esenciales siempre, en los que se alcanza la universalidad del arte, más que por la elección de los temas, que son los eternos, por la vida que pone en ellos, convirtiéndolos en índice de una civilización.

Políticamente, ya lo hemos dicho, desde un primer momento, se sintió desvinculado del movimiento mejicanista de los tres grandes. Entendía que la excesiva preocupación por los temas anecdóticos, por los sucesos diarios, entrevistos con un prisma político-social, habían desvirtuado la creación artística apartándola de los

grandes temas del arte universal. Los problemas inmediatos, vitales, gravísimos, necesitados de una urgente solución, eran reales, pero el artista, así lo creía y lo cree Tamayo, no era el llamado a resolverlos. Pintor sobre todas las cosas, persigue la belleza expresiva de la realidad, buscando en cada lienzo o mural la mayor pureza pictórica posible. Le interesan los problemas técnicos, cómo es y quién hace el arte contemporáneo, pero los problemas humanos no son para él la única meta, aunque ocupen su atención. De aquí su serial sobre la música en el Conservatorio de Méjico, su colección de pinturas infantiles, sus composiciones populares y sencillas sobre el tema común de su tierra natal de Oajaca. En todas ellas, el zarpazo del drama que desgarra al hombre y al lienzo, brilla por su ausencia. Hay un regusto amable, pero no dulzón, adornado de hallazgos en el campo meramente técnico, que nunca produce obras en las que se alcance la categoría de tragedia. El hombre en los cuadros de Rufino Tamayo es cualquier hombre, idealizado cuando hace falta, realista si el tema o la propia actitud temperamental del pintor lo exigen, pero de ninguna manera detenido en un análisis sombrío de la sociedad. Si hubiera que buscar un calificativo para englobar toda su producción, había que decir: Tamayo o la sencillez.

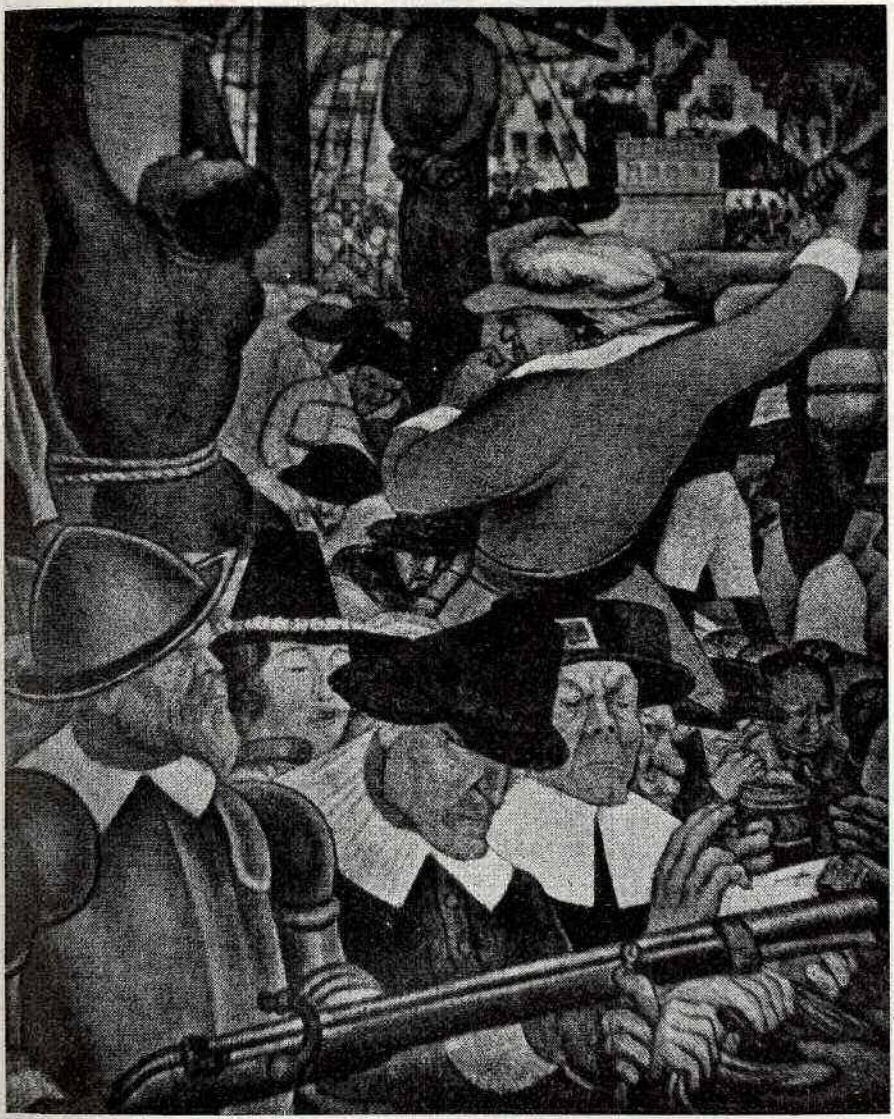
La sencillez es también el camino de otro pintor hispanoamericano de nuestros días, Cándido Portinari, que nace al arte en medio de la exuberante naturaleza brasileña. Es igualmente un pintor que pinta la sencillez con sencillez. Cuando aparece en el universo del arte, su patria, Brasil, ofrecía un panorama casi vacío de pintores. La riqueza de asuntos de una sociedad complicadísima, de aluvión, no había encontrado hasta él su intérprete. A Cándido Portinari le ocurre algo decisivo: es un pintor que no tiene tradición, no tiene nada que imitar ni nada viciado de qué liberarse. Hijo de colonos italianos en una apartada hacienda de Santa Rosa, en el estado de Sao Paulo, llega al arte sin nadie que le lleve de la mano. La sencillez no será un recurso, como para algún crítico lo puede ser en Tamayo. La sencillez, la falta de lucubraciones sociales, de filiación política extremista, es en él fruto natural de su propia situación. Junto a esta circunstancia, el pintor ve la luz primera en un rincón ausente de indígenas. A la edad en que empezó a pintar, no había en él ningún recuerdo fuerte y expresivo, distinto de los de su propia raza blanca. Será más tarde, al ponerse en contacto con los negros de los cafetales en los estados vecinos,

cuando Cándido Portinari reciba en su obra y en su vida otra humanidad, y entonces sí, el choque es decisivo y marca etapa en su pintura. Los negros ya tienen un pintor en Portinari, que en unas cuantas obras ha hecho de esta raza una epopeya.

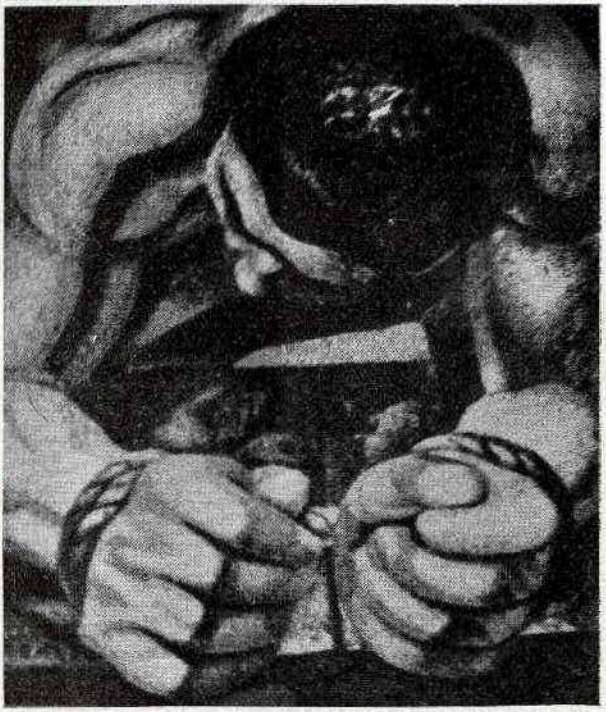
Pero esta coyuntura no es la principal en su obra. Es sobre todo un pintor de la naturaleza. Su arte será monumental, grandioso, como monumentales y grandiosos son los ríos y los montes de su país. El contraste entre los negros, importados de otros mundos y la extrema geografía brasileña, revierten al pintor a un tercer aspecto, a la pintura cordial, refugio donde encuentra la paz menuda que no le proporcionan ni la vida apasionada de los negros, ni el enorme paisaje natural que le rodea. Es la pintura de retrato y las escenas infantiles. «El niño del barrilete», y el de «La calavera», como la imagen de la madre del pintor, son otros tantos alegatos por una concepción poética de la pintura, que tiene mucho de corte romántico, donde el corazón, el sentimiento, juegan siempre un primer papel.

Podría parecer por lo expuesto que Cándido Portinari se ha olvidado de muchas cosas, que constituyen factor decisivo en la vida y en la obra de otros pintores. Pero no. Como artista consciente, que sabe de lo clásico más de lo que parece, y que ha sabido asimilar el mensaje de Picasso y París, la historia y la realidad también le dicen algo. El ha realizado una colección de murales sobre la Biblioteca del Congreso de Washington, donde América y los sucesivos períodos de su historia, están bien interpretados. Pero no hay en ello ninguna forma de grandielocuencia intencionada. El pintor narra lo que ha oido contar y la historia queda allí, como una cinta cinematográfica pegada a la pared, que ni habla ni trata de arrastrar a nadie tras de sí.

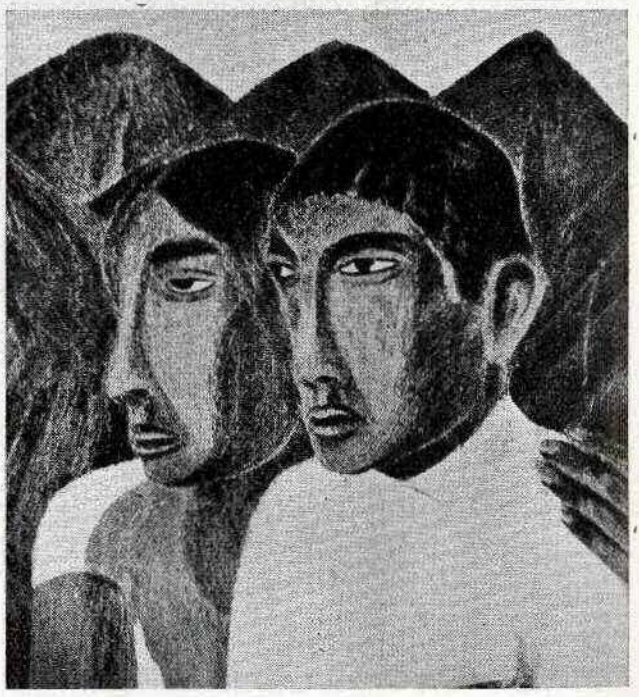
Si alguna vez le salpica el drama de lo cotidiano —la honda pena de un niño muerto, la profunda tragedia del emigrante perpetuo, el hombre sin tierra—, el escape del pintor no es el gesto desgarrado sin más. Se resuelve el problema en una cierta melancolía, que proporciona más paz que inseguridad. Esta melancolía, muchas veces, rompe en llanto. Los hombres y las mujeres en los cuadros de Portinari lloran, como si el pintor se sintiera impotente para dar solución a la tragedia que contempla a su alrededor, y pretendiera enjugar en lágimas lo que otro hubiera terminado en un grito airado de protesta. El arte de Portinari es testigo, pero no acicate ni panacea de los males de la sociedad.



Diego Rivera: «*La colonización anglosajona*».

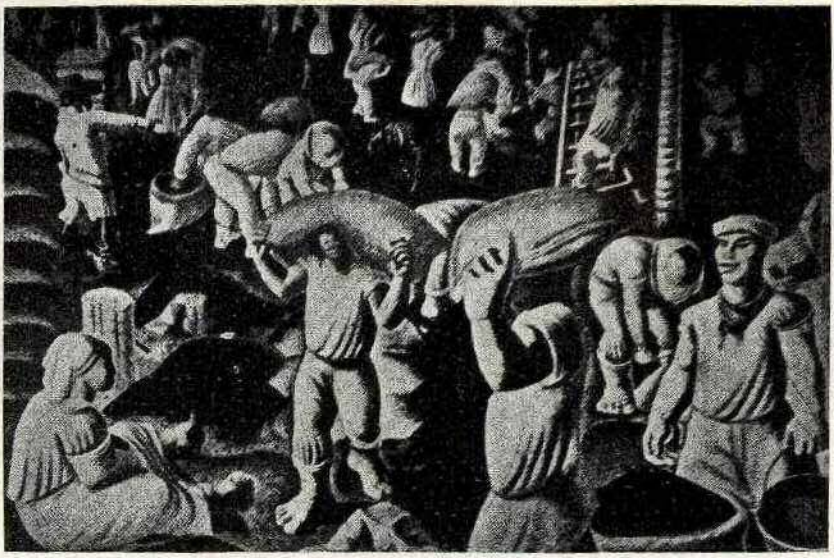


David Alfaro Siqueiros:
«*El esclavo*».



Rufino Tamayo:
«*Muchacha y muchacho*».

José Clemente Orozco: *«La destrucción del viejo orden»*.



Cándido Portinari: «*Café*».

Osvaldo Guayasamín: «*Los amantes*».

Y ya llegamos al último capítulo de este escaparate de hombres pintados y pintores: el maestro ecuatoriano Osvaldo Guayasamín, voz y bandera de toda una raza. Guayasamín es un ejemplo típico de mestizaje. Es un artista clásico, que conoce profundamente los hitos del gran arte de todos los tiempos, pero que, americano sobre todo, tiene en su tierra y en los hombres que la pueblan su principal pasión. Picasso, la pintura mejicana y norteamericana algo le han dicho, pero nunca lo suficiente para soterrar la realidad telúrica y humana de la que él se ha hecho representante.

Para realizar plásticamente la historia de su raza, Guayasamín se sirve de su extraordinaria fuerza expresiva, fresca, violenta, y desprovista de lo accesorio, como el instrumento más adecuado para reducir la obra sus esquemas más puros y simples. «Por eso en sus lienzos casi nunca hay espacios volumétricos, perspectivas perdidas buscando realidades intrasuperficiales. Su arte permanece en la apariencia externa, y la profundidad ya pertenece a otro mundo: al de unos arraigos ancestrales que nos resultan inabarcables a este lado del Atlántico, a las profundidades insondables de una tierra que hace de los hombres pigmeos eternos, o a los secretos anímicos de la persona que quiere retratar, atrapados al vuelo de unos minutos, cuando el modelo casi no se ha dado cuenta que ha caído bajo la paleta del pintor. Sus retratos, como sus paisajes, entrañan siempre un mundo poético. La obra toda está pensada previamente como si fuera un poema que sacara de la luz y del color, de la situación temperamental del pintor y de la realidad telúrica que le circunda y que tantas veces le sirve de motivo indiscutible, más que el perfil que ven sus ojos —los del cuerpo y los del alma—, las vivencias pasadas, las de su raza, las de los hombres que él tiene detrás y de los que él se ha hecho el portavoz». (5)

No vamos a decir nada de su vida, ni casi de su obra. De sus viajes, de su formación autodidacta. No vamos a referirnos más que a los hombres que el pintó en la más maravillosa de sus obras; los 103 cuadros de la serie «Huacayñán», «El camino del llanto». (6)

La raza que puebla el Ecuador es variadísima, tan rica como su geografía y sus tradiciones ancestrales. Frente a esta realidad social y telúrica, Guayasamín adoptó una actitud de síntesis, la de expresar en una serie de lienzos el itinerario histórico y sentimental,

5 Angel Benito: *Osvaldo Guayasamín*. "Nuestro Tiempo", núm. 22, abril 1956, pág. 97.

6 Un estudio completo de la pintura del ecuatoriano puede consultarse en "Estudios Americanos", núm. 55, abril 1956, págs. 345-354.

trágico también, de sus connacionales. «Huacayñán» está compuesta como una sinfonía musical, en la que cada tema se diluye en otros tres. La unidad de la obra parece rota por la pluralidad de razas que atraen la atención del pintor, pero el escenario único, el Ecuador, da la unidad necesaria. Estos hombres son el indio y el mestizo que viven en la sierra, el negro y el indio que se asientan junto a la costa y el blanco y el negro que habitan en la llanura. Todas estas razas aparecen mezcladas; una prueba más del radical mestizaje del autor.

La humanidad que desfila por los lienzos de Osvaldo Guayasamín, casi siempre misérrima y desesperanzada, dice mucho al espectador. Son hombres que «quieren decir algo, aunque sólo sea por la quietud hierética de la expresión, que delata la ausencia de preocupaciones trascendentes, o la mudez voluntaria ante la vida. Es este el motivo por el que después de contemplar algún cuadro de «El camino del llanto», el espectador queda impregnado de la misma quietud que reina en cualquier lugar donde cesa de pronto un ruido ensordecedor. Igual que a la tempestad sigue la calma, tras de los lienzos del pintor ecuatoriano, siendo tan rabiosos, tan sonoros, sólo hay sitio para la serenidad. Parece como si la humanidad recogida en ellos se hubiera petrificado para siempre, como autora de gritos que nunca se han pronunciado y protagonista de una vida que aun está por transcurrir». (7)

Con esta trilogía racial —indios, negros y mestizos—, se suma Guayasamín a la interpretación del hombre americano. Lo fundamental y básico para él será el indio; el fruto, la esperanza futura de un porvenir más claro, el mestizo y, como un adorno que perfila y personaliza aún más las situaciones, la raza negra, importada pero en proceso de total adaptación.

A través de estos seis grandes pintores —Rivera, Orozco y Siqueiros, el trío de la protesta y la rebelión contínua—, y Tamayo, Portinari y Guayasamín, trío abierto a una interpretación trascendente, superadora de posiciones políticas, hemos pretendido ver cómo es y cómo pinta al hombre el mismo hombre americano. Hemos visto que la verdad artística está más allá de lo que pasa cada día. Ya lo insinuaba el maestro ecuatoriano en las palabras con que empezábamos: «Mi pintura está al margen de lo anecdótico y de la historia. Es pintura con pasión americana».

7 "Estudios Americanos", art. cit., pág. 350.

ANGEL BENITO JAÉN

Un limeño virreinal-republicano

Problema biográfico de gran interés constituye la genérica tensión espiritual de la mayor parte de aquellos hombres que actuaron en la emancipación peruana. Pasan por diferentes etapas. Monárquico-absolutistas en el siglo XVIII, transfórmase en monárquico-constitucionalistas al comenzar el siglo XIX, y rematan en separatistas y republicanos, aunque inencajables por completo en el nuevo sistema político imperante. El más típico representante de tan vacilante espíritu, en un lapso histórico bifronte, fué el limeño Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada.

Tomando como base el año 1822 —hito cronológico que recuerda su ruptura con el régimen monárquico— podría dividirse su biografía en dos partes claramente diferenciables: una virreinal y republicana la otra.

Pertenece Vidaurre a la generación nacida a mediados de la segunda mitad del siglo XVIII, generación que desemboca de inmediato al ejercicio de un incesante prédica ideológica y política.

Formado en el renovador Colegio de San Carlos, se graduó de Doctor en ambos Derechos —canónico y civil— en la real y pontificia Universidad de San Marcos, a cuyo Claustro perteneció por el hecho de ostentar grados mayores. Nunca fué Catedrático, por haber sido desafortunado cuantas veces se presentó a Oposiciones reglamentarias (1). Obtuvo, además, de nuestra Real Audiencia el título de Abogado y ejerció su profesión con marcado éxito en Lima. Tenía fama de lector infatigable y de grafómano impenitente.

Poco a poco Vidaurre pasará de la vida privada a la pública. Es normal partidario de la monarquía, ejerce su profesión de Abogado y será después funcionario judicial de la Corona. Por entonces se recuerdan unas denuncias sin éxito que remitió al favorito Godoy. Su fidelismo aflora con ocasión de haber sido invadida tierra hispánica por las huestes de Napoleón.

El año 1810 viaja a España y logra obtener su *Relación de Méritos y Servicios*, existente en el A. G. I. Dentro de un ambiente predominantemente liberal redacta un libro crítico sobre nuestra realidad virreinal, intitulado: *Plan del Perú*. Es una obra de crítica constructiva donde, en forma genérica, examina los principales aspectos que constituían la vida pública colonial. Su propósito básico lo enuncia en forma literal, cuando dice: «Es mi objeto presente manifestar las dolencias del Perú, la causa de algunas mociones que se han experimentado, y el riesgo eminente en que se haya de una turbación

---

1 Aquella modalidad universitaria virreinal ha sido olvidada. Para pertenecer hoy al Claustro universitario pleno, hay que ser Catedrático Principal Titular —cuyo equivalente virreinal sería el Catedrático de Prima— el Catedrático Principal Interino —virreinal Catedrático de Vísperas— conforma la Asamblea Universitaria —virreinal Claustro pleno—, por ejemplo para la elección de Rector, a falta del reglamentario número de Titulares. El simple hecho de ostentar un Grado académico, no incorpora al Claustro. Es menester ser Catedrático en ejercicio, Titular o Interino.

general, difícil de remediarse o tal vez insuperable». Del Cusco envió un nuevo texto perfeccionado, según lo manifiesta en papeles de la Audiencia citada.

En este discutido libro —inédito hasta 1823— aborda temas diversos pero que, en su conjunto, abarcan la casi totalidad de los problemas generales de nuestro país. Trata Vidaurre cuestiones que conciernen al desempeño de las funciones de Virreyes, Oidores, Cabildantes, Intendentes y Subdelegados, estado de la educación colonial en Escuelas, Colegios y Universidades, asuntos eclesiásticos, minas, estancos, esclavos, caminos y situación de los extranjeros.

Como consecuencia de dicho escrito, por Decreto de la Regencia de 29-VII-1810, es nombrado Oidor de la Audiencia del Cusco —novísimo tribunal creado en 1787 e inaugurado al año siguiente— (2), para cuya toma de posesión retornó al Perú. Desembarca en Arica y tras penoso viaje llega a la capital imperial quechua, atiborrada de tropas que marchan a guerrear contra los «porteños« en el Alto Perú. Especta el signo de una nueva etapa política, representada por la Constitución liberal de 1812, cuya retardada promulgación cusqueña desató alborotos locales que se transformarían, poco después en la rebelión de 1814, encabezada por Pumacahua.

Conociendo los conjurados las ideas del vehemente Oidor, intentaron nominarlo jefe del movimiento armado, ofrecimiento que éste de inmediato rechazó rotundamente. Tal hecho determinó su precipitada huída del Cusco. Más tarde dirá que la revolución fracasó porque se negó a dirigirla. Hay que recordar cómo ya el año 1812, a poco de entrar en la ciudad, escribe una Carta —todavía inédita— al general peruano Goyeneche —pacificador enviado desde España—. cuya Dedicatoria y Prólogo han sido publicados por el P. Vargas Ugarte, papel donde explica el origen de los reyes y de la sociedad, aborda el tema conexo de la tiranía en América, las causas y efectos de las contiendas civiles y opina, con indiscutible lógica, cómo las Américas no serían felices constituídas en repúblicas independientes.

De retorno a Lima comienza una etapa difícil en la vida del fugitivo Oidor. Aludiendo a Representaciones anteriormente enviadas al rey Fernando VII, remítele en 1817 una *Memoria*, (3) cuyo texto recalca cómo de no modificarse la errónea dirección política hispanoamericana se llegaría de modo indubitable a una secesión.

Exasperado por la continua vigilancia oficial, primero de Abascal y luego de Pezuela, (4) solicita su pase a la metrópoli para ser juzgado con imparcialidad. Y el año 1820, ya en Madrid, publica un breve *Manifiesto* argumentando sobre el adecuado número de Representantes que corresponde a los americanos en las Cortes próximas a reunirse.

---

2 V. la obra del suscrito: *Ignacio de Castro, humanista tacneño y gran cusqueñista* (1732-1792). (Lima, 1953), con un capítulo dedicado a la *Relación* que Castro redactara, publicación póstuma hecha en Madrid el año 1795.

3 Firmada en Lima el 2-IV-1817, documento que consta de 14 hojas. A. G. I. Indiferente General, 1.568. Su actividad como Oidor se conserva en numerosos papeles de este Archivo.

4 Hay una carta elogiosa de Pezuela a Vidaurre por su decisión de colaborar a la defensa del Perú y la contestación de Vidaurre. A. G. I. Indiferente General, 1.568.

En España logra vindicar su conducta, aunque no se le permite retornar al Perú. Es ratificado en su rango de Oidor y enviado a la Audiencia de Puerto del Príncipe (Cuba). Sin embargo, su constante campaña liberal originará una nueva remoción. Se le destina entonces como Oidor de la Audiencia de Nueva Galicia (México). Tal hecho variará definitivamente su existencia.

La segunda etapa biográfica de Vidaurre empieza el año 1822, al renunciar desde Filadelfia su empleo de Oidor. Se ha dicho que de Cuba pasaría a España, dejaría el cargo y luego viajaría a los Estados Unidos de Norteamérica, afirmación que contradice el texto de la renuncia redactada por el propio Vidaurre.

Filadelfia es una ciudad con especial importancia para la biobibliografía de Vidaurre. Aquí da a la imprenta su *Plan del Perú* y los dos tomos de sus interesantes *Cartas Americanas*, obras editadas por el impresor Juan Francisco Hurtel.

En el *Plan del Perú*, (5) libro de crítica y autocrítica, queda estampada la verdadera personalidad de Vidaurre. Es obra de rara fisonomía. Mientras el texto primitivo de 1810 esta redactado por un Vidaurre liberal pero aristocrático, las Notas que complementan la edición de 1823 las redacta un Vidaurre democrático, ganado ya al republicanismo, sistema político cuya bondad ha visto y verificado durante su estancia en los Estados Unidos. El sentido y actitud de su obra están claramente indicados cuando, en la parte inicial, pone Vidaurre esta sentencia: «los viajes y los años hacen variar o modificar las opiniones».

Campea en la obra una honradez básica y una autosanción para juicios anteriores, muchos de los cuales considera desechables en forma definitiva. Su crítica es directa, con tendencia a la ejemplificación y hasta a la personificación. Quizá este último aspecto explica ciertas profundas animadversiones contra su persona. Su mérito mayor es haber dado una visión de conjunto y abordado asuntos peruanistas, que conocía por experiencia propia con ocasión de los altos cargos que desempeñó. Lo que el Oidor limeño pierde en elevación doctrinaria, gánalo en sugerencia cotidiana de época. Por ejemplo, sus noticias serranas pueden servir de contribución al estudio de la vida indígena colonial, mientras sus noticias acerca del Perú criollo y costeño son útiles para conocer otros aspectos intrasferibles de aquel lapso.

Cabe recordar que mientras el inédito escrito de 1810 estuvo dedicado a Don Nicolás María de Sierra, Ministro de Estado de Gracia y Justicia, dedica el impreso de 1823 nada menos que al libertador Don Simón Bolívar. Con respecto al texto, manifiesta Vidaurre haber variado el capítulo XII —relativo a extranjeros— y añadido el capítulo XVI —concerniente al Protector del Reino, especie de Supervisor general del Virreinato—; también se

---

5 *Plan del Perú*. Defectos del Gobierno Español y Antiguo. Necesarias reformas. Obra escrita por el ciudadano Manuel de Vidaurre a principios del año 10 en Cádiz, y hoy aumentada con interesantes datos. Se dedica al Excmo. Sr. Don Simón Bolivar desde Philadelphia. Año de 1823. Contiene al fin la renuncia que hace el autor de la plaza de Oidor de Galicia, y en ella los motivos politicos que obligan a la Isla de Cuba a declarar inmediatamente su independencia. Philadelphia. Impresa por Juan Francisco Hurtel, al volver la calle Segunda y la de Dock. 225 págs.

pueden descubrir nuevos párrafos añadidos a los capítulos X y XII —referentes a Cabildos y Estancos respectivamente—. Además, como se ha dicho, añade sus importantísimas notas rectificatorias. Aspecto típico de sus vacilaciones espirituales es el haber recogido precipitadamente los ejemplares del *Plan del Perú*, a su retorno en 1823, dando excusas por la crítica clerical inserta.

El mismo año imprime en Filadelfia los dos tomos de sus *Cartas Americanas*. (6) Su autor las califica de «políticas y morales, que contienen muchas reflexiones sobre la guerra civil de las Américas». Este epistolario suyo permite aclarar y ampliar muchos pasajes del «Plan del Perú». Asimismo publicará el año 1827, en Lima, un *Suplemento de las Cartas Americanas*, (7) con noticias acerca de la vida histórica peruana entre 1821 y 1827.

El año 1823 desembarca en Guayaquil y retorna a Lima. El Oidor virreinal se convierte en el Vocal republicano. Será miembro fundador y Presidente de las Cortes Supremas de Trujillo y de Lima. Es nominado como uno de los representantes peruanos de Bolívar a la histórica conferencia de Panamá, aunque al final, de ardiente bolivariano, se transformará en detractor suyo.

Al comenzar la vigencia de un gobierno nuestro propiamente dicho, se concluye por deportarlo a los Estados Unidos en 1828. Retorna dos años más tarde, como miembro de la Corte Suprema, y colabora con Gamarra en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores. Al producirse el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana, Vidaurre acepta desempeñar comisiones diplomáticas y va de Ministro Plenipotenciario al Ecuador, con lo que se conquistará la enemistad de Gamarra y su grupo político. El triunfo de la restauración lo coloca en situación difícil. Sale de la Corte Suprema, destituído por Gamarra, pero Vidaurre no se arredra. Ya anciano, reinicia su carrera profesional de abogado y, en 1840, obtiene la honrosa elección de Decano del Colegio respectivo. Al año siguiente fallecerán —de forma distinta— Vidaurre y Gamarra.

Destaca en el Vidaurre republicano un constante y vehemente interés por ordenar jurídicamente la vida política de su patria, sacudida por la ambición política y el desorden. Son numerosos los Proyectos de codificación que redacta. Proliferan sus escritos menores, donde asoma una clara faceta periodística. Además de colaborar en publicaciones periódicas de la época,

---

6 *Cartas americanas políticas y morales que contienen muchas reflexiones sobre la guerra civil de las Américas escritas por el ciudadano Manuel de Vidaurre.* 2 volúmenes. Impreso en Philadelphia, por Juan F. Hurtel al volver la calle Segunda, la primera puerta de ella de Dock. 1823. 296 págs. + 1 de fe de erratas; T. II la misma editorial , 196 págs. + 2 de Indice General + 1 de fe de erratas.

7 *Suplemento de las cartas americanas. Correspondencia con diversas personas y en especial con los Generales Bolívar, Santander y La Mar. Se hallarán los sucesos más circunstanciados de nuestra historia moderna desde principios de 21 hasta la apertura del presente Congreso. La dedica al ciudadano Francisco González, Manuel de Vidaurre.* Lima, 1827. Imprenta Republicana de Concha.

Existen dispersas otras Cartas. Unas impresas en periódicos de la época; otras editadas en forma independiente. Muchas de las Cartas mencionadas aparecen reproducidas en otras publicaciones históricas. (Un trabajo bibliográfico incompleto fué publicado por J. G. Leguía en el "Boletín Bibliográfico" de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, septiembre 1928, núm. 5, págs. 266-275).

redactó «El Revisor» y «El Discreto», y también participó en «El Peruano».

Su bibliografía de esta etapa comprende varios libros: *Efectos de las facciones en los gobiernos nacientes*, publicado durante su exilio en Boston, el año 1828; *Vidaurre contra Vidaurre* (1839), cuyo título es un símbolo de su personalidad; un *Tratado del Derecho entre Naciones por lo que respecta a lo marítimo*, que existe y permanece inédito; y una mención, en «Vidaurre contra Vidaurre», acerca de un tratado sobre *Reforma de Regulares*. Además, tiene hasta siete Opúsculos conocidos y reproducidos en revistas y periódicos del siglo pasado; también han sido fichados nueve Proyectos, amén de una multitud de Manifiestos, Discursos y Arengas y Cartas —fuera de lo recopilado en el epistolario de 1823—.

Era Vidaurre acabado representante de un lapso de transición entre un mundo monárquico que concluía y otro republicano que empezaba. Su personalidad virreinal muestra una tensión característica entre elementos provenientes de la educación colonial, de la ilustración europea —especialmente del enciclopedismo francés— y de su tardío contacto con instituciones democráticas estadounidenses. Su fidelismo liberal o constitucionalismo muestra prematuros vaivenes hacia un separatismo especulativo, alimentado por un sentido de comprension histórica que brilla en muchos pasajes, por ejemplo, en aquel paralelo que hace de Atawalpa y Fernando VII como príncipes del ocaso de dos grandes Imperios. Por eso, cuando tiene ocasión de actuar en la política del Perú independiente y nota los obstáculos que genera el desorden público, predomina como solución precisa un legislar continuo, obsesión que lo conducirá insensiblemente a un formalismo político decepcionante. Y aparece el intelectual metido a hombre público, extraviado en especulaciones de finalidad sugestiva pero sin una capacidad de concreta transformación social.

Daniel Valcárcel

Catedrático de la Universidad de San Marcos.
Lima.

"UNA FABULA" de Faulkner

Es necesario leer con cuidado la enrevesada, difícil y espesa «fábula» de Faulkner, si se quiere penetrar, al menos adquirir la conciencia, o la vanidad, de que ciertamente se alcanza la savia, la esencia del libro, llegando al momento inicial de la creación, al instante en que toda palabra es sólo fantasía o recuerdo.

Con frecuencia, con demasiada frecuencia, se busca una intencion pretérita y premeditada a cuanto el hombre escribe. Si de tal intención se hizo motivo principal, parte el autor de un básico error en la construcción de la obra; la voz, lo poemático, se pierde tras la dialéctica.

Al enfrentarme con «Una Fábula» he optado por indagar, más que un propósito, un significado, algo que me traiga noticia de la postura del hombre; de su ser, no del vestido que lo envuelve; de la idea, no del esqueleto sin substancia a que se vería reducida la novela, si toda su literatura fuese armazón —en tal caso pobre armazón— de la doctrina, la proclama o el libelo, como alguno piensa.

Y es que he leído críticas del libro, mejor crónicas, narraciones, de lo visto con ojos no siempre junto a la frente; críticas o crónicas que se aventuran a presentar la novela como el equívoco panfleto del Faulkner incrédulo, escéptico, que pretende rebajar, parodiar, la Pasión y Muerte de Cristo, convertirla en una vieja «fábula» sin otro interés que el revestido por un suceso más o menos histórico, recordado o mantenido vivo por quienes desean aprovechar el miedo o la nostalgia del hombre. He aquí, en resumen, la noticia dada por quienes, a mi entender, no pueden pasar de la superficie de las cosas, aventurarse tras el paisaje tendido más allá del cristal.

La idea y la forma

El argumento de «Una Fábula» es, a simple vista, fácil. ¿Qué obra de Faulkner no tiene, en apariencia, un eje fácil?

Europa soporta las explosiones de la primera guerra mundial. En medio del dolor, un cabo del ejército francés, de origen centroeuropeo, ayudado por doce discípulos, consigue, esparciendo su doctrina de amor y compasión, paralizar el ataque planeado para la mañana del lunes. Las tropas inglesas, norteamericanas y alemanas, todo el frente, en fin, imita el ejemplo, repite el desafiante gesto. Descubierto el motivo de la inacción, el cabo es condenado a muerte, fusilado entre dos ladrones, enterrado por su amante, su cuñado y sus hermanas Martha y Marya, bajo un árbol de donde será expulsado por una granada, cuando la guerra vuelva a ser la guerra en la noche del viernes. Merced a una serie de situaciones hábilmente tejidas, el

cuerpo del cabo ocupará la tumba del Soldado Desconocido ante la cual rinden honores la Francia y el mundo cansado que entierra a sus víctimas. He aquí el tronco seco en torno al cual Faulkner va tramando la difícil contextura de su obra, con relatos intercalados —tal vez parábolas o imágenes a media luz—, descripciones meticulosas junto a desvaídas presencias, apenas insinuadas, como queriendo invitar, dar ocasión al lector, para que su fantasía sea un capítulo más. Notas de vivo, brillante color junto al difícil y nebuloso claroscuro, salpicaduras aquí y allá del humor duro «de la frontera», herencia directa de Twain y una de sus más señaladas características.

Pero afirmar, basándose en la primaria línea argumental, o tomando la división de la novela en días de la semana —los siete días de la Semana de Pasión, con un mañana que pretende profético—, afirmar basándose en esto, repito, que «Una Fábula» es parodia bíblica, saca las cosas de su centro en la misma medida que enjuiciar «Sartoris» como la historia obscena y enlodazada de Narcisa o disección del problema del incesto, en lugar de crítica dura, severa, de la decadencia del Sur.

No es más exacto desentenderse de lo formal, característico en Faulkner, considerándolo exento de sentido, o a lo sumo, recurso de oficio, sólo digno de ser tenido en cuenta para el frío análisis de la arquitectura. Faulkner ha cedido muy pocas veces —tal vez «Santuario» sea la única— ante las dificultades formales o la requisitoria comercial, optando por una solución fácil. Es la suya una prosa llena siempre de significados. El estilo, desmañado e hirsuto, a veces cruel o morboso, en ocasiones retórico, su peculiar modo de hacer, muchas veces impugnado por quienes no reconocen en él más que un ejercicio físico y no ese personaje adicional que aparentemente calla y es en realidad narrador de la angustia, la desazón, la alegría, el amor o el odio, que invaden al hombre cuando escribe. Una novela, en Faulkner, «es algo más que la suma de sus ideas», de sus héroes o de su fábula. Porque él «no se limita a contar un cuento —escribe Frederick J. Hoffman— ni tampoco se contenta, como aseguran numerosos críticos, con sacar partido del espanto, de la bajeza y de la obscenidad. Su principal objetivo es el de definir psicológicamente las sugerencias éticas de su mundo peculiar». El relato nace a borbotones en «Ruido y furor» por ser la narración de un idiota, secuencia de pensamientos en una mente deforme, y se hace entrecortada e indecisa en «Intruso en el polvo», cuando un niño es el intérprete de los hechos. Lo estilístico viene siempre condicionado por el tema, el personaje y su actitud, no por el capricho del novelista, del mismo modo que el trazado de una carretera es consecuencia, resultado del paisaje que atraviesa, no del simple deseo del ingeniero.

«Se cometería un gravísimo error —he leído a propósito de «Ruido y Furor»— si se consideraran las anomalías como ejercicio de virtuosismo. Una técnica novelesca nos traslada siempre a la metafísica del novelista». Esto es más cierto en Faulkner que en otro cualquiera de sus colegas. Las palabras no son utilizadas para oscurecer los hechos, sino para traducir «la recóndita complejidad de los temas», del mismo modo que la difícil cronología con saltos, idas y venidas —casi privativo de este gran prestimano del tiempo— no responden al orden normal de los relojes, sino al orden del co-

razón, a lo que John Brown ha llamado el «orden poético», consumado, llegado al cénit en «Una Fábula».

Lo antedicho, la estructura contorsionada de la obra, la coincidencia de situaciones, la machacona tozudez con que una vez y otra busca hacernos volver la mirada —no equivocarnos precisamente, sino recordarnos— a la Pasión de Cristo, constituye, a mi entender, la más sonora y valiente llamada de atención al sufrimiento, a la pasión del hombre. Su voz, sincera, nos habla de la persistencia sobre la frente de cada uno del estigma originario —en que fundar la raiz de todo mal— y de la purificación por el dolor, del sufrimiento que borra, de la lucha que rompe y abate la carne, pero de donde, únicamente, saldrá la victoria final.

La escena

Muy pocas veces —«Mosquitos»— se alejó Faulkner de su escenario preferido: el sur, el imaginario Jefferson, Mississippi, «área, 2.400 millas cuadradas; población, blancos 6.298; negros 9.313», creación y propiedad exclusiva de su inventor. Este es el mundo que ama, pese a sus defectos y miserias. Pero no se entienda que la reducción a escenarios locales dió un carácter local a su obra. Muy por el contrario, lo regional se hizo universal, y el hombre del Yoknapatawpha Country acorralado, herido, es una copia del hombre actual. Su mundo no está limitado por las fronteras del estado de Mississippi ni por las de la Unión; la obra salta todos los reductos para hacer acto de presencia en el reino del tembloroso y amenazado hombre contemporáneo.

«Una Fábula» tiene como escenario la guerra. Una guerra, sencillamente, y no vale decir que llega al mercado «con indudable retraso en cuanto a su normal secuencia cronológica» por situarse la acción entre 1914 y 1918, aunque la historia consigne una conflagración en las mismas fechas. La guerra de «Una Fábula» es la de todos los días, sin nombres, sin exactitud de reportaje; hay pocos lugares consignados, los precisos para una necesaria localización de los hechos cuando haya de volverse al mismo punto. Una guerra, no inventada para vestir al cabo el uniforme y situarlo en medio de un ejército, una angustia y un temor, donde la prédica de su doctrina —«Verdad, amor, sacrificio, y algo aun más importante que todos ellos: un lazo entre o de un hombre a su hermano, más fuerte aún que los grilletes de oro que sujetaban precariamente su ruinosa tierra»— sea más fácil que en el centro de una sociedad ocupada en ganar el sustento y el descanso. La guerra significa para Faulkner lágrimas, muerte, suciedad y miedo; «el vicio más costoso que el hombre ha inventado hasta ahora», junto al cual nada, ni siquiera «la lujuria, la bebida o el juego que el hombre cree fatuamente que puede destruirlo», significan mucho.

Se ha dicho que «Una Fábula» no es una novela pacifista. No; es más el violento y fríamente destructor ataque que quizá escritor alguno haya lanzado jamás contra «un vicio arraigado desde hace tanto tiempo en el hombre que ha llegado a convertirse en un credo honorable de su conducta y el altar nacional de su sed de sangre y sacrificios gloriosos», la destrucción que nadie desea, ni siquiera los propios destructores —«no culpa de

ustedes o mía», dice el general alemán— el devastador fantasma extendido sobre Europa, traído a colación, no por los profesionales «galoneados y panopliados para la guerra», consagrados a ella tan irrevocablemente como «las monjas están casadas con Dios», sino por «los Primeros Ministros y Premiers y Secretarios, los miembros del Gabinete y Senadores y Cancilleres, y aquéllos que sobrepasaban en número incluso a éstos últimos: los Presidentes de los Consejos de Administración de los vastos establecimientos que fabricaban las municiones y los zapatos y alimentos en conserva, y los modestos y omnipotentes no cantados sacerdotes de la sencilla moneda y los otros que rebasaban en número a éstos últimos, los políticos, los cabilderos...» He aquí, puesto al desnudo descarnadamente, como Faulkner suele hablar de las cosas, el vasto negocio de la ruina, y el miedo, mantenido —no deseado, ni siquiera ganado o perdido; sólo mantenido— por los alemanes «los mejores soldados que hay sobre la tierra o que han existido desde hace dos mil años, el único pueblo que se consagra, no a la gloria, sino a la guerra», que hace la guerra «no para conquistar o engrandecerse, sino como una vocación». El negocio soportado por Francia e Inglaterra junto con los otros pueblos de Europa, y pagado por Norteamérica, «con sus buenos deseos», «el accionista menor de edad», que financia la vasta empresa de la destrucción masiva.

Faulkner ha salido de su Jefferson habitual para gritar sobre la herida Europa su repulsa al horror, su condena a la estupidez humana que puede conducirlo fatalmente al fin, al miedo organizado: «La tragedia de nuestro tiempo —dijo al recibir el Premio Nobel— consiste en un general y universal miedo físico durante tan largo tiempo sufrido que ya no podemos soportarlo». El hombre de «Una Fábula», ese hombre de todos los días, vive encogido «con la cabeza inclinada, como esperando el golpe», aguardando el momento fatal en «que saltará hecho pedazos». El cabo, que no es del sur, ni siquiera un americano —aunque Faulkner ha querido en última instancia hacer que, al menos, sea «un rudo montañés»—, sino un hombre universal, viene con las verdades eternas del amor, la compasión y el sacrificio, proclamando el «no matarás» y «amarás a tu prójimo» en virtud de lo cual es declarado reo de muerte por las circunstancias, por la costumbre, por lo establecido como norma. No es el general en jefe —Dios Padre y Satán, en una sola persona; el bien y el mal en terrible confusión— su juez, ni el anónimo pelotón es ejecutor de la condena. Sus semejantes, y los errores que tiene aceptados como verdades, son juez y verdugo a un tiempo del espíritu imperecedero del cabo.

La fe en el hombre, tema central

«Una Fábula» es para mí la obra más largamente pensada, la más concienzuda y trabajosamente escrita —«entre la agonía y el sudor del espíritu humano», ha dicho—, expresión de sus más ciertos y seguros sentimientos, y, sobre todo, un acto de fe en el hombre, en el hombre individuo, no masa. «No es el hombre en masa el que salvará al hombre —dijo en cierta ocasión—. Es el hombre mismo creado a la imagen y semejanza de Dios para que tenga el poder y el albedrío de elegir entre el bien y el mal, y

así poderse salvar porque valga la pena salvarse», el Hombre, como ser consciente de su dimensión eterna, y por ello capaz «de escoger entre la injusticia y la justicia, el valor y la cobardía, el sacrificio y la codicia, la compasión y el egoismo», y no sólo eso, sino sabedor también del peso que lleva a las espaldas, de la investidura que lo hace sujeto del «deber y la responsabilidad que tiene de vigilar que se haga la verdad, la justicia y la compasión».

Canta Faulkner al hombre por sí mismo, sin necesidad de otra casa que su corazón generoso y su fe inquebrantable. «¿No bastó Uno sólo hace dos mil años —se pregunta— para decirnos a todos ¡Basta de esto!?» Sólo un cabo capaz de sembrar el amor en el corazón de sus doce discípulos y extenderlo hasta más allá de las alambradas enemigas.

Ha vertido el autor en esta «fábula» toda una enorme cascada de fe en en la naturaleza eterna del alma humana, en el destino del individuo: «Me niego a aceptar el fin del hombre —decía en su discurso de Estokolmo—. Es fácil decir que el hombre es inmortal porque resistirá... Creo que el hombre no se limitará a resistir sino que prevalecerá, no porque entre todas las criaturas sea la única que tiene una voz inagotable, sino porque posee un alma y un espíritu capaces de compasión y sacrificio».

El tema de la supervivencia del hombre le obsesiona, y deseando comunicarnos a todos su fe, lo repite en la novela: «...el hombre y su locura...», dice el viejo general en jefe, padre desconocido y tentador del cabo; «resistirán»; «harán más que eso. Prevalecerán», cargando todo su orgullo en esta expresión. Nunca olvida Faulkner —lo ha repetido varias veces— que «lo único que puede matarse es la carne del hombre»; que algo superior y más puro sobrevive, mas para prevalecer —él lo sabe y «Una Fábula» lo expresa reiteradamente y casi toda su obra literaria es un continuado ritornello al tema— ha de pasarse por la catarsis del dolor y del sufrimiento, purificar al hombre por el llanto y fortalecerlo en la fe, inalterable, como una roca; como la única roca a que puede asirse.

—«¿Tú puedes mostrarme el camino?»— preguntará uno de sus personajes.

—«Yo puedo creer». Así, rotundamente, como una campanada. Creer en el destino del hombre, en su corazón, único altar donde es posible erigir un monumento perdurable, una piedra esculpida cuyas letras no borrarán la lluvia o el viento. De aquí nace tal vez su admiración, o su amor, por Pablo, que «primero era un romano, luego un hombre, y por fin un soñador», el único de entre todos capaz «de interpretar correctamente el sueño y comprender que para perdurar no tenía que ser una fe nebulosa y vana». Cuanto reclama es una fe sólida, consciente, razón de ser del cabo de «Una Fábula» y, pienso yo, de buena parte de su obra.

Durante su última estancia en París, dijo a un periodista de «La Croix»: «Mi filosofía se reduce a una fe inquebrantable en la humanidad, en el valor del hombre que triunfa tanto de la adversidad como de la opresión». Y terminaba: «En todos mis libros hay siempre un personaje que justifica mi fe en el Hombre».

Cuestión de semejanza

La cuestión de la semejanza con las Escrituras, tan traída y llevada desde la aparición del libro, es el espejuelo que deslumbra a los más, apartándolos de la verdad de «Una Fábula». Ciertamente, los puntos comunes existen, pero en exceso reiterados para interpretarlos como malévola o equívocamente conductores a una tergiversación del hecho evangélico. La última cena con los doce discípulos, la traición de Polchek, la negativa de Zseltlani, «su casi pariente», nuevo Pedro «primer favorito», el cabo muerto entre dos ladrones, caído sobre el alambre espinoso que se ciñe a su frente como una renovada corona de espinas, el enterramiento por las nuevas Santas Mujeres bajo el haya, la desaparición del cuerpo, el hecho de que toda la tierra le rinda pleitesía... Cuantos detalles coincidentes quieran encontrarse.

Sin duda, el Nuevo Testamento ha inspirado esta obra que nos habla de la suerte del hombre sobre la tierra. La Biblia, una de sus lecturas favoritas, acaso tomada como antología de viejos y sabrosos mitos —Maurice Coindreau ha llamado a Faulkner «gran primitivo servidor de mitos viejos»—. Pero casi a renglón seguido de estos conscientes paralelos hay alguna llamada, alguna advertencia para que nadie piense que desconoce u olvida el verdadero sentido de cuanto ocurrió hace mil novecientos veintitrés años.

Hay un punto en la obra en que Faulkner, acaso queriendo seccionar de un tajo la idea que advierte toma cuerpo en el lector, avisa en lo que puede ser orgullo del cabo por medio del sacerdote que lo asiste antes de la ejecución: «Cuidado de quien te burlas leyendo tu propio orgullo de mortal en Aquél que murió hace dos mil años para afirmar que el hombre nunca, nunca, nunca, nunca necesitará detentar soberanía sobre la vida y la muerte de un semejante suyo...; que te absolvió...» Que tuvo la potestad de absolverlo, advierte Faulkner a cuantos hicieron hincapié en la costra del libro. Porque él, lo tengo repetido, habla de la pasión del hombre, y la misma inconsistencia, nebuloso contorno del protagonista —personaje sin presentación, sin contextura perfectamente delimitada— no es defecto sino intención de presentarlo como hombre suma de todos, cuya esperanza, lamento y tortura, y compasión, y miedo, y amor, ha querido traer a primer plano, no con el sentido de crítica negativa que impera en gran parte de la literatura actual, sino como respaldo alentador de una afirmación sólida en que apoyar las espaldas, para resistir con éxito el embate violento de las cosas deshumanizadas y sangrantes que amenazan al hombre.

* * *

He aquí cuanto creo haber sorprendido entre las líneas de «Una Fábula», mi versión, la noticia que de ella puedo dar. Quiza no sea ortodoxo considerar el libro como un gigantesco poema en prosa, pero así lo entiendo. Faulkner, que ha sido llamado poeta épico, místico del futuro y militante de la esperanza, había de producir necesariamente un gran poema sinfónico, escrito con tanta rudeza y sinceridad como es habitual en este

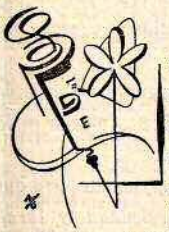
gigantesco monolito de la literatura americana, lleno de aristas, de inesperados recodos o reductos, de notas agrias junto a tonos perfectamente armoniosos.

Sus especiales características de poeta y militante de la esperanza lo alejan cada vez más de la legión de escritores estériles, en medio de los cuales resuena su voz vigorosa y consciente del «privilegio y deber que tiene el poeta de ayudar al hombre», recordándole cuánto otros se esfuerzan en hacerle olvidar: el valor, el honor, la esperanza, el orgullo, la compasión, la piedad y el sacrificio, cuanto constituye «la gloria de su pasado».

«Una Fábula», su última novela, la más costosa, la más difícil, es también el resumen de una vida, de una filosofía. La más reciente palabra del poeta, la más esperanzada y la más fecunda, porque el verso «no puede ser simplemente la crónica del hombre —terminaba diciendo ante la Academia Sueca—; puede y debe ser uno de sus puntales, una de las columnas que lo ayuden a subsistir y prevalecer».

José Luis Tafur

COMENTARIOS



Realidad y símbolo. En el mundo del arte, en estos momentos en que continuamente se discute sobre la legitimidad de lo objetivo como móvil apriorístico de la creación plástica, se multiplican las publicacaciones referentes al movimiento actual tan en boga en Norteamérica, designado como «Expresionismo abstracto». Un artículo reciente de Peter Selz en «College Art Journal» (Summer 1956) se ocupa de León Galub, como uno de los representantes más calificados, después de Gorki y Wilhein de Kooning, de la pintura posterior a la segunda guerra mundial. El móvil de su obra es su reacción ante la realidad del universo: el mundo de la angustiosa incertidumbre, la soledad y el caos trascendido a su propia realidad existencial. Un mundo que impone las últimas consecuencias de los descubrimientos de Einstein, junto a las exploraciones psicológicas de Freud y como secuela de estas últimas, la asocioción ilógica de ideas, madre del surrealismo.

Pero mientras el surrealismo es una actitud, solamente discutible como categoría artística, la obra de Galub entra de lleno en la categoría de lo humano. No se trata de recoger material del fondo oscuro del subconsciente para crear con ello una obra de intencionalidad plástica. Se trata de interpretar y revelar al espectador la irreprimible espectación del hombre ante un mundo tremendo y caótico.

Presentada así la cuestión, difícilmente puede llevarse a efecto la comunicación al exterior, por medios racionales o deductivos. La imagen como exteriorización del concepto ha perdido valor. La razón no cuenta. Se impone lo irracional y como su representación, el símbolo dificilmente alcanzable a no ser por el método intuitivo.

Hemos luchado siglos intentando conquistar nuestra propia conciencia, la realidad de nuestro ser racional y libre. Ahora la única realidad que poseemos es la impotencia, el pavor causado por lo desconocido, la propia actitud negativa y su representación plástica, al igual que en las sociedades primitivas, un símbolo difícilmente practicable y aprehensible. León Galub afirma la legitimidad de lo real como fundamento de la obra artística. Como «un difícil realismo simbólico» podríamos subtitular su pintura.

Su interés se centra en el tema; la calidad de su obra es secundaria. No tratamos aquí de enjuiciarla. Simplemente, constatar un hecho. Si lo importante es poner de relieve la impotencia del hombre para controlar las aventuras del mundo interior y los acontecimientos del exterior, si lo que interesa es perpetuar el reinado del terror y la falta de una fe que ilumine el entendimiento, ordene lógicamente los conceptos y abra nuevos horizontes a la esperanza, ello ha de abocar forzosamente a dos posibles contingencias: O esta revelación, si llegamos a poseerla, nos hundirá más profundamente en

la nada, o nos enseñará la salida amplia, luminosa y siempre afirmativa que coexiste al lado de la negación. Aun quedan verdades que salvan, al lado de las que condenan...—E. C. M.

El Congreso de las Academias. *El 23 de Abril, cien representantes de veinte países de raíz hispana, congregados en torno al sepulcro de Cervantes en la pequeña Iglesia de las Trinitarias de Madrid, conjurados para velar por la pureza de la lengua, daban testimonio de la universalidad del castellano. Comenzaba así el II Congreso de las Academias.*

El primero, organizado en Méjico, transcurrió sin la asistencia de España que, sólo en último extremo, se vió representada por el Sr. González Amezúa en la Comisión Permanente constituída a su término.

Más de un siglo va transcurrido desde que Bello (1847) advertía a los hispanoamericanos para que corrigieran «todo defecto del lenguaje atentatorio a la unidad del idioma». La apasionada y larga polémica entre D. Juan Valera y Rufino José Cuervo vulgarizó la cuestión.

Entre aquel hecho y el presente que nos ocupa podrían ser fácilmente consignados tantos clamores de justificada alarma, tantas llamadas de atención como movimientos de separatismo lingüístico recuerda la historia filológica, más con carácter de anécdota que de verdadera historia, porque tales movimientos, como recordaba el Sr. Pemán en la Clausura del Congreso, «han estado colocados siempre en una línea -dijo Groussac- de baja adulación a los provincialismos, o de fomento -dijo Ricardo Rojas- de las pasiones más barbarizantes del patriotismo vacuo».

El Congreso Americano de la Lengua, que se celebró en Buenos Aires el año 1939, levantó también violentamente, aunque sin provecho por fortuna, la voz airada de rebeldía en boca de «lexicógrafos desconocidos y lingüistas de tercera fila». Tampoco estuvo ausente la bandera secesionista del Congreso de 1951, donde el Sr. Arciniegas «se mostró decidido partidario de la independencia de las Academias americanas», postura que no era de extrañar, conociendo de antemano la personalidad del mencionado vocero. En aquella ocasión, como denunció el Delegado peruano, Sr. Hoyos Ozores, fué atacada la unidad del idioma, no por motivos filológicos, sino por otros más ruines que no es de nuestra competencia traer a colación.

No ha tenido que enfrentarse el II Congreso con movimientos del tipo del anteriormente consignado' pero la posibilidad de fragmentación o, al menos, la de intoxicación del idioma, continúa vigente como en los más difíciles momentos.

La lengua crece y no es la mejor solución cortar sus progresos sino ayudarla en el avance. La marcha acelerada de la técnica con su secuela de términos definidores originarios de los países a cuya paternidad se deben los inventos, la afluencia turística y el contacto del hombre medio con idiomas extraños que, por moda o negocios, conoce defectuosamente y defectuosamente castellaniza, el incremento de las relaciones comerciales y la introducción en el léxico mercantil de innumerable multitud de «palabras quiste», la ingeniería, la medicina, la vida social son por el momento graves focos infecciosos y hacia ellos deberá encauzarse la acción de los órganos supervisores del idioma. «La evolución del lenguaje está en manos de sus hablantes» -decía el Presidente de la Academia Española-, pero lo que en siglos pasados fué lenta obra de generaciones, hoy ha de ser labor vigilada y apoyada concienzudamente.

El pleno de las Academias de la Lengua Castellana debe haberlo advertido de igual forma. De las ochenta y seis ponencias presentadas a las siete comisiones encargadas de su estudio, un abrumador 80% corresponde a Unidad y defensa del idioma, Cuestiones gramaticales y Cuestiones lexicológicas.

«Alguna raíz vital se nos debe haber secado -leemos en «Razón y Fe»- cuando en materia nada baladí como el idioma, estamos dando prueba de una incapacidad defensiva y creativa que está llegando al límite de lo perturbador». Para prevenir el peligro mayor que amenaza a la unidad y pureza, propuso el Sr. Dámaso Alonso la creación de una Comisión de vigilancia encargada del estudio y reajuste de los fenómenos del idioma, que atienda inmediatamente a las nuevas necesidades de denominación. Este proyecto, que parece responder a las frases anteriormente citadas, unido a la aportación hispanoamericana a la obra del Seminario Lexicográfico de la Academia, las premisas sentadas para la simplificación ortográfica, los proyectos referentes a la legitimación del seseo, la nueva gramática, el plan didáctico para las escuelas, las medidas que deberán adoptarse con respecto a la perniciosa labor -¿incompetencia?- radiofónica, son preciosas conquistas que interesa mantener, evitando a toda costa que el fruto no se pierda con los últimos ecos de la euforia, los brindis o los discursos.

A la Comisión Permanente y a las distintas Academias Nacionales compete la alta misión de llevar a efecto los acuerdos. Entre tanto, ha quedado palpablemente demostrada la, hasta ahora, indefensa situación de los castellano-hablantes que, con toda seguridad, será sobradamente remediada.

Tal vez, ciertas situaciones actuales sean debidas a la estrechez de las casacas dieciochescas, que el Sr. Dámaso Alonso pide, afortunadamente, dejar a un lado, porque «restan agilidad». Por otra parte, la falta de creación que subsanara necesidades evidenciadas, nos hace pensar que nuestros literatos han olvidado el lema, impregnado de sano orgullo, de Max Estrella: «Soy poeta y tengo el derecho al alfabeto».-J. L. T.

La corporación venezolana de fomento. Por poco que uno se adentre en el abigarrado bosque de los problemas económicos hispanoamericanos, llega en seguida a la conclusión —al enfrentarse con el sinnúmero de organizaciones nacionales, continentales e internacionales, operantes en el campo económico del Continente, y sus teorías y planes— que en el planteamiento de la posible solución se ha caído en una lamentable confusión entre la teoría y la política económicas. Esta confusión es en buena parte la culpable de proyectos y planes que rebasan frecuentemente las posibilidades existentes y conducen a una falsa inversión de fuerzas disponibles en las estructuras económicas y sociales de los países en cuestión. En algunos de ellos, las experiencias recogidas apenas tuvieron otro sentido que el de fomentar la de por sí floreciente demagogia, en otros, se pretende que sirvan de enseñanza y eviten yerros en los planteamientos futuros.

Parece que el último propósito es el que inspira el balance de la labor realizada por la Corporación Venezolana de Fomento, según se desprende del informe presentado recientemente en un pulcro folleto, por el presidente de ésta, Ricardo González C.

(«La C. V. F. y su Doctrina Económica», Caracas 1956). El folleto, junto con las otras publicaciones que edita la Corporación, bien interesantes y valiosas para el estudio de la economía venezolana, permite seguir desde lejos el acelerado latido de la vida económica venezolana.

Es difícil, incluso imposible, recoger en breves líneas los más variados aspectos de este dinamismo que sorprende a propios y extraños y está en tan abierta contradicción con la pretendida indolencia de los hispanoamericanos para hacer frente a sus problemas. Nos limitamos aquí a presentar las líneas generales de su coyuntura y el espíritu que preside la gestión de los directores de la economía nacional.

Venezuela forma parte de los países económicamente subdesarrollados. No obstante, posee una serie de características peculiares que no nos permiten aplicarle los mismos criterios que a las demás repúblicas del Continente. Hispanoamérica no constituye una unidad económica, por más que se pretenda darle esta apariencia, sino, a lo sumo, geográfica con ciertos rasgos de similitud económica que a veces es más próxima de cualquier otro país de la tierra que del propio vecino. Venezuela, como Chile y Bolivia, desarrolla su economía gracias a la explotación de los recursos naturales. De ahí que su base agrícola esté completamente descuidada y exija una especial atención si se quiere conseguir un conjunto armónico. Es, en efecto, lo que preocupa sobremanera a la citada Corporación y la impulsa a tomar las medidas convenientes. La principal dificultad parece estribar en que el país, en su desarrollo económico, depende por entero del capital foráneo que, por motivos lógicos, se canaliza hacia inversiones más productivas que la agricultura. Esta, ni siquiera en los países tan prósperos como los Estados Unidos o los países adelantados de Europa, ofrece alicientes suficientes. ¿Existe alguna forma de encauzar el flujo del capital hacia unos objetivos menos lucrativos y no obstante imprescindibles para el conjunto de la economía? Dentro de la teoría pura del mercado libre, a la cual se aferran tan frecuentemente los hispanoamericanos, desde luego no. Pero el puro estatismo le quita a la economía los incentivos de la iniciativa privada. Un camino intermedio es el que se impone en estos casos y los mismos países que fueron autores del liberalismo económico, le propugnan y ensayan desde hace tiempo.

Este es también el principio que se apropió la C. V. F.

Sería absurdo pretender aplicar las teorías que se deducen de una estructura determinada a otra esencialmente diferente. El fracaso de las múltiples teorías generales —redactadas por tanto en términos vagos e inoperantes— para el desarrollo económico de Latinoamérica confirma nuestro aserto. Su aplicación flexible, siempre acorde con las realidades económicas ineludibles, tal como lo observamos en las realizaciones venezolanas, promete asegurar una mayor continuidad a la economía asentándola en bases más firmes.—J. Ch.

Música y estadística. *El valor de las estadísticas referentes a los gustos estéticos no radica en señalar las inclinaciones de una mayoría de individuos, sino las de «la mayoría», como cuerpo completo.*

Con este principio a la vista intentamos interpretar las cifras que hemos recogido de la Revista «Musical América», a propósito de las músicas sinfónicas en los Estados Unidos, durante la temporada 1955-1956. Limitándonos sólo a las orquestas nacionales, durante este curso han actuado 33 orquestas interpretando 852 obras diferentes de 253 compositores, con un total de 4.152 audiciones, incluídas las repeticiones de un mismo programa. De estas 852 obras, 585 corresponden al período clásico y romántico, sólo 267 son contemporáneas, o sea, 31%. Sin embargo, referidas al total de audiciones -y este porcentaje es quizás más significativo, porque lo importante no es estrenar una obra sino repetirla- las obras contemporáneas extranjeras alcanzaron sólo el 11% y las de autores norteamericanos un exiguo 7%.

De los 253 compositores, 140 fueron contemporáneos -repartidos casi por igual entre extranjeros y nacionales- y 113 de la época clásica y romántica. O sea, un número menor de autores antiguos ha alcanzado una cifra seis veces mayor de audiciones que la conseguida por los compositores actuales. Entre los autores clásicos el que va en cabeza por todos conceptos es Mozart (470 audiciones de 85 obras diferentes), cosa explicable por conmemorarse este año el bicentenario de su nacimiento. Le siguen Beethoven, Brahms, Wagner, y Tchaikovsky -siglo XIX a todo trance-. Después Sibelius -se han escrito este año numerosos artículos a propósito de su venerable edad-, y, a continuación, la modernidad: Strauss, Ravel, Bach, Prokofieff, Debussy y Schumann. Bach, un siglo XVIII dentro de lo moderno, junto a Ravel. Schumann el romanticismo en su pureza, detrás de Debussy. Realmente, como decíamos antes, la mayoría tiene a veces aciertos incomprensibles. Sin embargo, he aquí un ejemplo de aberración típica: Stravinsky está diez lugares más abajo que Prokofieff y ni que decir tiene que Sibelius les supera a ambos muy holgadamente. Tampoco faltan las sorpresas agradables: Villa-Lobos supera por unas décimas al líder de los compositores norteamericanos, el juguetón y deliciosamemte epidérmico Aaron Copland. Después de Villa-Lobos hay que bajar 15 lugares para encontrar nombres que suenen a castellano: Surinach y Chávez. ¿Y la música española?. Nada digno de mencionarse al parecer. Buscando mucho hemos encontrado entre la copiosa relación de obras extranjeras estrenadas el año último en Estados Unidos un título inconfundiblemente nuestro: «Don Quijote velando las armas» de Oscar Splá. Todavía podemos encontrar algo español, por lo menos en la sugerencia, en la obra del compositor norteamericano, Ramiro Cortés, titulada «Yerma: Synphonic portrait of a woman». De lo que se deduce que Falla, por decir un nombre, es en los Estados Unidos menos conocido que Honegger y desde luego menos apreciado que Mendelssohn. O bien, que en España no tenemos sinfonistas, lo cual, por otra parte, es verdad.

A la vista de todos estos datos se saca la conclusión de que la música que gusta hoy, verdaderamente, es la misma música que gustaba hace cien años. ¿Y a qué se debe este estancamiento del gusto?. Porque, en realidad para un hombre que nace hoy tan nueva es una sinfonía de Beethoven como un concierto de Shostakovich. Y como cuesta creer que sea posible heredar el gusto por un estilo de música, la única explicación está en que las masas, en su impersonalidad radical, prefieren quedarse con las formas ya conocidas antes que enfrentarse con el agudo subjetivismo de los artistas de nuestros días. Para el hombre de «la mayoría», Beethoven ya no es problema porque no hay que enfrentarse con él. Shostakovich, por el contrario, es algo vivo todavía, demasiado cargado de personalismo. Ante él no cabe más que la afición del puro hombre concreto.

Además, «la mayoría» tarda tiempo en decidirse. Si prefiere el pasado, no lo hace tanto por un anacronismo del gusto como por la lentitud de sus aficiones. No le gusta todo lo antiguo, sino sólo aquéllo que pudo paladear durante un siglo. Así, en música, «la mayoría» empezó a ir a los conciertos durante el siglo XIX; es la primera música que escuchó y en ella se ha detenido. La música del siglo XVIII, aunque es más antigua y más fácil que la del romanticismo, nació y creció en los salones minoritarios de la época, y «la mayoría» todavía no la comprende. La música del siglo XX nació y creció no ya en los salones principescos sino en la cerrada subjetividad de nuestros artistas, muy lejos también de «la mayoría» que necesitará por tanto mucho más tiempo en aceptarla. Verdaderamente a veces parece ser cierto el amargo humorismo de aquella conocida frase que dice que la mejor cosa que puede hacer un artista por su obra es morirse.—M. P. S.

Riva Agüero y la tradición. Referirse a Riva Agüero es como hablar del Perú contemporáneo porque pocos escritores como él han llegado a poseer una actitud histórica tan penetrante para captar ese dramático esfuerzo nacional por integrarse en una unidad superior. La cualidad más saliente en esa actitud intelectual es el hacerse cargo del carácter esencialmente conectivo del conocimiento histórico. Siempre encontramos en Riva Agüero una interpretación en la cual el pasado trasciende y está gravitando en el presente. Esa secuencia y continuidad no es para él una yuxtaposición estratificada y estática, sino más bien un proceso operativo en cuyo dinamismo las virtualidades contenidas en el pasado y actualizadas son y constituyen tradición. De ahí que el valor de la tradición sea la constante básica y determinante de toda su labor histórica; sin ella no se le puede comprender cabalmente. Este es precisamente el error de sus impugnadores que, sin una adecuada idea de la tradición en la interpretación de la historia, no vieron en él más que un reaccionario ultramontano enamorado del pasado. Lo cual además de ser una equívoca interpretación, malentiende ese carácter distintivo del hombre y la cultura en el Perú que se apega y vive de la tradición precisamente para superar las antinomias y la dispersión.

La dispersión de las zonas geográficas con la más dispar variedad; la heterogeneidad de razas y costumbres con disímiles impulsos étnicos; los diferentes ciclos económicos y los disonantes desniveles sociales; la falta de equilibrio entre las instituciones y la sociedad, y la acumulación de sucesivos y coexistentes estratos históricos, son factores que condicionan una situación inestable y fragmentaria. Sin embargo y como reacción ante ellos desde los tiempos más remotos del dinamismo interno de esa sociedad ha sido una búsqueda afanosa por compenetrarse e integrarse dentro de sus dispares elementos y asumirse en una unidad que entraña una tradición siempre viva y actuante. Es lo que representa la expansión civilizadora de los Incas, la sabia orientación cristiana de la monarquía indiana y el anhelo americanista de la política internacional peruana del pasado siglo; y eso es también lo que recogen y significan las obras de hombres como Garcilaso, Bartolomé Herrera y Riva Agüero. El mérito de este último radica en que el tema es asumido por él en un momento especialmente difícil: se agudiza, como una crisis de crecimiento, la varia y multiforme pluralidad de la realidad nacional, polé-

mica entre costeños y serranos, indigenistas e hispanistas, divergencias políticas, surgimiento de los modernos problemas sociales, perceptible presencia disgregante de influencias foráneas y desorientación y atonía de las instituciones y las gentes.

Cierto es que Riva Agüero no ha dejado un libro especialmente consagrado a estos temas, pero a través de su obra encontramos luminosos juicios sobre ellos, en los cuales se perciben claramente los lineamientos esenciales de una tradición nacional y católica auténtica. El esquema, incorporado ya al acervo común, plantea la doble vertiente de la herencia incaica que procura una individualización nacional y la hispano-católica que le da un contenido universal. Asumiendo ésta a aquélla para empalmar la íntegra tradición formativa de las nacionalidades hispanoamericanas. En este sentido rechazó todo indigenismo que minusvalora lo español, recriminó al «peninsularismo» detractor de la aportación india y señaló los peligros que entrañan las desviaciones ideológicas y una mal encauzada influencia cultural.

Equivocada es la apreciación de muchos comentaristas de la obra de Riva Agüero que ven en éste un esquema estático e incapaz de renovarse. Antes bien creía que la herencia hispana en la cultura americana «podemos y debemos ampliarla y diversificarla, juntándola con los sentimientos regionales, autóctonos y modernos; asimilando a ella los gérmenes indígenas o novadores. Podemos así modificarla, y aun enriquecerla y mejorarla, si bien con circunspección extrema...» Es decir, que en el debatido tema de la cultura americana la posición de Riva Agüero es afirmativa, evitando tanto una subestimación de la misma en aras del «originalismo» cultural, como un mimetismo, igualmente peligroso. Su interpretación cristiana de la historia culmina estudiando la crisis contemporánea que corresponde a la descristianización de las masas. «El filosofismo rastrero de las dos centurias precedentes —dice— fué a las callandas minando y corroyendo nuestra herencia de catolicismo y de ética».

«Respetemos y protejamos las tradiciones patrias, y sobre todas ellas la cardinal, la suprema, la tradición religiosa, sin cuyo influjo la abnegación se extingue, la moral se pierde, la civilización se deprava, las naciones agonizan en hediondo materialismo, y las instituciones y los individuos no pueden conservar perdurable decoro ni genuino valor». El sustento esencial de esa tradición hispano india es, pues, en Riva Agüero su entraña espiritual católica. De ahí la confusión de muchos juicios sobre su obra, porque rehuyen o desconocen su terminante y rotunda actitud doctrinaria.

Superados sus juveniles entusiasmos liberales y sus predilecciones positivistas, Riva Agüero llega a élla tras una búsqueda intensa, hasta culminar en la interpretación cristiana de la historia, en la cual el sentido de la tradición adquiere su más fecundo y esclarecido sentido.—M. M. E.

Proyecto cinematográfico urugnayo. *En los últimos años ha sido posible constatar dentro del panorama de la América del Sur, un creciente interés por los problemas culturales que del cine dimanan o que, merced a él, pueden ser solventados. Uruguay, que tanta atención viene dispensando a las cuestiones del cine no comercial, puesta de manefiesto entre otras actividades, por los Festivales de Punta de Este, ha dado un nuevo paso en pro del mejoramiento y selección de las cintas. Se trata del reciente proyecto, publicado en el órgano oficial del Servicio de Difusión Radio Eléctrica, que prevé la creación de un centro sudamericano que produzca, distribuya e intercambie films culturales, científicos o de arte.*

Colocado el Centro bajo los auspicios de la UNESCO, preténdese una mejor planificación, un mayor estímulo y facilidad para la producción no mercantilizada. La distribución adecuada de las películas hará que éstas sirvan, no sólo como elementos informativos de la historia, la geografía, el arte, la industria o la cultura de los pueblos de América, sino que, aprovechando lo espectacular o atrayente, capten la atención del intelectual, el universitario o el estudioso y conduzcan la curiosidad a un mejor conocimiento y análisis de los problemas y aspectos que estos países presentan. De otra parte, las proyectadas secciones de cine para niños y cine y delincuencia juvenil deberán ser encauzadas a mitigar el fermento negativo que de algunas producciones comerciales se deriva, cuando no es intencionadamente provocado.

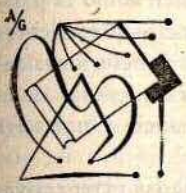
Capítulo esencial del Plan constituye la búsqueda de mercados idóneos para que la obra no caiga en el vacío, desapropechando una labor difícil y costosa. Las Universidades, los Institutos, los Clubs culturales, las Catequesis, los colegios y escuelas son centros hacia los que habrá de dirigirse la acción de esta campaña de mejoramiento.

Responde el proyecto uruguayo a una corriente, hoy por fortuna en vías de generalización, iniciada por los creadores europeos de la postguerra para quienes el cine comercial resultaba un campo excesivamente restringido. «Inglaterra -se afirma en un editorial de S.O.D.R.E.- en un momento crítico de su historia -ante la amenaza y luego la realidad atroz de la blitzkrieg- dió nacimiento a la escuela documental, expresión auténtica de las mejores reservas de su cultura y de su pueblo». Jiri Trnka, los italianos Luciano Emmer y Enrico Gras, los franceses Vendrés y Rouquier, el holandés Haantra, el sueco Arne Sucksdorff, y el aporte considerable del cine canadiense, alejado en la mayoría de los casos de lo comercial, buscan lograr la fórmula ideal expuesta por John Grierson, según la cual éste ha de ser «un instrumento a través del cual la cultura de un pueblo puede mostrarse de mil maneras». Iniciadas las campañas de cine para obreros en Venezuela y cine para niños en Perú y Chile, no han fructificado hasta el momento para ser tenidas en cuenta.

Se ha tenido presente en esta ocasión el desamparo del espectador frente a la empresa, porque con frecuencia se olvida que «al mundo cinematográfico de la producción corresponde otro muy especial y vasto de espectadores que con mayor o menor asiduidad y eficacia, reciben de aquél una particular dirección en su cultura, en sus ideas y sentimientos y no raras veces en su misma conducta en la vida».

Toca al organismo rector del citado proyecto resolver un considerable problema: la financiación de los films, porque el buen cine es también y a pesar de todo una cuestión económica. Quizá la solución radique en la forma de realizar el trabajo, en los recursos que estas cintas puedan aportar, si se evita la caída en el didacticismo tedioso, en la anodina labor informativa o en el papel de moralizador simplista, ya que ha de buscarse, según recomendaba S. S. Pío XII a los cinematografista

italianos, una solución «como lo piden las circunstancias, que enseña, deleita, difunde alegría y placer genuino y noble y cierra la puerta al tedio, es, a la vez, ligero y profundo, lleno de imaginación y real. En una palabra, sabe llevar sin paradas ni sacudidas a las regiones tersas del arte y del gozo».-J. L. T.



Historia de la cultura en Venezuela. Con este título nos ha llegado el primer volumen (se anuncia otro segundo) de una obra que recoge unas conferencias dadas el pasado año en la Universidad Central de Caracas. La relativa inconexión de los temas de estos trabajos viene salvada por la impresión que el lector tiene de una evidente comunidad —espontánea y no buscada— de ideas en la manera de comprender históricamente la cultura venezolana. Llama la atención, antes que nada, el resultado de ese esfuerzo de comprensión. En nuestro caso es interesante apreciar cómo una serie de autores, bien diversos por sus procedencias ideológicas y vitales, vienen a coincidir en la visión unánime de ciertas articulaciones fundamentales del sentido de la cultura hispanoamericana. Concretamente ésta no es entendida ya como una ruptura sino como un engarce en la tradición hispánica.

Especialmente es esto manifiesto en los trabajos sobre el pensamiento. Así, García Bacca, estudiando el factor filosófico en su acepción más estricta, encuentra que en el proceso científico-filosófico de Venezuela puede sorprenderse una clara caracterización de mentalidad intelectual que se mantiene sin solución de continuidad en la primera generación independiente. En efecto, dejando aparte los dos maestros caraqueños seglares, Suarez y Urbina, (que escriben a mediados del siglo XVIII. Cursos Filosóficos de tendencia tomista) la serie de nombres venezolanos que desde Fray Alonso Brizeño —llegado a Caracas en 1659— se alinean, pasando por Agustín Quevedo Villegas y el franciscano Tomás Valero, hasta las lecciones de Navarrete, marcan una ininterrumpida corriente escotista, cuyas características mentales intenta García Bacca relacionar con los matices característicos de la mentalidad general del hombre venezolano. Tal vez los rasgos de toda filosofía escotista —subrayar en Dios y en el hombre la voluntariedad sobre el entendimiento (dejemos a un lado las inexactitudes de García Bacca al querer extremar la oposición entre tomismo y escotismo), predominio del individuo sobre la colectividad, capacidad del entendimiento para conocer lo singular, aparición de una gramática especulativa— pueden llegar a explicar y fundar la idiosincrasia venezolana: su matiz predominantemente individualista, su proclividad al empirismo y al positivismo. Pero lo que sí aparece evidente es que cuando desde 1770 empieza a bullir por todos sitios el antiaristotelismo de las nuevas corrientes, en Venezuela no ocurre ningún cambio radical porque son las obras de Tosca y de Mayans las que llenan estos decenios y sirven de enlace con la obra de Bello. En éste, que en 1848 ha acabado de componer su «Filosofía del Entendimiento», subsisten los mismos rasgos: predominio de la voluntad, tendencia al empirismo, aprecio por la lógica y la gramática.

La continuidad filosófica está pues correctamente puesta de relieve, aunque García

Bacca vuelva a ser poco exacto al calificar a la dirección escotista de «vagamente cristiana, como vagamente cristiano era Bello en cuanto a su mentalidad».

En otro plano, el de las ideas educativas, Lorenzo Lozuriaga no deja de apreciar la gran significación de «la sin igual labor cultural de Carlos III y de Jovellanos», aunque no parece haberse percatado del verdadero sentido antirrevolucionario de las innovaciones pedagógicas de estos hombres.

Mucho más unánimemente ha pasado al acervo común la idea de la revolución emancipadora entendida, no como una ruptura con España sino más bien como la plasmación de un proyecto de acción histórica enraizado en las circunstancias precedentes de la sociedad americana. Por eso Augusto Mijares se enfrenta con las conclusiones del Congreso de Historia reunido en Madrid en 1949, según las cuales las causas de la independencia americana quedarán reducidas a dos: la imitación de Francia e Inglaterra y el resentimiento de los criollos.

En suma: a pesar del lastre que a veces traen consigo determinadas perspectivas subjetivas que se muestran menos aptas, por ejemplo, para penetrar el verdadero valor histórico del factor cristiano, es evidente que una comprensión más rica y más exacta del hecho americano está llenando ya todas las versiones historiográficas. Rastros de esta apreciación general se encuentran en muchos de estos trabajos que comento. En el de Pardo, que estudia los rasgos culturales del siglo XVI en Venezuela, se señala que la dimensión evangelizadora de la conquista de América «llega a adquirir las proporciones de una obsesión». «A cada paso —nos dirá el autor— se detiene España para preguntarse cuál es la justificación moral de lo que está haciendo». Y Pardo concluye —estamos bien lejos de los extremismos de Arciniegas—: «Por sobre los intereses materiales del Imperio está la obligación de España de cristianizar a América».—P. P. S.

Orígenes del problema indígena. *Las dificultades existentes para conseguir una definición del indio, de lo indio y lo indígena, aumentan cuando queremos precisar lo que es el indigenismo. En el vocabulario americanista indigenismo es una de las palabras más confusas y por ello cargada de un gran sentido polémico. Se impone pues como tarea preliminar distinguir entre el indigenismo como estudio del problema del indio y el indigenismo como tendencia que sostiene una determinada tesis cultural. Resulta obvio, pero conviene indicarlo, que ambas vertientes responden a una realidad social: la existencia del problema del indio. Apartándonos del procedimiento seguido por muchos autores, en una definición del problema del indio conviene señalar en primer lugar las características propias de este sector, porque ellas condicionan el de la interrelación entre éste y los restantes grupos étnicos. De esta forma el problema del indio se puede definir como el estancamiento de las condiciones económicas, sociales, educativas, religiosas, culturales en suma, de la población indígena. Esta postración deriva de la falta de estímulos externos y principalmente del debilitamiento del sentido de individualidad del indio en la rígida organización política y social de los grandes imperios pre-colombinos.*

De ahí que las causas históricas hay que buscarlas en la crisis de las instituciones en el trán-

sito de la época pre-hispánica a la fundacional europea, que se manifiesta en dos fases en la zona continental. De una parte en los brotes disgregantes de las postreras décadas de los imperios y señoríos indígenas, y de otra, en el tremendo impacto que representa en todos los órdenes de vida, la penetración occidental, acarreando el desequilibrio entre las instituciones tutelares y la masa. Y los indios, acostumbrados a una férrea organización jerárquica y a pesar de la prolongación de muchas formas antiguas, quedaron casi desarraigados de la gentilidad, desadaptados en el nuevo régimen y dislocados y desperdigados a mediados del siglo XVI. A la crisis interna de un grupo, se suma pues la creada por la relación entre las dos repúblicas de indios y españoles.

Sin embargo esas dos repúblicas -como nota distintiva de la Monarquía Indiana- estaban destinadas a fundirse y a conformar, como diría después Solórzano «un cuerpo y un alma en su Iglesia militante, como igualmente llamadas, si lo merecieren, a la triunfante» (P. I. c. XII n. 43). El problema en ese momento se manifiesta pues no sólo en función del cansancio o desorientación del grupo indio, sino también de su relación con el grupo español, y con el mestizo o criollo posteriormente. La fuerza y vitalidad de la cultura occidental influyó y en otros casos asumió lo indio, originando en esa asunción las nacionalidades hispanoamericanas. Empero esas antiguas supervivencias representan la prolongación de amplios sectores indios que quedaron marginados en ese proceso total de transculturación, a pesar de la indudable influencia que recibieron. El propósito de formar una clase criolla rica y poderosa mediante la encomienda, que también debían tener finalidades misioneras, y los subsiguientes abusos que determinaron la necesidad de evitar un mayor contacto entre indios y españoles representada especialmente por Toledo, explican, aunque sea parcialmente, las complejas circunstancias de la formación de esos grupos «marginales». Pese el aumento demográfico de estos grupos iniciado en el siglo XVIII, en esa época demuestran ya perceptiblemente una falta de dinamismo interno que se ha prolongado hasta nuestros días.-M. M. E.

La producción bibliográfica en las Antillas neerlandesas (1950-1956)

En el desarrollo cultural de las Antillas Neerlandesas podemos apreciar, en los últimos años —es decir, a partir de la era autónoma que se inicia en 1948—, un creciente interés por todo lo relacionado con los problemas antillanos y del Caribe. El acervo intelectual de los seis años, 1950 a 1956 —años de los cuales queremos dar aquí una información bibliográfica—, comparado con la producción de los años precedentes, satisface en alto grado y es, en nuestro concepto, reflejo del progreso intelectual de las islas. El hecho de que varios institutos y fundaciones que desempeñan en este proceso un papel de estímulo e inspiración sean subvencionados por el Tesoro holandés, no se puede negar; pero demuestra también que existe cierta madurez espiritual que es capaz de aprovechar lo que le es ofrecido. De estos institutos no queremos dejar de mencionar la Fundación de Colaboración Cultural Holanda, Antillas Neerlandesas y Surinam (STICUSA) y la Fundación de Colaboración Científica (WOSUNA). Por iniciativa de las dos Fundaciones se creó en Willemstad, Curaçao, una Biblioteca Científica, y el pricipal peso de su actuación está en fomentar los viajes de sabios y artistas holandeses a las Antillas. En consecuencia, la colaboración en los campos cultural y científico es casi unilateral: las Antillas reciben lo que Holanda ofrece.

En el conjunto de libros publicados —cuya exposición en este trabajo no pretende ser completa— llaman la atención las obras que se ocupan de la autonomía recientemente recobrada. Señalamos dos libros que se destacan por su transparencia y precisión; exponen los hechos con claridad e imparcialidad y suministran un recto criterio para la comprensión de los acontecimientos. El primero es una obra no muy amplia pero que constituye una auténtica aportación a la buena comprensión de la autonomía. Su autor es el actual teniente-gobernador de Curaçao, el antillano M. P. Gorsira. La obra se titula: "De Staatkundige Emancipatie van de Naderlandse Antillen (La Emancipación política de las Antillas Neerlandesas, La Haya, 1950). Una obra de mayor envergadura fué escrita por el mismo autor en colaboración con Mr. J. W. Ellis y F. C. J. Nuyten: "De Zelfstandigheid der Eilandgebieden. Een bidrage tot herziening der Eilandregeling der Nederlandse Antillen". (La Autonomía de las Islas de Sotavento. Un análisis de la legislación autónoma y de su posible revisión, Willemstad, 1955).

Importante, pero de carácter especializado y ceñida estrictamente al

campo jurídico y legislativo, es la nueva impresión del Código Civil de las Antillas, compuesta y revisada por el eminente jurista Mr. B. de Gaay Fortman, quien también realizó muy interesantes contribuciones jurídicas en la Revista de las Indias Occidentales (Westindische Gids). La reimpresión del Código Civil data de 1950 (Burgerlijk Wetboek voor Curaçao. Algemene Bepalingen der wetgeving, Den Haag, 1950).

No podemos omitir en esta información una obra que, aunque de tipo muy localista, trata de un problema de gran importancia para las Antillas, el de la distribución de agua potable. Esta obra se titula: "Gedenkboek Landswatervoorziening op de Nederlandse Antillen 1928-1953" (Anales del Instituto gubernamental sobre la provisión de agua potable, Willemstad, 1953). Muchos artículos, que tratan de este problema, publicados en varias revistas, atestiguan su importancia.

Un valioso aporte a los estudios de la medicina es el de Berend Vinke, quien publicó una tesis para obtener el grado de Doctor en Medicina: "De megaloblastaire voedingsanaemie op Curaçao" (The nutritional magaloblastic anaemias in Curaçao, Groningen 1954). La obra analiza, a través de múltiples investigaciones, las consecuencias perniciosas de la alimentación unilateral de la población indígena. El curazoleño Dr. W. Statius van Eps obtuvo el grado de Doctor en Medicina con su contribución científica: "Over de Baringspijn" (De los dolores del parto, Amsterdam, 1954).

En el campo jurídico, el Dr. E. Monte publicó su tesis de Doctor en Derecho: "Antilliaans Procesrecht" (Derecho procesal antillano, Schiedam, 1954). Es un estudio de la legislación antillana y de los derechos civiles del ciudadano. Una hija del antiguo gobernador de las Antillas, Dr. P. Kasteel, la doctora Anne Kasteel publicó una tesis titulada: "De Staatkundige toestand van de Nederlandse Antillen" (La Situación política de las Antillas Neerlandesas, La Haya 1956), cuadro instructivo de la estructura de dichas Antillas, también muy interesante para el conocimiento del desarrollo económico y cultural. Todas estas tesis se publicaron en Holanda y los grados fueron otorgados por universidades holandesas.

La Fundación de Colaboración Cultural (STICUSA) publica cada año un anuario (STICUSA Jaarboek), con artículos dignos de encomio y a veces de verdadero valor científico. Los autores son antillanos u holandeses. La redacción está a cargo del catedrático Dr. G. H. van der Kolff.

Resulta halagüeño señalar el progreso de los estudios históricos durante el período de 1950-56, comprobable en los estudios publicados desde el año de 1950. Notable trabajo, el más completo que conocemos entre los publicados desde el comienzo de este siglo, y que se refiere a las Antillas, es el estudio del Dr. Joh. Hartog: "Aruba" (Aruba, Oranjestad, 1953). Es una exposición de la historia arubana desde el descubrimiento y el panorama cautivante de su evolución bajo las banderas coloniales de España y Holanda, hasta la autonomía. El profesor de historia, Dr. C. Ch. Goslinga, publicó en 1956 su tesis de Doctor en Filosofía y Letras, titulada: "Emancipatie en Emancipator" (Emancipación y Emancipador, Assen, 1956), aporte al estudio del delicado problema de la esclavitud en las Islas de Sotavento y de la obra emancipadora.

El padre dominico, W. M. Brada, ha sido fecundísimo en estos seis años y publicó una serie de compendios históricos de indiscutible valor, aunque su justificación científica se resienta a veces de la falta de una bibliografía informativa y de anotaciones. De sus obras, que siempre tienen un tamaño reducido, se destaca, en nuestro concepto, la pequeña biografía de "Piar" (Piar, Willemstad, 1955). Otras interpretaciones históricas de este autor son: "Bisdom Coro" (El Obispado de Coro, Willemstad, 1953), "Gouverneur Van Lansberge (El Gobernador Van Lansberge, Willemstad, 1951), las historias eclesiásticas de Curaçao, Aruba y Bonaire (Willemstad, 1950-1951 y 1951), "Prefecto Caysedo" (El Prefecto Caysedo, Willemstad, 1956) y "Prefecto Niewindt" (Willemstad, 1956). Otro padre dominico, M. D. Latour, publicó, en 1951, un ensayo muy apreciable de investigación auténtica sobre la Catedral de Santa Ana de Curaçao (Willemstad, 1951). En 1954, el Padre Latour publicó un pequeño libro, en el que reunió estudios fundamentales: "De Zeven Mariakerken op Curaçao" (Las siete iglesias de Santa María en Curaçao, Willemstad, 1954).

Una obra casi clásica, de muy cuidada edición y de mucha utilidad para el investigador, es la que publicó la fecunda pluma del curazoleño, Doctor A. J. C. Krafft, titulada: "Historie en Onde Families in de Nederlandse Antillen" (Historia y Antiguas Familias en las Antillas Neerlandesas, La Haya, 1951). La obra, magníficamente ilustrada, es más que una historia propiamente dicha: es la rica documentación de genealogías del patriciado antillano. Con ocasión del centenario del "St. Elisabeths Gasthuis" (Hospital de Santa Isabel), el Padre Mohlman escribió un ensayo, poco voluminoso pero de gran esmero: "Stenen Getuigen" (Testigos de piedra, Curaçao, 1955). El destacado historiador curazoleño, N. van Meeteren, publicó, en su libro: "De Oude Vestingwerken, Forten en Batterijen van Curaçao" (Las antiguas fortalezas de Curazao, Willemstad, 1951), una serie de interesantes descripciones de las fortalezas que constituyen un aporte muy valioso a la historia antillana. De la pluma del mismo sabio autodidacta apareció, en la Revista de Historia de América, una "Bibliografía de la historia de Curaçao" (Revista de Historia de América, 29, 1950). El rabino de los hebreos ortodoxos, Is. Jessurún Cardozo, recogió los acontecimientos históricos de la vida judía en Curaçao en la obra: "Three Centuries of Jewish Life in Curaçao" (Tres siglos de vida hebrea en Curaçao, Curaçao, 1953). Es la historia de la sinagoga más antigua de las Américas. El pastor protestante, R. Colley Hutchins, escribió la historia de los Metodistas en la isla holandesa de San Martín: "A Hundred Years of Metodism in Dutch St. Martin" (Un siglo de metodismo en San Martín, Philipsburg, 1951). Joana Felhoen Kraal dió datos y documentos relacionados con los personajes y hechos de las Antillas en su "Bibliografía de autores en el Caribe" (Revista de las Indias Occidentales, 35, 1955). Joana María de Winter publicó en la misma revista (34, 1953) una lista de fuentes para una historia de la emancipación de los esclavos. P. H. J. Breusers escribió la historia de la Caja de Ahorros (De Postspaarbank, Curaçao, 1955) y el músico curazoleño de gran fama local, R. Boskaljon, publicó música bailable de

compositores curazoleños con una introducción que atestigua sus vastos conocimientos en esta materia.

E. R. Goilo tradujo la biografía de Constantino Bayle: "Alonso de Ojeda" en el dialecto local (Alonso de Ojeda, Curaçao, 1953). M. Arnoud publicó una historia antillana para uso escolar: "Antilliaanse Geschiedenis" (Historia Antillana, Curaçao, 1954). La mayoría de los autores mencionados son colaboradores asiduos de la "Revista de las Indias Occidentales".

Obra fundamental para el estudio de la flora antillana es la de Arnoldo: "Wat in het wild groeit en bloeit op Curaçao, Aruba en Bonaire" (Lo que se cría en la selva de Curaçao, Aruba y Bonaire; La Haya y Willemstad, 1954). Es una publicación del grupo de Ciencias Naturales. La obra constituye un aporte esencial al estudio de la flora antillana. Otra obra, del mismo autor infatigable, es: "Gekweekte en nuttige planten van de Nederlandse Antillen" (Flora de las plantas cultivadas en las Antillas Neerlandesas, La Haya, 1954). La tercera publicación del grupo mencionado es la del Dr. K. H. Voous: "De Vogels van de Nederlandse Antillen" (Las Aves de las Antillas Neerlandesas, La Haya, 1955). El Dr. J. H. Westermann escribió una guía para la colección geológica del Museo Curazoleño (Beknopte Handleiding bij de geologische verzameling van het Curaçaos Museum, Amsterdam, 1951). Todos los autores citados en este párrafo contribuyeron con artículos y ensayos a la cultura y ciencia antillana. Merece ser mencionado aparte el Dr. Wagenaar Hummelinck, redactor de la Revista de las Indias Occidentales, hombre de ciencia, biólogo, quien con muchísimos ensayos y publicaciones contribuyó enormemente al proceso investigador de la biología en las Antillas.

En el terreno pedagógico se destacan dos publicaciones del profesor C. A. Kramer: "Opvoedkunde" (Pedagogía, Curaçao, 1955) y, en colaboración con el médico Dr. H. M. Waszink, "Buitengewoon Onderwijs op Curaçao" (Enseñanza para niños débiles en Curaçao, Curaçao, 1954). La primera obra es un libro de uso escolar al servicio de los que se preparan para el examen de maestro. La otra es una memoria sobre la utilidad de enseñanza a los niños débiles.

Tienen cierto valor local las obras de E. R. Goilo: "Gramatica papiamentu" (Curaçao, 1953), de Gualbert: "Palabras, modismos y refranes" (Curaçao, 1950), libro escolar al servicio de la instrucción secundaria, y del W. M. Hoyer: "Vocabulario y coloquio holandés-papiamentu-español" (Curaçao, 1950), libro escolar al servicio de la instrucción secundaria, y de y P. H. J. Uittenbogaard: "De taal papiamentu en haar corsprong" (El idioma papiamentu y su origen, Hilversum, 1953). El Vicariato publicó una "Historia di Testament Bieuw, i di Testament Nobo" (Historia del Testamento Viejo y Nuevo, Curaçao, 1953).

Muy útil para el estudio económico de las Antillas nos parece la tesis del Dr. E. Nordlohne: "De economisch-geografische structuur del Nederlandse Antillen" (La estructura económico-geográfica de las Antillas Neerlandesas, Harlem, 1951). Interesante libro, que traza los sueños sociales del antillano, es el de R. P. Nita: "De sociale wensdromen van het landskind in de gelijke delen van het Nieuwe Koninkrijk" (Los deseos sociales del antillano de la

participación igual en el Nuevo Reino de los Países Bajos, Willemstad, 1952). B. Havard Duclós escribió una memoria agrícola titulada: "Report on agricultural development in the Netherlands Antilles (Curaçao, 1954), Tsjon Sie Fat su tesis: "Ondezoek raar de Sociaal-hygienische toestand op de Bovenn-vindre Eolanden" (Una investigación sobre la situación social-higiénica de las Islas de Barlovento, Amsterdam, 1954).

Otro trabajo que no podemos omitir, es el de H. de Wit: "Suriname en de Nederlandse Antillen" (Surinam y las Antillas Neerlandesas, La Haya, 1951), un interesante y sugestivo ensayo de las dos partes autónomas del Reino de los Países Bajos. De tipo popularizante, con muchas hermosas fotografías, es la obra de J. van de Walle: "De Nederlandse Antillen: land, volk en cultuur" (Las Antillas Neerlandesas: país, población y cultura, Baarn, 1954). Paul van Venlo, hábil pescador, escribió con entusiasmo y elegancia: "Met de camera op de zeebodem van Curaçao" (Con la camera en el fondo del mar de Curaçao, Hilversum, 1950).

En el terreno novelístico y poético el desarrollo no se perfila muy prometedor. Las publicaciones en el idioma local no salen del marco de las menudencias y las editadas en idioma holandés apenas merecen más atención. Queremos exceptuar unas que, en nuestro concepto, aunque carezcan de envergadura, son en cierto sentido, sugerentes y atractivas. A esta clase pertenecen: "Un Huérfano" (de Manuel A. Fraai, Curaçao, 1954) y "Diez años de venganza" (Tuyachi, Curaçao, 1950). En el idioma holandés escribieron novelas, quizás de poco valor artístico pero, a no dudar, con ciertos rasgos populares, B. van Grevenbroek: "Papieren Huizen" (Casas de papel, Baarn, 1953), E. Elias y P. Spier: "Op reis met Prins Bernhard" (Viajando con el Príncipe Bernardo, Amsterdam, 1950), H. C. M. Hakkenberg van Gaasbeek: "Caraibisch Steekspel" (Torneos en el Caribe, Assen, 1955), W. Holleman: "Mimus de Chuchubi bekijkt Curaçao" (Mimus, el chuchubi, mira a Curaçao, Curaçao, 1952), Leonhard Huizinga: "En zo voort" (Etcétera. La historia de una empresa, Amsterdam, 1950). Esta última publicación es una historia de la Compañía petrolera B. P. M. S. R. van Iterson escribió dos libros para muchachos: "In de ban van de Duiyelsklip" (La roca del Diablo, Alkmaar, 1954) y "Schaduw over Chocomata" (Sombra sobre Chocomata, Alkmaar, 1953), W. van Poll: "De Nederlandse Antillen" (Las Antillas Neerlandesas, 1950). Merece más atención la obra de N. M. Gerdink-Jessurum Pinto: "Corsouw ta conta" (Curaçao cuenta, Hengelo, 1954). El poeta holandés, Chr. Engels, escribió poesía incomprensible; el bonairiano, Cola Debrot, publicó una pequeña colección de poesías: "De afwezigen" (Los ausentes, Amsterdam, 1952). Los poetas aborígenes, Pierre Lauffer, Oda Blinder, Charles Corsen, y el holandés E. de Jongh, publicaron poesías en papiamentu, sobre cuyo valor no podemos juzgar.

En este desarrollo fecundo de la afición por las cosas científicas y culturales hay, lamentablemente, una pequeña disonancia, pues para las revistas antillanas los años de 1950 a 1956 no fueron felices. "Simadán", una revista literaria, se publicó sólo dos veces a pesar del hecho de que la redacción estaba compuesta por poetas y literatos de nombre. La revista "De Stoep"

(La Escalinata) aparece con mucha irregularidad. Sigue destacándose la "West-Indische Gids" (Revista de las Indias Occidentales), aunque vaya bajando considerablemente la tirada. Se publica en Holanda, bajo los auspicios de una redacción muy bien preparada; la revista está subvencionada por las grandes compañías antillanas y la STICUSA. Otra revista, "Oost en West" (Este y Oeste) es de tono más popular. Sigue su camino el "Antilliaans Juristenblad" (Revista antillana de Derecho) y se destaca en el campo humorístico la revista "Lorito", con caricaturas políticas del dibujante Van Kampen. En agosto 1955, apareció una nueva revista de alcance semi-científico: "Christoffel". No queremos dejar de mencionar el "Almanaque de Curaçao", compuesto por W. M. Hoyer y que se publica anualmente. Después de la muerte del Sr. W. M. Hoyer, se hizo cargo de la redacción su hijo, H. E. Hoyer. "La Sociedad y la Cultura" es una revista mensual dedicada a los problemas sociales.

No era posible, en estas pocas páginas, trazar el panorama completo de la bibliografía antillana más reciente. Pero esperamos que el material aportado en esta información constituya un elemento de estudio e interés para un mejor conocimiento de esta pequeña parte de la América latina que se llama: Antillas Neerlandesas.

Dr. Cornelis Ch. Goslinga
Miembro del Instituto Histórico de los Países Bajos

El café y sus problemas

La reciente Convención cafetelera de Méjico trae a primer plano los problemas que la producción, distribución y consumo del café tiene planteados en todo el orbe, y principalmente en las Américas.

Brasil, hoy a la cabeza de los principales productores, obtenía ya a principios de este siglo las tres cuartas partes de la cosecha mundial (más de la mitad en el Estado de Sao Paulo, región de la "terra roxa", donde se dan condiciones óptimas de altitud y latitud para los cafetos). El 65% de las ventas al exterior del Brasil está representado por la exportación de café.

Colombia, cuya cosecha media es el 40-50% de la obtenida en Brasil tiene la ventaja de haber logrado inmejorables calidades, representando el café el 85% de su exportación total. Otros países americanos, como Méjico, El Salvador y Guatemala, han aumentado su producción de café con relación a las cifras anteriores a la última guerra. No así Venezuela que, ocupando hace años el tercer puesto entre los productores mundiales, ha declinado notablemente, debido a la industrialización y al interés por las explotaciones petrolíferas.

Los restantes productores, Arabia y países de Africa, no pueden equipararse al conjunto de países centro y sudamericanos por obvias razones de cantidad y calidad. Su competencia no se hace sentir en el mercado norteamericano.

Los Estados Unidos, absorben los dos tercios de la producción mundial de café, y desde luego, toda la cosecha americana. El aumento de un centavo de dólar en el precio de una libra de café, repercute con 35 millones de dólares en la economía general de los países vendedores. El mercado norteamericano ha adquirido una preponderante posición como comprador único —monopolio unilateral de demanda— con tendencia a aumentar sus pedidos, toda vez que se ha elevado el consumo por habitante y año. En 1925, el consumo era de 11 libras de café en verde, por cabeza; en 1953, de 18 libras por habitante y año. Esto explica la razón de frecuentes fricciones entre las dos Américas: el natural interés de los vendedores en mantener altos los precios e idéntico volumen de las ventas y el deseo de los compradores de forzar la baja suscitan una pugna inevitable. A esta situación hacía referencia John M. Cabot, Secretario adjunto de Estado norteamericano, en su discurso ante la National Coffee Association, sobre el tema "El café, motivo de armonía y desavenencia en el sistema interamericano" (Florida, 1953).

Estas fricciones se explican por la inelasticidad a corto plazo tanto de la producción como del consumo. La demanda es inelástica, cuando una

variación relativamente pequeña en el precio va acompañada de un cambio relativamente pequeño en la cantidad que el comprador está dispuesto a adquirir. Tal inelasticidad es común a casi todos los productos agrícolas y, desde luego, a todos los que cubren una necesidad. Nos hallamos, por tanto, ante un típico ejemplo de inelasticidad a corto plazo.

Las mismas características de la producción del café contribuyen a reforzar nuestras afirmaciones. Un arbusto de café tarda en dar fruto cinco años desde su siembra, y se mantiene durante quince en creciente producción, al cabo de los cuales desciende en forma paulatina hasta los cuarenta años y más. Se comprende fácilmente que si aumenta la demanda de café y, en su vista, se plantan nuevos campos, hay que aguardar cinco años antes de obtener cosechas, y como el cafeto produce durante cuarenta el plantador se resiste a arrancarlo y variar el cultivo aunque la demanda descienda. La producción se halla también afectada por los factores climatológicos y meteorológicos, dada la sensibilidad del arbusto a toda variación atmosférica. Finalmente, no puede ocultarse a nadie que una cosecha excepcionalmente abundante preludia una producción deficiente en los años posteriores debido a la "fatiga" del arbusto, ya que se trata de una planta cíclica. Existen también dificultades para el almacenaje y conservación de los stocks. Los frutos naturales no resisten con éxito la acción del tiempo, y una cosecha posterior desvaloriza los excedentes que existan en el mercado.

Los países productores de café, Brasil principalmente, ven multiplicado su problema por la existencia del monocultivo, que hace dependerlo todo de un solo producto; las fortunas cafetaleras se consideran de carácter aleatorio, y su porvenir se ensombrece cada año. Las plantaciones requieren cuantiosos cuidados que sólo una mano de obra vigilada puede realizar. El comercio facilita dinero a cambio de compromisos, y el Gobierno tiene que salvar en última instancia casi todos los años al grupo exportador, con bonificaciones de cualquier índole. De aquí que la política agraria de numerosos países sudamericanos intente conjugar diferentes cultivos, que en bien estudiada distribución o rotación, permitan estabilizar su economía. Gabriel Debien, en su comentario al libro de Monbeig "Pionnerseet planteurs de Sao Paulo", aparecido en Estudios Americanos (núm. 54), hace referencia al problema en sus aspectos actuales e históricos.

El país comprador —EE. UU.— conoce en cada instante por medio de los importadores la cuantía de los stocks y las posibilidades de cosechas. El importador juega sus bazas para lograr el desfase entre producción y precios, si bien el desajuste no es sólo imputable a sus maniobras, pues el mercado de café, uno de los más movidos del mundo, ha conocido cosechas copiosas, de verdadera superabundancia, que por sí solas tienen el efecto de bajar los precios. Todo el mundo sabe que en los años de crisis (1929-30; 31-32, etc.) se inutilizó una parte de las cosechas arrojándola al mar o emplándola como combustibles, para evitar el completo envilecimiento de los precios.

Refiriéndonos al Brasil, primer productor, se registraban, en los años anteriores a la crisis de 1929, firmes tendencias alcistas. La enorme cosecha de aquel año —al parecer aun no superada— y la coincidencia con el "crack"

norteamericano de 1929 que restó poder de compra a los consumidores, determinaron una fulminante caída de precios que ni siquiera pudo ser frenada con las sonadas destrucciones. Esto produjo su impacto en el sector de la producción, disminuyendo los cultivadores la superficie sembrada en casi un tercio, no repoblándola y descuidando las labores. La mayoría de ellos se limitó estrictamente a recoger los frutos naturales que el cafeto producía abandonado a su suerte. El descenso de producción durante el siguiente decenio, que aquella desatención provocó, agravado durante la guerra mundial, lleva, afortunadamente, una buena entonación durante el último período.

El siguiente cuadro puede dar una idea de lo dicho.

Año	1929-30; producción total	41,1	millones de	sacos de	60 Kg.
Decenio	1930-31				
a	1939-40 ídem media	37,6	ídem		íd.
a					
Año	1940-41				
a	1944-45 ídem media	26,2	ídem		íd.
Decenio	1945-46				
a	1954-55 ídem media	31,7	ídem		íd.

Obsérvese la baja de producción exportable durante los años de guerra 1940-45, debida no sólo a la apuntada falta racional de cultivo y su secuela de aparición de plagas, emigración de mano de obra a sectores más atractivos, etc., sino también a las dificultades propias del período bélico, tanto en el país consumidor como en los medios de transporte.

La drástica medida de destruir parte de la cosecha para valorizar el resto, se practicó durante el decenio 1930 a 1940 casi sin interrupción. Sin embargo, esta inútil solución no pudo evitar la crisis que tuvo su origen, no tanto en el exceso de producción, sino en el defecto de poder de compra del mercado norteamericano. En 1944 se hicieron públicas las partidas sacrificadas que ascendían a 78 millones de sacos de 60 kg., o sea, la cosecha mundial de tres años, según datos de Semionov.

El último decenio señalado en nuestro cuadro acusa ya una interesante recuperación, aunque ahora el incremento de población ha hecho que el consumo interior haya crecido extraordinariamente a costa de las cantidades exportables. Esto ha hecho retroceder, juntamente con la competencia de las mejores calidades obtenidas en Colombia, el porcentaje de café brasileño importado por los Estados Unidos, que ya en 1951 era del 54%, al 37% en 1954.

Oscilaciones del precio

Intimamente ligada a los altibajos de la producción, y agravada por el monopolio de la demanda, se halla la cuestión del precio. Entre 1921 y 1929, el café típico, genuino —Santos, 4— se elevó paulatinamente desde 10,05 centavos de dólar por libra, hasta 21,84. El alza se logró gracias a cosechas me-

diocres, hábilmente manejadas por el Gobierno, frente a una demanda creciente.

En 1930, la situación cambió por completo. A la mayor cosecha mundial conocida —cerca de 3 millones de toneladas— se unió el derrumbamiento del mercado por la crisis de 1929. El Instituto de Café de Sao Paulo no pudo financiar el almacenaje de los 41 millones de sacos de 60 kgs. producidos y, pese al heroico recurso de destruir grano, los precios bajan a 12,88 centavos por libra. Durante todo el decenio 1930-40, las cosechas fueron en general superiores a la demanda y los precios continuaron descendiendo hasta 7,05 centavos por libra en 1940.

El estallido de la última guerra, el agotamiento de los cafetos necesitados de tala y abono, la falta de comercio mundial y la dificultad de los transportes, reducen la media cosecha durante el quinquenio 1940-50. Como las circunstancias afectaban no sólo al Brasil, sino a los quince países americanos productores de café, acordaron cesar en la mutua competencia y repartirse los pedidos a través de un organismo denominado I. C. B. (Interamerican Cofee Bureau). La escasez de cosechas y el cese de la ruinosa competencia permitieron elevar y sostener el precio del Santos-4, a 25 centavos la libra en el mercado de Nueva York.

Durante el último decenio (1945-55), la elevación del precio permitió tratar los cafetos y eliminar sus plagas, incrementándose la media de producción. El cese de las hostilidades trajo consigo un aumento de demanda, nuevo motivo de elevación de precios que, en febrero de 1953, alcanzaron el máximo de la cotización oficial autorizada, 55,78 centavos. En julio del mismo año, las plantaciones de Paraná y Sao Paulo fueron dañadas visiblemente por las heladas. El alza se presentó de nuevo. El Gobierno anunció la posible suspensión de la exportación. Ello, unido a la supresión de la cotización oficial del café en Estados Unidos —éxito de los importadores—, determinó una tal elevación, que en diciembre el precio era de 61,25 centavos por libra, y en abril de 1954 de 94 centavos. Mas los exportadores brasileños no contaron con la reacción natural, enérgica y hasta violenta del mercado estadounidense. La opinión pública del país, tomó partido frente al alza, exigiendo una disciplinada abstención de café. Se organizaron campañas de prensa, se logró enrolar en la protesta a las amas de casa y fueron solicitadas del Gobierno nuevas intervenciones. Los "días de protesta" se prodigaron. Todo ello condujo a un notable descenso de las ventas del café brasileño, con su consiguiente caída de precios. En los siete primeros meses de 1954, Brasil había vendido un 28% menos que en igual período del año anterior. El Estado moderno no puede asistir impasible al empobrecimiento de su comercio exterior y salva en última instancia a los exportadores. A mediados de 1954 Brasil estableció un nuevo sistema de cambios para el "cruceiro-café" con visos de devaluación, medida que posteriormente ha repetido, para hacer frente a la competencia de Colombia. Pese a ello, el anuncio de buenas cosechas siguió forzando la baja de precios que cayeron de 94 centavos en abril de 1954, a 87 en julio, 65 en diciembre y 60 en febrero de 1955. La marcha descendente ha proseguido hasta abril de 1955, en que marcó 52 centavos por

libra. Esta nueva baja supuso para el Brasil, en 1954, una exportación de 10,6 millones de sacos en lugar de 15,2 en el año precedente, y una merma de 4.289 millones de cruceiros. Los mayores perjuicios se señalan, como es lógico, en la zona productora de Sao Paulo donde radican la mitad de los 3.000 millones de cafetos que existen en el país.

A mediados de 1956 el mercado de café presenta una tónica de calma, sin grandes oscilaciones de precios (43 cruceiros por kg. al por mayor). Los importadores norteamericanos persisten en su conocida práctica de adquirir las mínimas cantidades para la inmediata colocación, y cerrar las operaciones con exigencia de pronto envío. —

Esfuerzos internacionales en defensa del café

A lo largo de esta exposición han aparecido organismos que como el I. C. B., han servido para resolver problemas concretos, temporales, frente a los cuales fueron creados. Durante los últimos años, se han realizado magníficas tentativas para edificar una nueva estructura internacional del comercio. En abril de 1954, se reunió en Puerto Rico la Federación Cafetera de Centroamérica, Méjico y el Caribe (FEDECAME) para estudiar un programa de acción conjunta. Se recomendó crear la Oficina Internacional del Café, constituda por todos los países productores de Hispanoamérica, a base de aportaciones en especie, proporcionales a sus excedentes respectivos, a fin de lograr un depósito regulador. La Federación se propone igualmente elaborar un un Acuerdo Internacional del Café, que regule la producción, los mercados y los precios. Al margen del FEDECAME, los Estados Unidos son de opinión contraria a toda norma reguladora, cosa fácilmente explicable en quien tiene de hecho el monopolio de compras en el Hemisferio. Los problemas no quedan ahí. Está por ver en qué grado participarían en el convenio otros países sudamericanos de la importancia productora de Brasil y Colombia (pues no se olvide que la Federación es de un limitado carácter regional), e incluso, cuál será la actuación de productores no americanos, como Turquía y, sobre todo, cuál sería la fórmula capaz de operar en el mercado de los Estados Unidos si no firmasen el Acuerdo.

En el mes de junio del presente año se reunió en Méjico la Novena Asamblea General del FEDECAME, asistiendo los catorce países miembros: Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, Venezuela y Méjico. La asamblea aprobó las siguientes resoluciones:

Primera.—Se recomiende a los Gobiernos de Hispanoamérica adopten en sus legislaciones el término de delito para los adulteradores del café.

El problema de la adulteración es sumamente grave para los países productores. De ahí que se haga tal recomendación, con base en las experiencias logradas en Cuba, donde adulterar el café es un atentado contra la economía del país, según su legislación.

Costa Rica y Venezuela también combaten penalmente a los adultera-

dores, y en este último país, si en veinte días no se vende el café tostado, su expedición posterior se considera delictiva.

Méjico pretende protección oficial en beneficio de los productores y consumidores y acción penal contra los adulteradores.

Segunda.—Con base en los estudios realizados, reveladores de que sólo una tercera parte de la población mundial bebe café, es urgente la apertura de nuevos mercados, donde colocar las próximas cosechas.

Se estimó que es inminente una sobreproducción de café por el consumo insuficiente. De ahí que se pretenda la conquista de nuevos mercados.

Tercera.—En virtud de que el mercado europeo es propicio para los cafés suaves, se procure incrementar el consumo.

Cuarta.—Se incremente el consumo del café en los países del área de la Federación Cafetalera de América, con base en estudios del número de habitantes que actualmente consumen café y el número de posibles consumidores.

Quinta.—Se intensifique la propaganda en Estados Unidos, Europa y Canadá, para cuyos fines se sugirió que todos los países formen parte de la Oficina Panamericana del Café, cuyas experiencias en materia de publicidad e incremento en el consumo del producto son valiosas.

Sexta.—Que los países integrantes de la Federación Cafetalera de América aumenten su producción de café lavado.

Séptima.—Se intensifiquen los combates de plagas que afectan al cafeto y se prosigan los estudios para el control de las mismas.

Octava.—Se coordinen los esfuerzos de FEDECAME con los que realizan otros organismos continentales o internacionales, en el campo de la asistencia técnica del café, para lograr mayores rendimientos.

Novena.—Se elabore un plan destinado a la concertación de un seguro global para las plantaciones y las cosechas de café en todos los países de FEDECAME.

Décima.—Que el 11 de abril se conmemore anualmente el "Día del Café", ya que ese producto constituye la base económica y ocupa un lugar importante en la exportación de un gran número de países.

En esta misma Asamblea se dió cuenta de un estudio, que sometió a la consideración de la Asamblea el Ingeniero Don Juan Manuel Corona, sobre la importancia de los abonos orgánicos, que el propio caficultor puede preparar si aprovecha y transforma toda clase de desperdicios. Se habló de los resultados obtenidos con el "humus" y se recomienda su aplicación.

Enviaron observadores a esta reunión, Brasil, Colombia, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Bélgica, Portugal y Liberia.

De las diez conclusiones aprobadas, la mitad se refieren a la necesidad de abrir nuevos mercados e intensificar el consumo, tres versan sobre mejoras del cultivo y dos se ocupan de la protección legal y económica. El alto porcentaje de conclusiones encaminadas al fomento del consumo hacen suponer la inminencia de grandes cosechas o la existencia de excedentes.

El observador norteamericano, Mr. McKiernan, representante de la National Coffee Association, se opuso vivamente a la decisión de redactar un convenio internacional que estabilice la situación mundial del café, porque

no creía que, con todas las complejas restricciones y complicaciones que llevaría consigo, fuera una forma práctica de estabilizar la industria cafetalera. En apoyo de su tesis agregó "que siempre ha creído que el comercio libre es la base ideal del comercio entre pueblos libres, y no se pueden admitir plan o planes algunos, que tiendan a destruir o controlar la libre empresa". Tan bellas razones no tuvieron ni podían tener eco alguno en la Asamblea, que no pretende un intervencionismo nacional ni internacional en el ámbito del café, pero está hondamente preocupada por cuanto con él se relaciona, ya que no se trata de un artículo más —punto de vista norteamericano— sino del producto básico de muchas economías nacionales.

Queda por ver la efectividad de estos acuerdos y, sobre todo, la posibilidad de redactar el Tratado Internacional, que la Asamblea pretende, a fin de regular la producción, distribución y precios del café, y estimular su general consumo. Tal vez haya sido un gran paso en este camino el que se marca en los Acuerdos de la Asamblea. Pero queremos pensar, con optimismo, que como fruto de la reciente Reunión de Presidentes Americanos, celebrada en Panamá, se esté elaborando un Acuerdo que comprenda no sólo los problemas del café, sino los relacionados con otros productos (azúcar, estaño, cobre) que precisan de una especial regulación. Dada la oportunidad y posible eficacia de estos contactos personales, no es arriesgado esperar que la O. E. A. (Organización de Estados Americanos), promotora de la Reunión, aspire a una solución de conjunto. Nuestra época trabajará siempre en favor de un convenio para fijar derechos y obligaciones internacionales recíprocas. Los pueblos de toda América, en tanto no puedan llegar al máximo en su desarrollo económico, necesitan cuando menos un cierto grado de equilibrio y bienestar.

Vicente Romero Muñoz
Universidad de Sevilla.

Noticias

Guillermo Lohmann Villena, Catedrático de la Universidad de San Marcos y de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y uno de los más ilustres investigadores de la historia americana, ha sido galardonado con uno de los Premios del Centenario de Menéndez Pelayo, por su trabajo "Menéndez Pelayo y la Hispanidad". Con la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, que cuenta al Dr. Lohmann entre sus más distinguidos colaboradores, felicitamos al joven maestro peruano.

* * *

Estudiantes de la Escuela Superior de Administración Pública completaron recientemente un estudio de Alajuela, capital de la provincia del mismo nombre y la segunda ciudad de Costa Rica. Seis comisiones, compuestas por estudiantes de varias Repúblicas centroamericanas, estudiaron la administración de la municipalidad y de los alrededores bajo la dirección del Profesor Alberto López Gallegos. La designación de Alajuela para su estudio se ha debido a que sus condiciones económicas ofrecen una considerable ayuda para el progreso y porque se espera que la comunidad aceptará las recomendaciones de dicho grupo.

* * *

La Unión Panamericana anuncia que una pareja de arqueólogos ha puesto al descubierto algunos de los edificios de Nuevo Cádiz en la isla de Cubagua, en el Caribe. La ciudad, primera fundación española en Hispanoamérica, fué también la primera en exportar petróleo venezolano a Europa Excavado hoy bajo la supervisión del Ministerio de Educación, el lugar ha permanecido olvidado durante más de 400 años.

* * *

Los Gobiernos del Canadá y de los EE. UU. han decidido examinar conjuntamente a fondo los problemas relacionados con las aguas que atraviesan la frontera común entre los dos países, al constatarse que las disposiciones del Tratado sobre las aguas limítrofes, firmado el año 1909, ya no responden a las exigencias actuales de orden jurídico, económico y técnico. Los dos Gobiernos estiman que un intercambio de opiniones confidencial y completo facilitará la solución de estos problemas.

* * *

Los críticos literarios de "Le Fígaro", "Les Lettres Nouvelles", "France Observateur", con un representante de la Academia Goncourt y el director

de ediciones de la Casa Stock, en unión de otros destacados escritores franceses, han concedido el premio del mejor libro extranjero en Francia a la novela "Los pasos perdidos", en su versión francesa "Le partage des Eaux", del novelista hispanoamericano Alejo Carpentier.

* * *

El gobierno mejicano acaba de poner en práctica su plan de construcción de viviendas económicas mediante créditos que concede el Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas a los particulares. Estos pagan un interés anual del 6'5 %, en plazos de diez años, y del 7'5 %, en plazos de quince años. El resto, hasta cubrir el interés bancario, constituye la aportación del Estado. Se han atendido hasta ahora 200 solicitudes, previendo el plan la concesión de 3.000 créditos como mínimo.

* * *

El pintor poeta argentino Faustino Brughelli, recientemente fallecido, que introdujo en Hispanoamérica con notable prontitud los modos y tendencias imperantes en Europa durante la primera década del siglo, ha sido objeto de un homenaje por parte de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, que reunió 21 óleos seleccionados entre lo más significativo de su obra.

* * *

Acaba de celebrarse en Sao Paulo el II Congreso de Religiosos del Brasil, con la asistencia del Cardenal Valeri, Prefecto de la Congregación de Religiosos. La sección más activa fué la de Prensa, interviniendo las figuras más representativas de la prensa católica brasileña, entre ellos, el P. Bouten, por el "Jornal do Día", de Porto Alegre; el P. Reloizzi, por el "Lar Católico", y Fr. Aurelio Stulzer, por la Revista de Cultura "Vozes de Petrópolis".

* * *

En el curso de una conferencia comercial, celebrada recientemente en Canadá, los delegados comerciales y hombres de negocios canadienses han considerado las posibilidades de incrementar las exportaciones del Canadá hacia las más progresivas repúblicas de Hispanoamérica. Desde la última conferencia, que tuvo lugar en Ottawa en 1945, las exportaciones canadienses han pasado de 60 millones a 170 millones de dólares. Para el año 1965 se espera alcanzar la cifra de 500 millones de dólares si se mantiene el mismo ritmo de crecimiento. El mayor obstáculo para el desarrollo de relaciones comerciales, es la escasez de dólares en Hispanoamérica y la competencia de otros países exportadores.

* * *

El Gobierno mejicano anuncia la firma de un nuevo acuerdo con los EE. UU. para contratar braceros. El contrato permite la entrada a 280.000 hombres para trabajar en Norteamérica, principalmente en California y región S. O. El flujo de los braceros empezará en septiembre, cuando 124.000 estén preparados para marchar. Serán seguidos por 73.000 en octubre, 11.000 en noviembre y 5.000 en diciembre, cuando el contrato esté terminado.

En Ecuador, la F. A. O. está llevando a cabo varios experimentos destinados a procurar algodón suficiente para cubrir las necesidades del país. Se espera que las nuevas variedades ensayadas produzcan dos o tres veces más que el algodón natural. En estos últimos años, en el Ecuador se han obtenido 12.000 balas anuales, teniendo que ser importadas 5.000 por año.

* * *

Representantes de Argentina, Chile, Brasil y Estados Unidos se han reunido en Río de Janeiro para establecer los límites tan discutidos entre Ecuador y Perú. Los cuatro países son fiadores del protocolo de Río de 1942. Esta comisión no ha conseguido fijar los términos de las bases del protocolo, debido a las diferentes formas de interpretarlo cada país.

* * *

El Gobierno argentino ha decidido instalar un centro de investigación nuclear en una zona que se encuentra en la vertiente oriental de los Andes y en la que hay en explotación diez minas de uranio, con una riqueza en materias radioactivas que va del 0,01 al 0,03. El presupuesto para la instalación de este centro es aproximadamente de cinco millones y medio de dólares.

* * *

El Banco Mundial concedió a Nicaragua 3,2 millones de dólares para mejorar el puerto de Corinto, el más importante del país. Las mejoras tienden a eliminar las serias demoras que allí sufren los barcos. Se cree que el proyecto estará terminado a finales de 1959. Este es el noveno empréstito que el Banco ha hecho a Nicaragua, sumando un total de 21,4 millones de dólares.

* * *

Ha constituído un rotundo éxito de la crítica de Arte la maqueta que sobre Simón Bolívar tiene ya preparada para la fundición el escultor Arenas Bethancourt. La obra se elevará en la plaza principal de la ciudad colombiana de Pereira.

* * *

Acaba de celebrarse, en los salones de la Universidad Nacional de Méjico, el I Seminario Internacional de Investigación Industrial, organizado por el Centro Industrial de Productividad con la cooperación del Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas, del Comité Asesor de Técnicos Industriales y de la Cooperation Administration, discutiéndose en él, por los técnicos mejicanos y norteamericanos, problemas de vital interés para el país. El propósito fundamental del Seminario fué el de llamar la atención hacia los beneficios que podría acarrear a Méjico la investigación industrial más profunda.

* * *

Durante la segunda quincena del mes de agosto se celebró en el Teatro Principal de Puebla (Méjico) el Festival Dramático de la I. N. B. A. con la

intervención de diez grupos de representantes, formados por universitarios, empleados y trabajadores. El repertorio estuvo integrado en su totalidad por obras mejicanas.

* * *

Un jurado presidido por Noel Gallón ha concedido en París el premio de excelencia "Leopold Bellan" al pianista venezolano Humberto Castillo. Las obras interpretadas en esta oportunidad, parte del repertorio acostumbrado del galardonado pianista, pertenecían a Schumann y Robert Beaucau.

* * *

La producción de níquel en el mundo libre ha sido, desde el año 1886 (la fecha de nacimiento de esta industria en Canadá) hasta finales de 1955, de 8.500 millones de toneladas, produciéndose el 84 % del total en Canadá. Los suministros de los productores canadienses, en 1955, han alcanzado la cifra de 357 millones de libras, sin precedentes en la historia industrial, lo que representa más de un 80 % del consumo en el mundo libre.

* * *

La Universidad de La Habana ha inaugurado un "Instituto Superior de Estudios e Investigaciones Económicas", cuyo objetivo es la formación sistemática de especialistas en asuntos económicos. En tal Institución colaborarán las Facultades de Ciencias Sociales y de Ciencias Comerciales.

* * *

En el Teatro Colón de Buenos Aires ha sido estrenada la ópera en tres actos, "Bodas de Sangre", realizada sobre la base del drama de Federico García Lorca, quien ya sirvió a Juan José de Castro, autor de la ópera estrenada, para anteriores recreaciones.

* * *

Para intensificar el potencial de la energía eléctrica de los actuales 61.500 kilovatios a 159.000, la República Dominicana ha desarrollado un plan cuyo costo asciende a 47 millones de dólares. La Corporación Dominicana de Electricidad, propiedad del Gobierno, realizará esta expansión a lo largo de un período de nueve años.

CARTA DE YALE

Estudiantes hispanoamericanos en los EE. UU.

Buena parte de los estudiantes hispanoamericanos se desplaza para realizar o completar los estudios, fuera de sus patrias respectivas. Los que vienen a Norteamérica, se reparten entre las variadísimas instituciones dedicadas en este país a la enseñanza media y superior. Proceden, en su gran mayoría, de las clases medias o altas, que son, en su área geográfica, las únicas capacitadas económica y culturalmente para ello.

En ciertos casos, estos estudiantes afrontan con sus propios recursos la carísima educación que ofrecen las High Schools. En los más, disfrutan de becas que cubren, en todo o en parte, los no menos cuantiosos gastos que entraña la enseñanza en las Universidades norteamericanas.

Los primeros son estudiantes que llegan aquí en edad temprana —cuando apenas han superado la pubertad— para adquirir, costeándola con medios propios, ese discutido tipo de formación humana e intelectual que proporciona la High School de este país, equivalente aproximado o inferior al Bachillerato español y generalmente considerada como el talón de Aquiles de la formación juvenil en Norteamérica. El impacto que producen los cuatro años de convivencia en un medio tan distinto y en una edad crítica —separados de sus familias que los envían confiadas en los beneficios de un cabal conocimiento del inglés y unas amistades influyentes pueden ofrecer a sus hijos en un futuro no lejano— al parecer no justifica, en sus resultados, el esfuerzo desplegado. Si esos jóvenes regresan ya entonces a sus países, han aprovechado, de la educación superior americana, solamente su fase más endeble. Americanizados más por fuera que por dentro, en lo negativo más que en lo positivo, se desconectan de la vida de familia y las tradiciones de sus países respectivos. Con ello se agrava el mal de un deliberado apartamiento, que su propia posición social de por sí generalmente implica, de las inquietudes sociales y de las virtudes cívicas y familiares, más intensamente sentidas en esferas menos privilegiadas de la sociedad.

Algunos de esos muchachos, los mejor dotados, permanecen en Norteamérica, cuando el período de High School terminar, y pasan a ser sometidos —en unión de otros que llegan entonces por vez primera— a ese rígido entrenamiento intelectual que la vida en "Colleges" supone. Esta etapa, previa e indispesable para el ingreso en las escuelas universitarias especializadas —sin equivalente exacto en programas académicos españoles— consume otros cua-

tro años de su vida y les capacita para la entrada en las distintas Facultades cuando su edad, alrededor de los 21 años, y su entrenamiento intelectual les permiten superar, en buena parte, las lagunas que el período de High School había creado y les sitúa ante el ciclo universitario. Su formación de cultura general es más endeble que la española, en cambio poseen una firmeza de propósitos y una aptitud para la especialización superiores, por lo general, a las de la mayoría de universitarios españoles principiantes.

El estudiante hispanoamericano, que vive esta etapa, está completando ya un interesante proceso de adaptación, que muchos no fueron capaces de asimilar por completo en la anterior. Eso le permite simultanear, con extraordinaria soltura, un acabado conocimiento del lenguaje de este país, con una total adaptación a las costumbres de sus compañeros norteamericanos y al sistema de estudios que imponen los Colleges. Es este sistema exigente, metódico y basado, hasta cierto punto, en el supuesto de que sea el propio alumno quien comprenda que el primer interesado en estudiar diariamente es él mismo. Ello explica el amplio grado de libertad y la confianza depositadas en él, en tanto no se demuestre que no las merece. Al cabo de ocho años de convivencia, no es de extrañar que los muchachos, sometidos a este interesante experimento de simbiosis cultural y humana, ofrezcan características muy peculiares. Dotados de extraordinarias posibilidades, las pueden desplegar para bien o para mal de sus respectivos países, cuando al fin regresen a ellos. Todo dependerá de su capacidad de readaptación, de una adecuada perspectiva de qué es lo aceptable y lo desechable en cada cultura y, sobre todo, de una afortunada comprensión de hasta qué punto los valores predominantes de una y otra son mutuamente conjugables con beneficio recíproco. Diestramente utilizada, aunada con adecuado sentido de responsabilidad personal, la conciencia social y el bien entendido patriotismo, la influencia de estos estudiantes, de vuelta a sus países nativos, podría constituir una medida sumamente valiosa de la utilidad de estos experimentos de trasplante de plantas jóvenes a una civilización dotada, en alto grado, de un genio práctico para la disciplinada organización de la vida común, en tantos aspectos antagónica al brillante y, a menudo, estéril genio individualista de nuestra raza.

Sin embargo, ambos grupos, acerca de los cuales acabamos de hablar, no dejan de ser minoritarios. En mucho mayor número vienen a este país estudiantes que, con sus estudios superiores concluídos en los países de origen, un razonable conocimiento del idioma inglés y un buen expediente académico, consiguen alguna de las numerosas becas que la indiscutible generosidad norteamericana —que sea o no interesada no la hace disminuir en importancia y significación— ofrece a la mayoría de los pueblos del mundo.

Procedentes, en general, de las clases medias, superada casi siempre la mayoría de edad, dotados, por lo común, de nobles ambiciones profesionales y humanas, constituyen un terreno excepcionalmente fértil y adecuado para la tarea de especialización técnica y ampliación de horizontes cívicos, que aquí acometen. Su inglés, por lo general correcto, no es tan perfecto como el de los grupos antes siluetados. Su castellano —esto es característica común a todos

los grupos—, lleno de matices y tonalidades diversas, pero entrañablemente unitario. Su amor a lo hispano, genuino y consciente. Su permeabilidad a lo americano, menor en lo externo y posiblemente mayor en lo interno. Vienen aquí a estudiar seriamente, más que el Derecho o nuestras Filosofías y Letras, aquellas carreras técnicas de las que sus países están más necesitados. Traen, desarrollados o en embrión, un sentido supercrítico que les mueve a comparaciones en ocasiones penosas y cargadas de amarga insatisfacción y aun desaliento. Vienen decididos a volver a sus países, llevando a ellos un visión dinámica de sus profesiones y de sus inquietudes ciudadanas, que Dios sabe si la implacable realidad de la vida acabará agostando. Les encanta de los Estados Unidos la eficiencia, el alto nivel de vida, la ausencia de luchas de clases, el —en conjunto— pacífico desarrollo de una complicada democracia; de la Universidad norteamericana, el énfasis en lo práctica, el ambiente de "fair play" y compañerismo de profesores y alumnos, la amplitud de medios y la tolerancia de ideales y actitudes. Pocos deciden permanecer aquí. Han llegado ya demasiado "hechos" para plegarse, de por vida, a una civilización que no cuenta, entre sus atractivos, con nuestro indefinible placer de vivir y que está destruyendo, en el ara de una desbocada prosperidad, el maravilloso concepto de familia —existente aún, por fortuna, en nuestra comunidad de naciones— para sustituirlo por una anónima y eficiente devoción a las actividades comunales. Por lo demás, en sus países les espera un porvenir lleno de promesas y posibilidades.

Cuando vuelvan a Hispanoamérica, llevarán muy vivamente sentida la inapreciable experiencia de uno o dos fecundos años pasados en los Estados Unidos y, entonces, se verán sometidos a la dolorosa prueba de seguir queriendo, quizás más que antes, lo que ahora tal vez considerarán pobre y rudimentario, y de intentar romper los círculos viciosos de las economías y políticas de sus respectivos países. No es fácil aventurar cuántos claudicarán la vigorosa llamada que hoy sienten ante los estímulos de la vida fácil que tienen asegurada a su regreso; sólo nos cabe esperar que la semilla germine en número bastante para llevar a cabo la inmensa y dura tarea que aún les queda por delante.

¿Qué impresiones y qué enseñanzas puede derivar de este sugestivo experimento humano un español, espectador, siempre interesado, ante los problemas de la estirpe?

En primer lugar, una muy consoladora: la inalterada vigencia de nuestra lengua y de nuestro espíritu en esas razas, viejas y jóvenes a un tiempo, de la América hispana. Después, una confianza cierta en que una juventud valiosa, como ésta que completa su formación en Norteamérica, ha de pesar pronto, decisiva y positivamente, en los destinos de sus países. Finalmente, que España debe realizar un esfuerzo, similar en alcance al americano, aunque sea proporcionalmente más oneroso, abriendo nuestros centros de cultura superior a esa juventud hispanoamericana, llena de inquietudes, que aspira a superar las limitaciones de su enclave y de su formación.

Particularmente deseable sería que, después de su experiencia norteamericana que muy lógicamente entraña el riesgo del deslumbramiento, esos

mismos muchachos cursasen estudios en España, cumpliendo así un ciclo de redescubrimiento de su espíritu que aquel primer encuentro con la técnica haría aún más fecundo y que, seguramente, sería fructífero en estudiantes que han sido sometidos ya a la disciplina y seriedad de propósitos imperantes en estos centros americanos.

El esfuerzo debería ser mayor donde la necesidad es más imperiosa y, en este aspecto, posiblemente nada tan perentorio como fomentar este peregrinaje espiritual entre los estudiantes de Filipinas, tan hispánicos en su manera de ser y pensar, pero que en su mayoría apenas son capaces de leer español. Es urgente recuperar esa parcela tan importante de nuestra proyección cultural, la única representación de nuestro mundo hispánico en un inmenso continente llamado quizás pronto a ser el árbitro del mundo y en el que, de no ser por ellos, no podríamos contar con un portavoz de nuestra cristiana y caballerosa filosofía de la vida.

Es preciso a toda costa —no importa a qué precio de esfuerzos o dineros— multiplicar entre el mundo estudiantil hispanoamericano la oportunidad de conocer —y, seguro es, tras conocer, apreciar— nuestra cultura y nuestra mentalidad. Y es preciso también que nuestros estudiosos conozcan mejor una América que despierta y a la que hace falta ayudar para que no deje de ser hispana. Es de interés para Hispanoamérica y es de interés para España. Porque si esta oportunidad se frustrara, ellos perderían algo tan inapreciable como es la fascinante personalidad que les caracteriza, tan varia y una, tan llena de posibilidades, que pasaría a diluirse en el anonimato de una técnica en escala subordinada. Y nosotros habríamos perdido la razón de ser de nuestra influencia moral en un amplio y pujante sector del mundo que hoy proclama en nuestro idioma la fecundidad de una raza y una cultura que, de no existir América, apenas sería más que un objeto de devoción cultural, paralelo al que suscitan en la actualidad otras ilustres estirpes europeas, que fueron y hoy no son, o que fueron y hoy comienzan a no ser.

Manuel Romero Gómez

Ideas ajenas

Las Universidades de Hispanoamérica siguen, al cabo de siglos de distancia, la trayectoria salmantina trazada por sus fundadores, escribe el Padre Sáenz de Santa María en su artículo *Hacia la libertad universitaria en América* —"Razón y Fe", núm. 701—. Al consolidarse la estratificación de influencias escalonadas —la francesa, reglamentarista y unitaria; la alemana, investigadora y minuciosa; la norteamericana, utilitaria y simplista—, el sustrato típicamente hispano, primordialmente salmantino, sigue vivo. La autonomía universitaria, condición previa para que el elemento estudiantil adquiera una importancia segura, un apreciable influjo, es otro de los valores hispánicos hoy en alza en América. Requiere la Universidad una capacitación, corporativa al menos, para conocer los supremos fines de la existencia humana. En la tradición de la Universidad centrada en Dios es imperativo natural la autonomía respecto al poder público que, inmerso en problemas de tipo circunstancial e inmediato, no halla espacio ni tiempo para el pensamiento trascendente. La Universidad de Salamanca gozó de autonomía, las Universidades establecidas sobre la extensa geografía americana también la tuvieron y el movimiento estudiantil que iniciamos en la Argentina vuelve a ella en su fase definitiva y significa una evidente aproximación a la buscada autonomía de las Universidades americanas.

* * *

Un amplio sector de la joven poesía colombiana considera que lo fundamental en el poema es la forma y el ambiente de misterio y de sueño, consideración errónea a juicio de Jaime Tello, quien la expone en su artículo *El tiempo y el espacio en la poesía de Eliot* —"Revista Nacional de Cultura de Venezuela", núm. 116—. De ser cierta la teoría enunciada por los jóvenes poetas colombianos, la obra de Eliot habría perdido, al verterse al texto a lengua extraña, con su valor formal buena parte de su valor poético. En cuanto al repetido lema "ambiente de misterio y de sueño", que por descontado ha de hallarse en cualquier poesía para hacerse merecedora de tal consideración, se aproxima en exceso al tópico, fórmula que busca encubrir con imagen superficial la falta de un fondo, de un contenido que por ningún lado aparece cuando se procede al análisis. La obra de T. S. Eliot, desprovista de su valor formal, contiene, sin embargo, un mensaje tras la rica imaginería del primer plano, asegurándose la perdurabilidad de esta poesía "transparente como el aire, más perdurable que la piedra".

* * *

Las construcciones neoclásicas, estilo predominante en las ciudades chilenas del siglo XIX, experimentan, a partir de la Independencia, una altera-

ción sensible. Aportaciones extranjeras, hábilmente asimiladas, refinaron, sin hacerles perder su rango colonial, el aspecto algo tosco de estas construcciones. Eugenio Pereira Salas, en el núm. 102 de los "Anales de la Universidad de Chile", inserta un artículo titulado *La Arquitectura chilena en el siglo XIX*, en el que estudia los factores que intervinieron en la tarea; cómo se dedicaron a ella chilenos y extranjeros; los trabajos ímprobos de la restauración de la Iglesia de la Compañía, de Santiago, analizando la aportación de distintos arquitectos, como Vicente Cumplido, José Gandarillas Pierre Dejean, etc... Naturalmente, las diferentes nacionalidades de estos artistas dejaban sentir su influencia en sus obras y en sus enseñanzas. Enseñanzas que se vieron plasmadas en la fundación, en Santiago, de una Escuela de Arquitectura, de donde saldrían los arquitectos encargados de cubrir las necesidades del país.

* * *

La publicación peruana "Informaciones Sociales" (año XI, núm. 3) inserta un trabajo de Rómulo A. Ferrero, titulado *Directivas para un programa de Desarrollo Económico Nacional.* La primera directiva de tal programa debe ser la integración de los distintos sectores de la economía nacional, eliminando las barreras económicas y sociales que los separan. El desarrollo económico supone un aumento de la producción nacional y su mejor distribución. La base de la actividad productiva debe ser la iniciativa privada, la libre empresa y el mecanismo de los precios. Toca al Estado el cuidar constantemente por que no se produzca una inflación. Su prevención exige una serie de medidas en distintos sectores, a saber: moderación de los impuestos y en las cargas sociales; riguroso equilibrio de las finanzas públicas; vigilancia del crédito para que no crezca excesivamente; cuidadosa planificación de las obras públicas para que puedan ser financiadas de acuerdo con la capacidad fiscal, etc. La principal repercusión de la inflación es el efecto depresivo sobre la acumulación de los ahorros y sobre la orientación de las inversiones. El estímulo de las exportaciones debe constituir una parte fundamental de un programa de desarrollo económico. La mayor parte de los capitales necesarios para el desarrollo tienen que ser producidos por el ahorro nacional y no hay que esperar demasiado de la ayuda extranjera. Las inversiones directas son preferibles a los préstamos, por la mayor flexibilidad de las cargas que imponen sobre la balanza de pagos, pero para que vengan es necesario atraerlas ofreciendo las condiciones que ellas buscan.

* * *

La política italiana de los Borbones durante el tiempo de Alberoni y la afluencia de españoles a Roma hicieron posible la creación de un núcleo de escritores españoles en Italia que da origen a la profusa literatura hispanoitaliana del setecientos. Núcleo que, en opinión del Padre M. Batllori, S. J., sustentada en su artículo *La Letteratura Ispano Italiana del Settecento*, que publica el cuaderno núm. 2.542 de la "Civilta Cattolica", se ve reforzado con el asentamiento en la Romagna de los jesuitas expulsados por Carlos III. De entre la numerosa élite, sobresalieron los enciclopedistas Hervás y An-

drés; el musicólogo Antonio Eximeno, estetistas puros, como Arteaga, el más insigne de todo el siglo XVIII; neohumanistas, como Rodríguez Aponte y Diego Abad y apologistas de la talla de Llampillas, cuya violenta disputa con Girolano Tiraboschi, que acusaba a la literatura española de introducir en Italia el "cattivo gusto", provocó inusitado eco y sirvió para atraer la atención hacia el nuevo fermento que actuaba en las letras italianas, llevándolas, de paso, a un mejor conocimiento y mayor interés por las literaturas española y árabe y la labor histórica y americanista.

* * *

Los celtas descubrieron América en el siglo IV es el título de un artículo de Luis Kervran publicado en la revista "Hommes et Mondes" (abril 1956), en el que se hacen consideraciones críticas sobre la exactitud de las tesis de viajes precolombinos a tierras americanas. Conocida históricamente la colonización de América por los Vikingos en el siglo X, los datos suministrados por algunas "sagas" obligan a pensar en la presencia anterior de otros blancos en aquellas regiones. El autor hace conjeturas, basándose en las leyendas de "santos" bretones e irlandeses del siglo IX e interpretando otros elementos, como las ruinas de Noht Salem, cerca de Boston, las monedas romanas, anteriores al siglo IV, halladas en Islandia, y las piezas, también romanas, no posteriores a dicho siglo, encontradas recientemente en la costa de Venezuela, para concluir que con toda probabilidad puede asegurarse que naves celtas fueron casualmente empujadas desde las costas de Marruecos hasta alcanzar las costas de Brasil o Venezuela y que la ruta debió llegar a ser conocida por alguna expedición que pudo realizar el regreso.

* * *

Desgraciadamente, el catolicismo latinoamericano no estaba preparado para resistir la oleada descristianizadora y paganizante que el cine ha lanzado sobre los conceptos de la familia, el amor, el placer y la vida, pese a las advertencias y exhortaciones que sobre este peligro se han hecho repetidas veces —dice el Arzobispo de Yucatán en carta pastoral dirigida al clero y fieles de su archidiócesis, que reproduce el núm. 24 de la "Revista Internacional del Cine"—, influencia perniciosa aceptada plácidamente por los espectadores, quienes, hipócritamente, acusan a la Iglesia de impotencia tanto para la prevención como para la cura. Olvídase que la Iglesia no es sólo el Clero, sino también los fieles, y éstos, más que dejarse guiar por las admoniciones, traducen la prohibición eclesiástica que pesa sobre ciertas cintas como reclamo publicitario, incrementando neciamente la asistencia. Por otra parte, ni Dios ni la Iglesia pueden nada en los hombres, si éstos, abusando de su libertad, no obedecen y resbalan.

* * *

En el núm. 2 de la revista "Tesis" se publica el trabajo de Remedios de la Peña Begué titulado *La Coca. Historia y Problemas.* El déficit alimenticio es una de las causas principales del cocaísmo. La actual situación alimenticia

de las regiones cocaístas aporta pruebas muy significativas. Los efectos de la coca son altamente perjudiciales para los habituados a ella, y la miseria y el atraso social de las áreas afectadas se deben en gran parte a la toxicidad de la droga. Su consumo, sólo en los países de Sudamérica, no es inferior a 63.000 kilogramos anuales. La supresión del cocaísmo en Sudamérica sería económicamente productiva, ya que al mejorar la salud física y mental de los millones de desgraciados nativos que en la actualidad sufren los efectos de la coca, aumentaría simultáneamente su rendimiento físico e intelectual. En las Ordenanzas de Felipe II se establecen las primeras medidas con las cuales se limitó el incremento que el cocaísmo iba tomando en los pueblos conquistados, y desde entonces no se ha conseguido más hasta la fecha para desterrar el vicio del coqueo. Si existiese una acción conjunta, una visión real de estos problemas por parte de todos los organismos competentes, tal vez se conseguiría algo. El indio no colaborará en la extinción del vicio de la coca hasta que no se convenza de que se desea su bien; es preciso que los gobernantes tengan fe en las posibilidades del indio y éste confianza en la obra de los gobernantes.

* * *

En el número del mes de mayo de la revista "Cuadernos Hispanoamericanos", Alberto Gil Novales constata, en su artículo *De Literatura Hispanoamericana*, la madurez intelectual que está alcanzando en estos momentos la América española. Madurez que se patentiza en el interés con que Europa acoge hoy la producción literaria hispanoamericana, en otro tiempo interesante sólo a título de curiosidad. Si hubo una época en que los manuales de literatura española consignaban únicamente la obra de los escritores peninsulares, olvidando la producción de allende el Atlántico —con salvedades como la de Rubén Darío y Gertrudis G. de Avellaneda—, ahora ésta se verá recogida al ser representación de la conciencia nacional de sus respectivos países.

* * *

La Habana no debe convertirse en una sucursal arquitectónica de Miami, declara Emilio García Junco en unas manifestaciones hechas a la revista "Arquitectura", núm. 276. La conservación y restauración del acervo artístico colonial es un punto esencial, pero no lo es menos la integración de muchos de sus elementos dentro de las modernas corrientes arquitectónicas. Los elementos de lo colonial son mucho más funcionales que algunos de los empleados en la actualidad y sería conveniente su utilización, siguiendo la línea marcada por Le Corbussier, Searinen y Sert, ya que con ellos es posible expresar la esencia de las mejores formas autóctonas de cada lugar. No se trata de una copia, sino de una interpretación en materiales y proporciones actuales. A ello debe tender la arquitectura cubana del día, poniendo fin a la serie de destrozos ocasionados con motivos de nuevos planes de urbanización. En los proyectos de este tipo no debe olvidarse que lo actual no significa ruptura con la tradición, sino continuación de la misma.

ALFONSO XII, 12
TELÉFONO 22843
SEVILLA (ESPAÑA)

Ejemplar: 17 ptas.
Suscripción anual: 150 ptas.